

Los asesinos lentos

RAFAEL BALANZÁ



Lectulandia

PREMIO DE NOVELA CAFÉ GIJÓN 2009 «Balanzá pasa a formar parte de la élite de prosistas españoles de su generación, pues la originalidad y la agudeza que despliega tanto en la invención de los argumentos como en el desarrollo literario de los mismos son apabullantes» (Luis Alberto de Cuenca, *ABC*).

Valle y Cáceres formaron parte en los noventa de un grupo de pop rock. Ensayaban juntos, tocaban juntos, se emborrachaban juntos. Llevan muchos años sin verse cuando se encuentran en un café. Allí charlan animadamente y recuerdan, entre risas, anécdotas del pasado. Después Valle le anuncia a su amigo que ha decidido matarlo y que lo hará pronto. El resto de la novela viene a ser algo así como la onda expansiva de esta primera revelación, a partir de la cual el relato avanza trepidante hasta un desenlace sorprendente y extrañamente lírico que dejará al lector sin aliento.

El jurado del Premio Café Gijón destacó la «audacia narrativa» de la obra de Rafael Balanzá, «cuya trama se sustenta en una estructura muy bien construida que mantiene en vilo al lector, llevándolo a un desenlace ingenioso e inesperado».

Lectulandia

Rafael Balanzá

Los asesinos lentos

ePub r1.1
turolero 11.09.15

Título original: *Los asesinos lentos*
Rafael Balanzá, 2010

Editor digital: tuolero
Aporte original: Spleen
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A David, a su madre; a la mía

¿Cuándo retirarás tu mirada de mí?
[...] ¿Y por qué no toleras mi delito
y dejas pasar mi falta?

Job 7, 19-21

Vestigios

Estuve charlando con Valle en el café Arrecife; durante una hora larga evocamos juntos otros tiempos, reímos juntos; después me anunció fría y serenamente que iba a matarme, que había decidido matarme y que lo haría relativamente pronto.

Hacía más de diez años que no nos veíamos. Me había llamado a casa, por sorpresa, la tarde anterior. Dijo que había venido a Las Zalbias a pasar unos días y que le gustaría que nos encontrásemos. No me pareció demasiado extraño. Quedamos en vernos al día siguiente. No había cambiado mucho. Nos saludamos de modo cordial pero sin grandes efusiones, y estuvimos hablando de cómo de bien y de mal nos había ido a cada uno; bromeando como si no hubiera pasado el tiempo entre nosotros; hasta que él se levantó de pronto a por tabaco, y al volver, mientras yo todavía sonreía y meneaba ufanamente la cabeza celebrando las últimas cuchufletas que habíamos estado soltando, dejó caer el paquete en la mesa, produciendo un cortante chasquido. Entonces, apenas perceptiblemente nervioso, me anunció con una voz bastante clara y bastante firme que iba a matarme, con toda seguridad, aunque no de inmediato.

—Te lo tengo que decir ahora, ¿comprendes? Antes de que sigamos hablando —dijo—. Quiero que sepas desde ahora que te voy a matar, porque quiero que estés advertido...

Reiteró que no sería allí, ni en ese momento —lo cual me pareció un detalle por su parte—, ni probablemente tampoco esa semana, pero insistió en que no tardaría demasiado, y añadió que su decisión era irrevocable. Dijo que no valía la pena que me esforzase en disuadirlo, porque lo había estado pensando durante meses y nada podría ya modificar su propósito.

Yo estaba sentado de espaldas a un mural de tema marino, hecho de terracota y escayola policromada, con incrustaciones de objetos reales —como conchas de mar, tritones secos, redes y otras cosas parecidas—, y tenía enfrente, en una mesa cercana, a dos señoras mayores y a un chiquillo de unos cinco años. El niño había estado burbujeando sonoramente con su pajita en un vaso de tubo que contenía cierto líquido marrón —con toda probabilidad, batido de chocolate—, y a la vez que lo hacía me miraba con intensidad, muy serio, como si esperase alguna reacción por mi parte. De hecho, el niño burbujeaba todavía, y me seguía mirando fijamente, después de que Valle me sorprendiera con su tétrico anuncio. Todo aquello junto amenazaba con formar una especie de bloque. Algo compacto, similar a una losa grabada con extraños signos. Un mensaje de alarma, cifrado e incomprensible, que me llegaba no sabía exactamente de qué galaxia; y que desde luego yo sería del todo incapaz de interpretar o digerir.

Al final, lo único que pude pronunciar fue la siguiente estupidez con forma de pregunta:

—¿Por qué quieres matarme, Valle?

La verdad es que cualquier cosa que hubiese podido decir, me doy cuenta ahora, habría sido una estupidez, claro. Tal vez lo único sensato que podía haber hecho en aquella situación era soltar una risotada y largarme. Pero eso no se me ocurrió hasta mucho más tarde. (En realidad, no se me ha ocurrido casi hasta ahora mismo, cuando lo pienso, cuando lo recuerdo para contarlo...).

—¿Por qué quieres matarme, Valle?

Ahora el que meneaba la cabeza y sonreía para sí mismo era él; aunque comprendí que aquel gesto, parecido al mío de un momento antes, tenía en su caso un significado bien distinto, y mucho menos amigable.

—A ver, dime... —continuaba sonriendo con una especie de indulgencia maligna—. ¿Tú por qué crees que quiero matarte?

—¿Yo...? ¿Cómo quieres que responda a eso? Te estás quedando conmigo, ¿verdad? Es una broma...

—No... lo siento —cortó él de modo tajante, helándome con unos ojos de ofidio a punto de escupir veneno, unos ojos inapropiados para aquel rostro casi juvenil todavía, tostado y ovalado, coronado por una buena mata de pelo negro—, lo siento, pero no. He decidido que voy a matarte —agachó la cabeza y entornó sus ojos, de nuevo humanos, como si de pronto algo lo avergonzase—; tengo mis razones. Mejores razones de lo que te puedas imaginar. Te repito que lo siento, pero es necesario que lo sepas, es inevitable que te lo diga. Comprendo que para ti sea absurdo. Y es absurdo, tienes razón. Todo es absurdo, tú ya lo sabes. Supongo que te voy a decir cosas que te sorprenderán mucho. Tendrías que hacer un esfuerzo... ponerte en mi lugar, para intentar entender... si es que quieres que hablemos. Porque no sé si quieres que te explique algo. No sé si quieres que sigamos hablando...

Le dije entonces que si se proponía asesinarme, no estaría nada mal, claro, conocer por lo menos las razones. Y añadí que debía comprender que me costase mucho creer todo aquello.

—Claro... Me parece que a mí me pasaría igual en tu lugar. Pero yo no estoy en tu lugar, estoy en el mío. Tampoco es fácil estar en mi lugar, ¿sabes?

Comenté que tendría bastante gracia que se hiciese ahora la víctima. En mi fuero interno, seguía albergando la esperanza de verle pronto el fondo a aquella broma. Pero no era una broma, como empecé a sospechar en aquel mismo instante y terminé de comprender en el transcurso de los días y de las semanas que siguieron.

Hasta ese momento mi vida había sido deliciosamente normal —dentro, supongo, de las anomalías generales que hoy ya no preocupan a nadie, por lo menos en el mundo desarrollado—. Virginia y yo teníamos una hija y un hijo, ambos adolescentes, y la

cuenta de nuestro resentimiento, bastante compensada por la variedad de la vida, por los rescoldos de nuestra (originariamente verdadera) atracción física, y por las comodidades materiales de que disfrutábamos. Así que confiadamente me adentraba en la cuarentena sin más signos de peligro grave que el de la muerte a lo lejos. Y demasiado lejos todavía, como suele decirse, para empezar a preocuparse por ella.

Querrá saber, supongo, dónde trabajaba, cuál era mi rutina, a qué me dedicaba en mis días libres... (O no querrá saberlo, pero resulta que voy a empezar por ahí precisamente, porque es lo que me parece más oportuno). Pues mire, tenía mi propio negocio: una tienda de mascotas en una galería comercial. Y debo decir que no iba nada mal mi tienda. Los últimos años habían sido bastante buenos. En fin, que no tenía problemas muy serios. No los tenía aparentemente, claro. Porque resulta que yo vivía en una especie de esfuerzo continuo por atenerme exclusivamente a las apariencias. Y en ese sentido, se puede decir que todo iba bien para mí y para los míos.

Mi encuentro con Valle tuvo lugar la última semana de septiembre. Pero lo cierto es que mi vida empezó a dar claras muestras de haber entrado en una desconocida zona de perturbaciones desde un poco antes. Tal vez desde un mes antes. De hecho, a primeros de septiembre ya ocurrió algo que, por razones que tal vez explique más adelante, me parece ahora una especie de augurio de lo que se me venía encima, aunque en sí mismo constituyese muy poco más que una anécdota trivial.

Lo que ocurrió aquella mañana —era jueves, creo— fue que entró en la tienda un sujeto, el cual me resultó vagamente familiar, aunque no conseguí identificarlo. No podía relacionar esos ojos redondos y alarmados, esa pálida y agria cara de lechuza, con ningún ambiente ni ninguna persona de mi entorno. El hombre dijo «hola», mientras me lanzaba una mirada instantánea y formularia, y se puso de inmediato a curiosear por el establecimiento, deteniéndose especialmente en los acuarios y en las urnas de los pequeños reptiles.

—Perdone —dijo, señalando a través de la plancha de cristal a un pequeño camaleón ofendido que parpadeaba lentamente, enroscando su cola en el palo sobre el que reposaba su pequeño cuerpo, pruinoso y circunstancialmente verde—. Perdone... ¿Es un camaleón... esto?

—Sí —confirmé sonriendo—, eso es un camaleón. Exactamente.

—Bien... ¿puede decirme qué tipo de cuidados requiere este animal?

En ese momento yo estaba limpiando la jaula de los hámsters, pero interrumpí mi tarea y me acerqué a él, para asesorarlo adecuadamente. Había más gente en la tienda. Recuerdo que Mariola (mi dependienta más antigua, mi mano derecha) atendía justo en aquel momento a una señora de cierta edad que parecía bastante interesada en una cacatúa. Había también algunos niños por allí. A los niños nunca había que perderlos de vista en mi negocio. Así que mientras proporcionaba a aquel desconocido, vagamente familiar para mí, las indicaciones precisas para el mantenimiento en cautividad de un *Chamaeleo* del Yemen (su alimentación a base de grillos, de

cucarachas y de gusanos de harina; la luz, la humedad y la temperatura precisas; las condiciones del terrario...), y vigilaba de reojo a los preadolescentes que se apiñaban alrededor de la caja de los cachorros de labrador, seguía preguntándome, con creciente inquietud, de qué podía conocer a aquel individuo. Pensé que andaría por los cincuenta, o puede que algo menos. Noté que me escuchaba con una especie de atención indignada. Con esos ojos febriles y el rictus forzado y tenso de su boca, parecía estar a punto de estallar, de proferir algo así como «yo no aguanto esta clase de exigencias de un animal tan feo, y que se pasa la vida abrazado a un palo...».

No debía de haber nada de eso, fuera de mi imaginación, porque cuando terminé de hablar me dijo en un tono casi perentorio que se lo llevaba. Hay que decir que el camaleón me parecía un animal de algún modo muy indicado para él, puesto que creí percibir desde el principio una especie de suspicaz, de recelosa afinidad entre ellos.

Esa noche le conté a Virginia, después de la cena, lo sucedido. Recuerdo que los chicos no estaban en casa y que ella se había puesto un vestido blanco para salir. Llevaba un collar de cuentas de madera e iba de un lado a otro de la cocina, como un militar en plena campaña, metiendo los platos en el fregadero, pasando el paño por el banco, anotando cosas en la lista de la compra...

—Sí... es mi psiquiatra. Javier Villar —estaba guapa, había que reconocerlo. Llevaba el pelo un poco mojado. Creo que tenía que acudir a una inauguración en una galería, o algo así—. Mi psiquiatra —repitió, al darse cuenta de mi perplejidad—. Yo le hablé de la tienda... Ahora no tengo tiempo de explicarte. Cuando vuelva... —se rio y me rozó la coronilla con los labios, tapándome la boca al mismo tiempo con la palma de la mano, un poco húmeda («Cuando vuelva, ¿de acuerdo?»), como para impedirme que la entretuviese con preguntas inoportunas. Lo de que me tapase la boca no me gustó nada. Después desapareció de la cocina, pero aún siguió hablándome unos segundos desde el cuarto de baño, al fondo del pasillo—: Susana me dijo que estaba pensando en comprar una mascota para su hija. Tiene una hija de la edad de Mario —Mario es nuestro hijo menor—. Me refiero al doctor Villar... —yo ya lo había entendido: el doctor Villar quería comprar una mascota para su hija. Se lo había contado su amiga Susana. No dije nada, esperando que se explicase un poco más—. Y en fin... eso... que al final de la sesión del último día me atreví a decirle que teníamos una tienda de animales en la galería Goldmare. ¿Te parece mal?

No. No me parecía mal. Lo que ocurría era sencillamente que no entendía nada en absoluto. ¿De qué lo conocía yo? ¿Y por qué caminos sabía Susana que este hombre andaba buscando una mascota? Por otra parte, en mi opinión no tenía mucho sentido el que, después de una sesión, ella —Virginia— hiciese referencia a un detalle de la vida privada de su psiquiatra. Lo encontraba impropio, inadecuado. Aunque fuese para hacerle una recomendación de tipo práctico, relativa a un asunto menor.

El caso es que no pude recolectar las respuestas correspondientes hasta varios días más tarde. Estaba a punto de formular la primera pregunta de la serie cuando Virginia se largó, gritando «hasta luego» y dando un sonoro portazo. Prácticamente

ya no nos vimos hasta el fin de semana, y a pesar de que me había propuesto formular mis inquietudes a la menor oportunidad, estuve a punto de olvidar el asunto por completo. Pero cuando el sábado, o el domingo, me dijo que había quedado con Susana para ir al Club Náutico, el tema saltó en mi memoria como el muñeco con muelle de una caja sorpresa. Y resultó que cada cosa tenía su explicación, según mi mujer. Yo había conocido al doctor Javier Villar durante una cena en casa de Susana, el verano anterior. Ellos, por su parte, no eran íntimos, pero se conocían desde hacía años. Y la existencia de esa cierta relación de amistad (la de Susana y su marido con el doctor Villar y su mujer) explicaba el que ella, Virginia, se hubiese acabado enterando de que su psiquiatra andaba buscando una mascota para su hija. Hasta ahí, con algún esfuerzo, yo estaba dispuesto a admitirlo todo —en una pequeña población marítima como la nuestra, todo el mundo termina por estar relacionado de algún modo—, pero lo que no estaba dispuesto a dar por bueno, en absoluto, fue lo que Virginia me reveló a continuación. Me dijo que el psiquiatra y su mujer se habían divorciado hacía unos meses, y que ella se había suicidado hacía apenas tres semanas.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—¿Qué es lo que no entiendes, papá?

Estábamos comiendo en la terraza y mi hijo Mario acababa de salir de la casa, atravesando la cortina de varillas de teca con una botella de coca cola de litro y medio, sin cafeína, entre las manos.

—¿Por qué no bebes agua? —le pregunté amenazadoramente.

—¡Pero si es sin cafeína! —chilló, como si defendiera algún derecho fundamental.

Procuré no darme por enterado de su tono estridente. Suspiré. Respondí con calma.

—No se trata de cafeína o de no cafeína, es que debes beber agua de vez en cuando. No puedes hidratarte exclusivamente a base de coca cola. ¿Comprendes?

—También bebe agua de vez en cuando —terció mi mujer, muy en su línea—; déjalo que beba lo que quiera. A ver... qué es lo que te cuesta tanto entender...

Intenté explicarle que me parecía que había algo extraño en que un hombre que había perdido a su esposa hacía pocos días le comprara, inmediatamente después, un camaleón a su hija quinceañera.

—Es que no hay ninguna relación entre esas dos cosas —apuntó ella—. Su esposa (de la cual está divorciado, te lo recuerdo) se suicida. Punto y aparte. Él le compra una mascota a su hija... Dime, ¿qué es lo que no entiendes?

Estaba empezando a notar cierta quemazón en el esófago, pero no podía dejar las cosas así.

—Precisamente —argumenté, ya bastante crispado—, precisamente es eso lo que no entiendo: la falta de relación entre una cosa y la otra. ¡Le compra un camaleón a una niña que acaba de perder a su madre...!

—Sí... —confirmó Virginia vertiendo coca-cola en el vaso de su hijo menor, que estaba sentado a su izquierda, justo enfrente de mí—, eso es. Y no sé por qué te parece tan escandaloso...

—No te das cuenta... No lo ves... ¡Le está cambiando una madre por un camaleón! ¿Te parece normal? ¿Encuentras eso normal?

A Mario todo aquello lo divertía extraordinariamente. Engullía sin parar salchichas y ensalada de pasta y nos miraba a uno y a otro con una gran sonrisa de satisfacción, masticando a dos carrillos, como si asistiera a un partido de tenis.

—¡Él es psiquiatra! —profirió Virginia, como si ese fuera su argumento definitivo—, supongo que sabe lo que hace. A lo mejor simplemente intenta que su hija tenga algo de lo que ocuparse... una distracción... ¡No sé por qué tienes que hacer una montaña de todo...! ¿Qué te parece tan monstruoso?

Hacía tiempo que Virginia y yo no discutíamos por temas familiares o de pareja. La mayoría de esos problemas graves (relativos a nuestra convivencia o a la educación de nuestros hijos) los habíamos dado por insolubles, o bien los habíamos resuelto mediante una complejísima red de intercambios, cesiones forzadas y sórdidos chantajes. Últimamente sólo discutíamos por estupideces, pero nuestras disputas eran más amargas y encarnizadas que nunca. La presencia de nuestro hijo, mucho más que la certeza de la inutilidad de aquella discusión, fue lo que realmente me persuadió de dar aquel tema por agotado...

Pero usted se preguntará por qué todo este enrevesado asunto del camaleón y el psiquiatra de mi mujer constituyó una especie de prelude para lo que vendría a continuación. La respuesta es que ese fue el prólogo de un mes disparatado. Por ejemplo, dos días antes de que Valle me llamara por sorpresa, se nos había estropeado el calentador eléctrico, y el técnico que vino a repararlo estaba completamente borracho. Tuvimos que llamar a la compañía para denunciarlo. El fin de semana anterior, Victoria, nuestra hija mayor, había golpeado accidentalmente con el coche de Virginia un puesto de gofres junto a los bares del puerto deportivo. La policía nos llamó de madrugada... La cosa no fue muy grave, y al final pudimos convencer al dueño del puesto para que no presentara una denuncia. Claro está que nos costó algún dinero, pero podía haber sido mucho peor. En fin... después de un verano sosegado y, en general, bastante placentero, septiembre fue un mes de verdadera locura, salpicado de pequeños sobresaltos, de fenómenos absurdos y de conductas inexplicables. Recuerdo haber tenido la impresión de que la gente se estaba volviendo completamente loca a mi alrededor.

Le parecerá que se trata de un enfoque supersticioso, pero lo cierto es que incluso antes de mi entrevista con Valle tuve ya el presentimiento de haber caído, o de estar a punto de caer, víctima de alguna maldición irrevocable. Como la que se cierne sobre un profanador de tumbas faraónicas, por ejemplo. La diferencia era que yo no tenía la menor idea de qué clase de tumba podía haber profanado. (Y aún ahora mismo, se lo aseguro, sigo sin librarme de la sospecha de que todos aquellos incidentes eran

avisos, advertencias de lo que alguna fuerza maligna me tenía preparado. En ese caso, claro, Valle sería, no el agente de mi desgracia, sino un mero instrumento).

Hubo todavía otro acontecimiento especial por esos días. Algo relacionado con mi negocio. Un nuevo gerente —un tal Alberto Maños— acababa de hacerse cargo de la galería. Invitó a todos los propietarios, y delegados de franquicia, a un almuerzo en uno de los restaurantes. Quería presentarse y, también, conocernos a nosotros. Estuve hablando con él unos pocos minutos, y la verdad es que me pareció un sujeto excepcionalmente simpático. Uno de esos tipos que ocupan un cargo más o menos importante y que, sin embargo, saben tratar a la gente con la mezcla justa de respeto y cercanía, sin darse aires de grandeza ni, tampoco, pasarse de graciosos. Esa fue la impresión que tuve. Desde luego, no percibí el menor indicio de la suma de quebrantos y dificultades que aquel cambio (en teoría inocuo, casi del todo irrelevante) nos acarrearía muy pronto a mí y a mi negocio.

El almuerzo con el nuevo gerente fue un martes. Me parece que ese mismo día, por la tarde, fue cuando Valle me llamó a casa. Serían las ocho, más o menos. Mi hija Victoria y yo estábamos trasladando provisiones —acabábamos de hacer una gran compra para el abastecimiento doméstico del coche a la cocina cuando sonó el teléfono. Fue ella quien contestó. «Es un amigo tuyo, papá...». Me extrañó que un amigo mío llamase al fijo y no al móvil, que era lo más habitual. Así que me puse al teléfono con una mezcla de suspicacia y curiosidad. Al principio no reconocí su voz, desde luego. Hay que tener en cuenta que habían transcurrido más de quince años desde los tiempos en que intentábamos emular a U2 en la trastienda del almacén de muebles de mis padres. Después, habíamos seguido viéndonos de vez en cuando, hasta que él se marchó a México. Fue el único del grupo que apostó su resto a la carta de una vida artística. Los demás saltamos de ese peligroso tren a tiempo. Según mis últimas noticias, había conseguido, al fin, ser músico profesional en un grupo de *jazz fusion*. Incluso nos enteramos de que su banda había cosechado un modesto éxito en algunos circuitos de nuestro país y, más tarde, también en la otra orilla del Atlántico. Y después de eso, diez años de completa desconexión. Diez años sin noticias tuyas. Ningún nuevo contacto entre nosotros. Hasta ese martes por la tarde en que andábamos liados en casa acarreando la compra del hipermercado.

—¿Todavía no sabes quién soy? Y si te pregunto por el bajista de los Divine... ¿te da alguna pista?

—¿Valle? ¡Valle...! Eres tú... Pero chico, cuánto tiempo. ¿Y cómo... cómo se te ha ocurrido...? ¿Pero dónde te has metido todos estos años? ¿En México?

Se rio con algún estrépito, y fue precisamente esa risa la que perforó el opaco envoltorio de tiempo y distancia en el que su irreconocible voz se me presentaba; fue esa risa (explosiva, un poco asmática) tan característica la que me reveló de modo definitivo e inconcuso al auténtico y genuino Valle, al amigo de otros tiempos. Aquel

con el que mantuve un estrecho contacto mientras existió Divine —es decir: por un período de unos tres años—, uno de los cinco miembros de nuestra banda. Nos reuníamos todas las noches, para ensayar, de jueves a sábado. A veces, también los domingos. Y eso fue todo. Tres años de cercanía, de diversión y borracheras, de proyectos conjuntos. Después, la vida nos dispersó. La verdad es que no se puede decir, sin forzar las palabras, que Valle y yo llegáramos nunca a ser íntimos.

—Lo de México no duró ni un año. Tuve algunos problemas, ¿sabes? Ya te lo contaré. Porque supongo que tendrás un hueco para mí... Me gustaría mucho verte, Juan. Si no estás demasiado ocupado...

Naturalmente, le dije que yo también tenía ganas de verlo. Fijamos la cita para el día siguiente, en un bar cercano al puerto deportivo. Un bar llamado Arrecife.

Los dos fuimos puntuales. Nos reconocimos de inmediato. Nos abrazamos fugazmente, dándonos unas cuantas palmadas en la espalda. Al principio, todo fue bien. Charlando con él, me sentí incluso más cómodo de lo que había previsto. Los años apenas parecían haber mermado nuestra confianza. Se diría incólume esa franqueza con la que nos tratábamos los cinco miembros del grupo. Supongo que la palabra adecuada es «camaradería»; esa forma específica de amistad jovial, típicamente masculina, despojada de sentimentalismo y de palabrería, que se suele dar entre hombres empeñados en una misma tarea, o en unos mismos objetivos.

Hablamos de lo que cada uno de nosotros sabía de los otros tres miembros de la banda. También nos informamos, someramente, de nuestros respectivos itinerarios personales, así como de nuestras actuales circunstancias. Por lo visto, la aventura mexicana de Valle no había sido exactamente un éxito. Regresó antes de un año a nuestra región, pero ya no se instaló en Las Zalbias, sino aquí, en la capital. Eso significaba que todos estos años lo había tenido apenas a media hora de coche. Suelo venir con mucha frecuencia a la ciudad y, como sabe, el centro comercial Goldmare, donde tenemos la tienda, está más o menos a medio camino. Además, mi mujer trabaja aquí, y también venimos al centro de compras, o a cenar, con mucha frecuencia. En resumen: Valle y yo podíamos haber coincidido en cualquier esquina, en cualquier bar o restaurante... pero no ocurrió. El azar se había encargado de desechar esa posibilidad. Y sin embargo, allí estábamos ahora. Uno frente al otro, riéndonos de las anécdotas de las lejanas noches de farra del grupo, las frenéticas noches de después de los conciertos. Por otra parte, supe que Valle estaba divorciado desde hacía bastante tiempo y que no tenía hijos; pero no me pareció oportuno, en ese momento, pedirle más explicaciones sobre ese asunto. Yo, a mi vez, tampoco entré en demasiados pormenores acerca de mi familia.

Volvemos, ya lo ve, al punto inicial de mi relato. Así que ya sabe lo que viene ahora. En un momento dado, Valle me dice que va a sacar tabaco. Se levanta. Me da la espalda. Lo veo ir tranquilamente hacia la máquina, sorteando las mesas. Está delgado, lleva botas de ante, vaqueros de color pardo y una cazadora negra. (Ha sido mucho más fiel que yo a la estampa rockera de otros tiempos, recuerdo haber pensado

en ese momento). Valle regresa, pero evita mirarme hasta que ya está muy cerca. Su expresión, de pronto, se ha vuelto taciturna, sombría. Yo, en cambio, todavía me estoy riendo con el recuerdo de la noche en que obligamos al mariquita de Tony (estaba en una banda más o menos rival, y lo llamábamos, con ludibrio, «el caballero») a romper su guitarra, en tributo forzado a los Who. Acabábamos de reírnos juntos, recordando cómo Tony intentaba aparentar que se divertía mucho, mientras podía verse perfectamente que casi se le saltaban las lágrimas.

Pero ahora Valle, de pronto, estaba de pie frente a mí, completamente serio. Desde una mesa muy próxima un chiquillo contemplaba la escena, burbujeando en su batido de chocolate. Antes de decir nada, Valle dejó caer el paquete de tabaco sobre la mesa, produciendo un desagradable chasquido. A continuación me espetó su absurda, su brutal advertencia.

—Juan... escúchame. Hay una cosa que tienes que saber.

Después de esa breve frase introductoria, se tomó dos o tres segundos para llenarse y vaciar despacio los pulmones de aire. Apretaba fuertemente con las manos el respaldo de su silla, podía notarlo por la tensión de sus tendones y la blancura de los nudillos. Continuó sin mirarme hasta el último instante. Hasta que lo soltó de un tirón:

—Juan, voy a matarte. No ahora mismo. No aquí, por supuesto. Pero voy a matarte muy pronto. Es una decisión firme. Te lo tengo que decir ahora, ¿comprendes? Antes de que sigamos hablando. Quiero que sepas desde ahora que te voy a matar. Quiero que estés advertido.

Ante una cosa así, ya se lo he dicho antes, no se puede reaccionar. No existe una manera lógica de reaccionar. Le pregunté por qué se proponía matarme, y se comportó con cierta sorna, como si el cínico, en realidad, fuera yo.

—Si vas a matarme —argüí—, la verdad es que por lo menos me gustaría saber cuáles son tus razones. Supongo que te das cuenta de lo difícil que es para mí creer todo esto...

—Claro... Me parece que a mí me pasaría igual en tu lugar. Pero yo no estoy en tu lugar, estoy en el mío. Tampoco creas que es fácil estar en el mío.

—Sería gracioso que te hicieras ahora la víctima, ¿no te parece?

Valle sonrió de nuevo, sin mirarme, y arrancó el precinto del paquete de tabaco que tenía entre las manos. Se sentó. Me ofreció un cigarro. Se lo acepté. Los dos permanecimos en silencio, fumando, durante un minuto o algo así. Después él empezó a hablar, despacio, con gravedad, con amarga y serena melancolía:

—Mi vida no ha ido bien, ¿sabes? No sé qué es lo que ha fallado. Supongo que varias cosas. La verdad es que nada me ha salido bien. Ya sé que te parecerá una locura que ahora me presente aquí, que te llame por teléfono, que te cite en un bar... y que te eche, precisamente a ti, la culpa de todo. Pero no es eso... No es que te eche a ti la culpa de todo, Juan. Ni mucho menos. Lo que me desespera es saber que nadie tiene la culpa. Eso es precisamente lo que me vuelve loco, y me enfurece. He llegado

a la conclusión de que si no hay verdaderos culpables, entonces hay que inventárselos, hay que designar a alguien, ni más ni menos. Es inevitable.

Algo debió de traslucirse en mi expresión; supongo que una mezcla de consternación, repugnancia y protesta. Algo muy evidente, en todo caso, porque él sacudió la cabeza, contrariado por mi gesto de rechazo, e hizo un esfuerzo por explicarse mejor:

—Mira... la venganza es natural. Tiene que ver con la agresividad, con los vínculos sociales, con las jerarquías... Puede observarse ya una conducta parecida en algunos primates superiores. Es un mecanismo biológico disuasorio, ¿comprendes? De autoprotección, de preservación genética. Un mecanismo que ha quedado desfasado en esta época, en una sociedad tan compleja como la nuestra, donde la culpa... está diluida, difuminada. Hoy las cosas son como son, simplemente, y no podemos culpar a nadie directamente de eso. No es como en el paleolítico. Lo que quiero decir es que... no es como cuando alguien entraba en tu cueva y te robaba la caza, o mataba a tus hijos, o se llevaba a rastras a tu mujer. Cosas así pasan a veces, incluso ahora... pero es una excepción. No es lo típico. Las cosas, por lo general, hoy día son de otra manera, mucho más sutiles, y más brutales en el fondo. Pero el que un mecanismo biológico esté desfasado no significa que ya no exista, que no tenga vigencia. ¿Es posible resistir a los atavismos? ¿Es posible librarse de las determinaciones naturales, de los mecanismos programados... biológicamente? Más aún (y esta pregunta es la decisiva), ¿vale la pena hacer el esfuerzo? A mí me parece que no.

»Perdona... estoy divagando y tú querrás saber simplemente por qué voy a matarte... —aplasté la colilla rabiosamente contra el cenicero y fui lo bastante rápido de reflejos para improvisar una ironía: “Sí, perdona mi curiosidad”, dije forzando una sonrisa—. No... es lógico: quieres saber por qué te he elegido a ti después de tantos años... Pero a eso no te puedo contestar fácilmente, ¿sabes? Hay algo que podría ayudarte a entenderlo. Algo que ocurrió en los tiempos del grupo y que para mí fue importante. Aunque está claro que tú lo has olvidado del todo. Y eso confirma el acierto de haberte elegido. No ha sido porque seas más culpable que otros, no... sino porque de todos los culpables de mi vida me parece que eres uno de los más inconscientes. Inconsciente de la culpa, en general. Siempre lo he sospechado. Anunciarte mi proyecto de asesinarte es la única manera de que comprendas esto. Lo de menos es que, en el fondo, tú tengas razón. Lo de menos es que la culpa, como tal, no exista...

»Te voy a hablar de una noche en particular. De una noche concreta... pero muy lejana. Acabamos de recordar otras muy parecidas, así que espero que no te cueste demasiado trabajo. Un concierto en Longares, intenta recordar. Era en un local muy oscuro, muy pequeño, y la calle estaba llena de moteros. ¿No te acuerdas?

Sí. Claro que lo recordaba. Y una espiral de terror ascendió entonces de mi vientre a mi cerebro, envolviendo o atravesando a su paso médulas, nervios, vísceras,

órganos y toda clase de tejidos. Lo recordaba, y ya no necesitaba que siguiera hablando, aunque me abstuve de ofrecerle el menor indicio de eso, para no cargarlo más de razón. ¡De razón! Yo mismo me tiendo trampas con las palabras. Por supuesto que no tenía ninguna razón. De hecho se trataba de una completa locura. Y lo peor era que, en parte al menos, él mismo se daba cuenta. El episodio estaba claramente preservado en mi memoria, pero jamás le concedí la menor importancia; esa es la pura y simple verdad. Y la mejor prueba de que realmente no la tenía era el hecho de que, después de que ocurriera aquello, una vez que le pedí disculpas, habíamos seguido siendo amigos mucho tiempo. Así que mi conciencia había quedado bastante tranquila al respecto. Me he sentido mil veces más culpable de otras cosas a lo largo de mi vida, se lo aseguro. Porque yo —permítame esta pequeña vindicación—, al contrario de lo que Valle opinaba, he tenido siempre un agudo y penetrante sentido de la culpa.

Así que no era mi propia conciencia lo que me aterrorizaba aquel miércoles, en la cafetería Arrecife, mientras escuchaba a Valle contar una historia de la que llevaba años sin acordarme; lo que me daba miedo era aquello que podía inferirse del hecho de que el muy desgraciado anduviese a vueltas todavía con un estúpido affaire juvenil. Me refiero a lo que eso revelaba sobre su estado mental.

Lo que ocurrió, y lo que Valle me relató de un modo —hay que reconocerlo— bastante fidedigno, fue, más o menos, lo siguiente:

Habíamos llegado a Longares por la tarde, y como de costumbre hablamos con el dueño del local. Después enchufamos los instrumentos y él nos puso un cubalibre a cada uno, mientras hacíamos las pruebas habituales. Estábamos rasgueando las cuerdas de nuestras guitarras, probando entre pitidos y risas el sintetizador, los bafles... ecualizando nuestros instrumentos... cuando aparecieron ellas. Se trataba de un grupo de seis o siete chicas bastante guapas. Eran algunas de nuestras fans más fieles. Algo así como nuestras groupies, como se decía en los años sesenta. Solían seguirnos a casi todos los conciertos. Por supuesto, a nuestras novias «oficiales» aquello no les hacía ninguna gracia, pero la verdad era que nosotros —a excepción de Manu, el bateriano nos tomábamos muy en serio nuestras respectivas relaciones. (De hecho, que yo sepa, únicamente él, el bueno de Manu, llegó a casarse con Marta, que era su novia de entonces). Incluso preferíamos que no nos acompañaran a los conciertos, para no sentirnos vigilados y hacer lo que nos viniera en gana después de tocar. Es decir: para enrollarnos con cualquiera de las otras. Con la que primero se pusiera a tiro tras esnifar las preceptivas rayas de coca sobre la cisterna del váter. Desde que habíamos empezado a tener un relativo éxito local, nos gustaba hacernos los duros y procurábamos sacarle todo el partido posible a nuestra incipiente carrera. Nos divertíamos sin freno ni medida, la verdad. Recuerdo que aquella tarde estuvimos hablando con las chicas un rato. Las invitamos a tomar algo, creo. Era ya más o menos una costumbre, una especie de ritual. Después se marcharon para cenar en algún sitio antes del concierto. Y entonces fue cuando Valle me habló de Alejandra

como si se tratase de la Emperatriz de Venus. Estaba loco por ella, por supuesto. Me dijo que la chica le gustaba como ninguna otra que hubiese conocido antes, y que aquella noche intentaría el asalto, después del concierto.

Usted deberá disculpar que no entre en demasiados detalles en este punto. Y tal vez piense que se debe a mi culpabilidad, pero le aseguro que es bastante más simple que eso. Lo que ocurre es que realmente hay muy poco que contar. Alejandra me prefirió a mí esa noche. Así de sencillo. Después, estuvimos saliendo durante cuatro o cinco semanas. No hace falta decir que me la follé intensivamente en ese período. Y se acabó. Discutimos por una estupidez. Me llamó hijo de puta y se largó dando un portazo. Fin de la historia. Ninguno de nosotros la volvió a ver. Dejó incluso de venir a los conciertos. Antes de aquello había cortado con Mariló, mi novia de entonces, y ese verano conocí a Virginia. Por segunda vez —ya lo había hecho someramente—, le pedí perdón a Valle. Me disculpé por lo que había ocurrido, aunque en ningún momento pensé que hubiera incurrido en una deslealtad grave. Sinceramente, no parecía muy afectado. Recuerdo que dijo: «La verdad es que esa tía no vale la pena, para ninguno de los dos». Y luego añadió: «Que se la folle un perro». (Perdone por el lenguaje, pero esas fueron sus palabras exactas).

Y eso fue todo. Lo invité a una cerveza y volvimos a ser amigos. En ningún sentido tuve la sensación de que aquello lo hubiese marcado profundamente, o de que el asunto hubiera tenido para él mayor trascendencia. Por lo visto, estaba equivocado.

El orgullo, el amor propio, nos obliga con frecuencia a encubrir nuestros verdaderos sentimientos. No dudé en ningún momento de que Valle estuviera siendo ahora sincero, al contrario que en el pasado. Quiero decir que comprendí enseguida (oyéndolo hablar frente a mí, en la cafetería Arrecife, con la mirada anclada en la redonda plancha de mármol de la mesa y fumando sin parar) que aquello le había dolido mucho más de lo que en otra época estuvo dispuesto a reconocer. Pero eso no significa en absoluto que tuviera razones para dirigir su frustración contra mí. Fue Alejandra quien me eligió aquella noche. Fue ella quien tomó la iniciativa, cuando el pobre Valle apenas había iniciado sus torpes maniobras de aproximación. Y desde luego, lo que no tiene cabida en un cerebro normalmente organizado (me parece que usted convendrá conmigo en esto) es un rencor alimentado durante casi veinte años a propósito de un flirteo juvenil. A fin de cuentas, aquello no había sido más que una victoria en buena lid en el juego del sexo. Todos participábamos en ese torneo aceptando un reglamento básico no escrito. La competición estaba abierta y, por supuesto, ninguno de nosotros podía vetar para los demás a ninguna candidata. Sobre todo si la candidata en cuestión mostraba tan claramente cuál era su preferencia.

Pero lo más increíble es que, en realidad, Valle no parecía tener el menor empeño en discutir esa argumentación. Empecé a esgrimir algunas de estas razones a mi favor, esperando una enconada resistencia por su parte, pero él pareció aceptarlas sin más lucha que alguna leve reserva aquí, o un pequeño matiz allá. Sus motivaciones —hasta donde yo he llegado a comprenderlas— eran en realidad mucho más

complejas y venenosas que las que yo le atribuía:

—Ya te lo he dicho... Ya te he dicho antes que no creo que tú seas el principal culpable de que mi vida no funcione —hizo una pausa y se tapó los ojos con las dos manos—; sólo eres el que va a pagar por ello. Nada más. Mira... es una respuesta irracional a algo irracional. ¿Lo comprendes? Es una continuación de la lógica malsana de la propia vida. Una continuación que ahora también te afecta a ti. Lo siento.

Le pregunté qué sentido tenía entonces que aludiera a la historia de Alejandra para explicar su determinación de matarme.

—Estoy seguro de que Alejandra podía haber sido la mujer de mi vida, y de que con ella a mi lado todo podría haber sido muy distinto. Pero eso no tiene mucha importancia ahora. Ha habido gente, a lo largo de estos años, que ha intentado perjudicarme mucho más deliberadamente que tú. Lo sé. La razón por la que te he elegido a ti es que tú has sido mi amigo. Y por eso tienes la obligación de comprenderme. Pero no harás el esfuerzo necesario para comprenderme si no te obligo, si no convierto mi problema en tu problema, que es lo que acabo de hacer esta tarde. Ya sé que tampoco tiene mucho sentido lo de «ser comprendido», o hablar de «obligaciones», pero ya te he explicado que no intento que mis decisiones sean del todo racionales. Ni siquiera medianamente racionales. Ese es, precisamente, mi gran descubrimiento: que nada es racional ni justo en este mundo, más allá de algunas mascaradas de justicia y de algunas apariencias. Y eso es lo que quiero que tú comprendas conmigo. Ese es el camino que te pido que recorras a mi lado.

Su discurso, por supuesto, me dejó petrificado. No fui capaz de abrir la boca en un buen rato. Iba a matarme porque yo era su amigo, y, por lo visto, tenía la obligación de morir para llegar a comprender su frustración. Lo peor no era que Valle se hubiera vuelto loco. Lo peor era que su locura podía ser contagiosa, de algún modo, ya que en ese momento percibí una especie de temblor en la realidad, una especie de onda invisible que lo recorría y lo reblandecía todo (objetos y personas) a nuestro alrededor, como si la realidad estuviese a punto de transformarse en algo distinto y mucho más doloroso de lo que venía siendo. De hecho, me dolieron las sienes como si acabara de morder un pedazo de hielo. Al fin recuperé la presencia de ánimo suficiente y me atreví a preguntar:

—¿Pero cómo esperas que te comprenda, si tú mismo dices que todo esto es irracional?

Se irguió en su asiento y se puso las manos detrás de la nuca, dirigiendo la mirada hacia algún punto del techo. Después volvió a mirarme a mí y dijo:

—Supongo que no has leído el Libro de Job.

—El Libro de Job... —repetí, cada vez más incrédulo—; te refieres a la Biblia...

—Y al Leviatán, ¿lo pescarás tú a anzuelo, sujetarás con un cordel su lengua? ¿Harás pasar por su nariz un junco? —guardó silencio un momento, noté que sus ojos estaban húmedos—. Pues deberías leerlo —continuó—. Creo que ese sería el primer

paso, si es verdad que quieres comprenderme. Todo esto empezó hace dos años, cuando me dejó Esther. Puedes imaginarte tú mismo los detalles de este último fracaso... Son demasiado humillantes y triviales. Como músico, ya lo sabes, últimamente tampoco me ha ido mucho mejor. Hace un par de años me tomé en serio lo de sondear las razones de tanta miseria. Repasé mi vida al completo. Y entonces fue cuando reapareciste tú. Como te digo, mi resentimiento hacia ti no es mayor que el que pueda inspirarme otro cualquiera al que le haya ido mejor que a mí. Supongo que eso se llama envidia. Lo admito, pero también influía un doloroso sentido de la justicia. ¿Era justo lo que yo tenía que soportar, mientras otros erais felices? Empecé a pensar también en Alejandra. Empecé a darle muchas vueltas a todo aquello. Me obsesioné, lo reconozco. No podía sacarme aquella historia de la cabeza, así que decidí iniciar una verdadera investigación. Primero acerca de ella. Encontré su rastro al cabo de unas semanas. Descubrí algunas cosas realmente interesantes... Más tarde empecé contigo. Pregunté a la gente de aquí... No fue difícil averiguar cómo era tu vida... en líneas generales.

—¿Y de dónde has sacado la puta idea de que mi vida es la cumbre de todos los éxitos? —estallé en ese momento.

—Tienes dos hijos, Juan. Tienes una hermosa mujer. Tienes dinero. El año pasado comprasteis un velero de catorce metros de eslora. Salís a navegar cada quince días con vuestros amigos. ¿Quieres convencerme de que tu vida es una mierda? Estoy dispuesto a escucharte, pero no creo que haya comparación posible entre nuestras situaciones.

Tenía razón. Estaba claro que se había informado bien. No iba de farol cuando decía que me había estado vigilando. De todas formas, dije algo sobre las apariencias y la realidad. Fue una especie de defensa desesperada y creo que no sonó muy convincente.

—Es absurdo discutir algo que está tan claro —sentenció, moviendo la cabeza como un asno, y con una mueca en los labios más o menos parecida a una sonrisa—. Deja que te cuente lo que ocurrió cuando empecé a vigilarte. Te parecerá interesante, ya lo verás. ¿Sabes?, lo curioso es que mi vida mejoró bastante. No es que mis problemas se solucionaran de pronto, ni mucho menos. Seguían allí, pudriéndose como un bistec en una nevera desenchufada. Pero ahora pensaba mucho menos en ellos. Por las noches tocaba en un garito de la capital. Solía terminar medio borracho, ciego de anfetamidas, y me pasaba casi todo el día durmiendo. Pero los lunes y los martes había que llenarlos con algo. Y llevar a cabo aquella especie de investigación se convirtió en un inesperado paliativo de mi angustia. Así que empecé a barajar algunas posibilidades...

—Como la de matarme —sugerí.

—No... —corrigió él, cerrando un momento los ojos, antes de golpear con los dedos el paquete para sacar otro cigarro—, eso llegó más tarde. Al principio, sólo pensé en pedirte ayuda. Pensé en la posibilidad de intentar explicarte que me debías

algo, y que no podías desentenderte de mi situación, de mis fracasos. Me costó unos cuantos meses aún comprender que yo ya estaba más allá de cualquier posible socorro. Me costó bastante aceptarlo.

Volví a interrumpirlo, para asegurarle (supongo que fue un gesto patético) que todavía estaba dispuesto a ayudarlo, si me permitía hacerlo. Añadí que como no iba a solucionar nada era asesinándome. Sonrió.

—Es que ya no se trata de solucionar nada. Matarte será la última estupidez de mi vida. Así estaré acompañado hasta el final... hasta nuestro final. Porque no creas que te sobreviviré mucho tiempo.

Me quedé un momento pensando, intentando encontrar la forma de romper el hechizo maligno de aquella broma. Tenía que haber un modo de que acabáramos los dos riéndonos de todo aquello. Debía de haber alguna palabra clave que sirviera para escapar, todavía indemne, de aquella situación; algo parecido a la combinación de la puerta de una cámara de seguridad cerrada. Intenté desactivar el artilugio de su amenaza usando el más ramplón y sólido sentido común. Le dije que no tendría más que salir de aquel bar e ir a la policía. Le advertí que se lo contaría todo con detalles. Una vez más, entonces, me obsequió con aquella sonrisa viscosa, adherida a sus labios precariamente, como un pegote de gelatina.

—Sí. Claro que puedes hacerlo. Pero, por favor, deja que te explique lo que pasará después, para que entiendas lo inútil y hasta perjudicial que sería para ti esa acción...

El pormenorizado y exhaustivo análisis que siguió a aquella introducción fue una experiencia terriblemente angustiada para mí. Valle me explicó que la policía, sin duda, investigaría la denuncia. Él no negaría, en ningún momento, haber estado conmigo. Explicaría que en el curso de nuestra conversación había surgido un asunto del pasado. Un asunto bastante feo. Les contaría a los agentes, tranquilamente, el caso de Alejandra, con los más fieles y exactos detalles; reconocería su enfado, e incluso admitiría haber proferido alguna amenaza contra mí; pero negaría tajantemente tener intención alguna de matarme, ni haber manifestado tal cosa. Dijo que si yo me empeñaba mucho, tal vez consiguiera que lo vigilaran durante un tiempo. Entonces, él procuraría portarse bien. La policía podía asistir en primera fila, si le apetecía, a su miserable vida de músico fracasado. No intentaría esconder o disimular nada. Valle me explicó —y empecé a entender, anegado ya por un terror incontrolable, cuánta razón tenía—, me explicó que una sociedad como la nuestra no tiene ninguna posibilidad de neutralizar a un asesino a quien nada importa su propia vida. Dejaría pasar un tiempo prudente, continuó. Unas semanas o unos meses. Y después, un día cualquiera, al salir de la tienda, o de mi propia casa, o de mi coche... o tal vez durante una cena en el restaurante Don Ángel con nuestros amigos Francisco y Adriana —pronunció sus nombres con visible delectación—, aparecería él de pronto. Me miraría directamente a los ojos, me preguntaría si estaba preparado, y antes de que tuviese tiempo de reaccionar, me clavaría un machete en el corazón o me pegaría

un tiro en el parietal con un 38.

—Ya ves —concluyó— la inutilidad de tu idea de ir a la policía. En términos racionales, hay sólo tres cosas que puedes intentar, con alguna remota esperanza de salvación: la primera y más fácil es huir. Renunciar a tu vida aquí, a tus comodidades... Marcharte a otro lugar y confiar en que yo no te encuentre. La segunda posibilidad es tratar de persuadirme de que no te mate. Y la tercera, la más segura de las tres, es la de matarme tú a mí primero.

El dolor de mis sienes se estaba haciendo ahora insoportable, y también sentía un pinchazo en la vejiga, provocado por unas repentinas y apremiantes ganas de orinar. En ese momento apareció una camarera. Una hermosa hembra de pelo oscuro y rizado, con grandes tetas, y unos hombros morenos y desnudos bellamente resaltados por la blanca cinta del delantal.

—Perdonen, señores —dijo con una bonita sonrisa—, pero no se puede fumar aquí.

Valle y yo permanecemos en silencio, contemplándola, durante ocho o diez segundos, como si estuviéramos drogados. Después, él preguntó con brutalidad:

—¿Y por qué no han retirado los ceniceros?

Ella miró hacia el cenicero con estupor, casi con espanto. Recuerdo que vi salir de la cafetería, en ese preciso instante, a las dos ancianas y al chiquillo que había estado burbujeando sin descanso en su batido de chocolate mientras nosotros hablábamos. La camarera dijo con arrobó y cierta gravedad:

—El cenicero... el cenicero es un vestigio de otros tiempos.

El sol había empezado a declinar, y por uno de los ventanales, el cual se abría hacia el paseo marítimo, entraba en ese momento una blanca sábana de luz moteada de puntos negros, como una lluvia de partículas de carbón cayendo sobre una ladera nevada. En medio de esa gran avalancha de luz porosa conseguí distinguir los mástiles de los barcos, formando una extraña empalizada, un bosque desnudo e inagotable en el que sería inútil buscar el consuelo de una sombra.

Mi antiguo camarada y compañero de grupo apagó deprisa el cigarro y empujó ruidosamente la silla con las corvas para ponerse de pie.

—Sigue con tu vida —dijo—, de momento no va a pasar nada... Podemos vernos otra vez, si quieres —luego, señaló las copas vacías y añadió—: Esto ya está pagado.

Después, sin que yo acertase a reaccionar, me dio la espalda y salió de la cafetería.

No le hablé a nadie de nuestro descabellado encuentro. De hecho, seguí su consejo y procuré continuar con mi vida, como si aquello no hubiera sucedido. Al día siguiente, recibí un mensaje en el móvil: «Ya sbs lo cerc q stoy». Lo interpreté como una confirmación de su propuesta de un posible nuevo encuentro. Esa noche tuve un sueño en el que se repetía, transformada, aquella última escena de la cafetería. La camarera, dándome la espalda, pronunciaba sus palabras sobre el cenicero en perfecto francés, muy despacio, con una especie de susurro potente, *C'est un vestige... d'un*

temps passé, mientras yo veía su cabellera rizada, revuelta por el viento, derramándose sobre unos hombros de palisandro. Estaba agotado, sediento, atado a un poste en medio de un erial, y Valle —que en lugar de boca tenía algo así como un largo pico de cuervo— intentaba desde muy lejos atravesarme el paladar utilizando una lanza desmesuradamente larga, tan fina como un estilete. El sueño continuaba, pero lo demás no lo recuerdo.

En el filo de la amenaza

Los días siguientes fueron alucinantes, casi en el sentido clínico de la expresión. Pero no me refiero tanto a que sufriera alucinaciones durante esos días —aunque sí que tuve algunos sueños extraños, como el que acabo de contar cuanto a que llegué a la plena convicción de que mi entrevista con Valle no había sido, no había podido ser un hecho real. No, al menos, en los términos en que la recordaba. Llegué a la conclusión, parcialmente consoladora, de que debía de tratarse, a la fuerza, de alguna especie de delirio. O, en todo caso, de un malentendido, de una confusión. Sí... ahí podía estar la clave. Quizá Valle me había recordado algún episodio desagradable de nuestra amistad juvenil. Eso era muy posible. Y también podía admitir que me hubiese dirigido alguna recriminación, algún amargo reproche. Lo que ya no cabía en cabeza humana era la idea de que me hubiera amenazado de muerte. Eso no. Por lo menos, no en serio. Quedas con un amigo, un buen amigo al que hace tiempo que no ves, alguien con quien no has tenido nunca el menor problema, la menor fricción; y, de pronto, después de charlar amenamente en un café, va y te amenaza con asesinarte a causa de una verdadera minucia, de un pequeño incidente enterrado por un aluvión de tiempo y del que casi ya ni te acuerdas... Imposible. Me negaba a admitirlo. Cosas así no pasaban en la realidad. No en la realidad inmediata y empíricamente accesible. Las tragedias absurdas, las desgracias extravagantes les ocurrían siempre a otros, muy lejos, y uno se enteraba por los periódicos. Esos desgraciados que mueren fulminados por un rayo durante un partido de fútbol, o atrapados en un ascensor durante el éxodo veraniego de sus vecinos... En definitiva, que aquella especie de lúgubre anuncio de asesinato tenía que ser un añadido de mi imaginación, o bien una extraña broma de Valle. Una de esas dos posibilidades. Y no había otro modo medianamente racional de explicarlo.

Me incorporé a mi habitual orden de vida, a mis rutinas de trabajo y de familia, soslayando la necesidad de confiarle a alguien lo que me había ocurrido. Estuve a punto, un par de veces, de contárselo a Virginia; pero la idea de hacerlo, por diversas razones, me resultaba de lo más incómodo. (Entre otros obstáculos, no me apetecía lo más mínimo remover los desenfrenos de mi pasada juventud). Al final me convencí de que podría desactivar yo solo el mecanismo de aquella bomba de relojería que Valle parecía haber incrustado, con absurda saña vengativa, en algún intersticio de mi cerebro. Una buena mañana (el viernes... o el sábado de esa misma semana) dejé de oír el tictac y me convencí de que la bomba había desaparecido, e incluso de que nunca había estado allí. La capacidad de autoengaño, como sabe, es un mecanismo de adaptación sorprendentemente desarrollado en el *Homo sapiens*.

El lunes siguiente, a media tarde, apareció de nuevo por la tienda el psiquiatra de

mi mujer. El doctor Javier Villar, con su inequívoca cara de lechuza. Venía a devolver el camaleón del Yemen que había adquirido hacía unas tres semanas. Lo traía en una fiambrrera del tamaño de una caja de zapatos. El animal, con la cabeza erguida, expectante e inmóvil entre sus propios y diminutos excrementos, presentaba una apariencia bellamente coralina, con su ornato fractal en tonos amarillos, verdes y morados.

—Mire... tengo que devolvérselo —oí que le decía a Mariola—, no podemos tenerlo en casa —el hombre parecía bastante atribulado. Enseguida añadió, en tono de disculpa—: No les pido que me devuelvan el dinero, claro... sólo quiero que se lo queden.

La cosa fue extraña, porque después de hablar con mi dependienta, y de que ella lo tranquilizara con palabras comprensivas y corteses, justo antes de salir —cuando ya todo parecía resuelto— se volvió y añadió mirándome ahora directamente a mí:

—No ha sido culpa suya —hizo una pausa y sonrió—, y tampoco del animal, por supuesto. Ha sido un error mío. Un error mío...

Después de aquella sorprendente declaración, y sin añadir una sola palabra más, salió de la tienda.

Por lo demás, octubre empezó sin sobresaltos. Virginia y yo acompañamos a mi hija Victoria en su primer día de universidad. Acababa de cumplir dieciocho. Victoria ha sido siempre una buena estudiante, todo lo contrario que su hermano. (Ahora ya estas cosas, sus problemas, las perspectivas de su futuro... me parecen remotas, casi ajenas; y, sin embargo, no dejan de ser todavía mis hijos). Acompañamos a Victoria a la facultad, como le digo, después de que aceptásemos, bajo solemne promesa, quedar confinados en la cafetería mientras ella ultimaba trámites en la secretaría, exploraba el aulario y tomaba contacto con sus nuevos compañeros. Era viernes, y el lunes a primera hora empezaban las clases. Después de abandonar el campus los tres juntos, pasamos por el instituto para recoger a Mario y comimos los cuatro un arroz de pescado en el restaurante del Club de Regatas.

Puede decirse que aquel fue un buen fin de semana, excepto la tarde del sábado, durante la hora u hora y media que se prolongó la visita a mi suegra, persona a la que describiré someramente —a riesgo de incurrir en cierta ligera benevolencia— como una vieja despreciable y rencorosa. Estaba inválida desde hacía unos meses a causa de una caída, y la atendía una cuidadora permanente cuyo sueldo sufragábamos en parte Virginia y yo. Se trataba de una enfermera jubilada, una mujer claramente obesa, aunque sorprendentemente ágil y dinámica por lo que pude ver, a la cual sinceramente compadecí por su nefasta suerte. Virginia tampoco puede soportar demasiado tiempo a su madre, así que la cosa no se prolongó más allá de las seis o seis y media de la tarde, por fortuna para mí. Después acudimos a cenar a casa de Francisco y Adriana. El domingo lo pasamos también con ellos. Salimos los cuatro a navegar en el *Bóreas*. Recuerdo que nos hizo un día espléndido, con un exquisito mar turquesa, una brisa suave y un sol ya algo más clemente que el del verano. Nos

bañamos. El agua estaba deliciosa. Las nubes que se congregaron sobre la bahía a última hora de la tarde contribuyeron a una perfecta escenografía del crepúsculo, con un impresionante despliegue final de tonos anaranjados, dorados y violetas. Algo incluso demasiado barroco. Casi artificial. Pero el mar estaba vivo. Limpio y tranquilo a nuestro alrededor. Durante el baño, su líquido abrazo me pareció confortador, protector, como si no hubiera simas ni depredadores en ningún océano de la tierra. Como si todo peligro fuera legendario y el mundo entero fuese benigno e inocuo en realidad. Eso pensé durante el baño: que estaba a salvo de cualquier peligro en aquella suave tarde de domingo.

Algo después, ya en el barco, con la toalla envolviendo amorosamente mi cuerpo y una fría lata de Heineken haciendo que casi me doliera la mano; mientras el velero se deslizaba sobre aquella arrugada superficie de papel de estaño, en la que veía trizarse el último sol del día; mientras oía a Francisco silbar —bastante mal— la música de *Doctor Zhivago*, y a las mujeres chismorrear acerca de vecinos y veraneantes, se me ocurrió de pronto que había sido definitivamente indultado por alguna divinidad etérea y poderosa, tal vez la Madre Naturaleza, muy cualificada, como usted sabe, para borrar toda clase de culpas y de oscuros designios.

Esa sensación se prolongó todavía unas dos semanas. Y al final de ese proceso de autosugestión, alcancé la certeza de que Valle me había gastado una simple broma. Entonces, llevado por el entusiasmo, por la euforia de la felicidad recuperada, me asaltó por primera vez el peligrosísimo deseo de comprobarlo. Es curioso, pero cuando las cosas van bien no nos conformamos. No nos decimos: «Dejémoslo como está, no sea que al dar otro martillazo para asegurar un remache se nos venga encima la casa». En absoluto. Intentamos apuntalar nuestra posición al máximo, por encima de toda razonable precaución. Y eso, con demasiada frecuencia, es lo que nos pierde.

Di el martillazo la tarde del miércoles de la semana siguiente. Ocurrió de una forma casual y algo estúpida. Acababa de recibir un sms de un proveedor. Estaba eliminando mensajes antiguos del saturado archivo del móvil, cuando de pronto me tropecé con aquella especie de criptograma amenazador: «Ya sbs lo cerc q stoy». Me sentí tan provocado, tan ofendido como si no lo hubiera leído antes. ¿Y si lo llamaba en aquel mismo instante? ¿No era esa la mejor manera de resolverlo al fin y al cabo... pillándolo por sorpresa, en medio de sus tareas cotidianas, y obligándolo así a quitarse la carnavalesca careta de asesino que se había colocado, por alguna incomprensible razón, durante nuestro encuentro en el café Arrecife? Por supuesto que era la mejor manera. Para qué darle más vueltas. Pulsé el botón de llamada.

Me contestó sin titubeos, directamente:

—Dime...

No parecía ni remotamente sorprendido. Le pregunté si era un mal momento. Me dijo que no. Me explicó que estaba sentado en un banco del paseo marítimo, viendo cómo hacían volar cometas en la playa. Luego, de pronto, me preguntó a bocajarro en un tono que me sonó entre musical y malicioso:

—¿Has pensado en lo que te dije?

Guardé silencio. Me di cuenta de que mi respuesta a aquella pregunta podría resultar decisiva. Por otro lado, la pregunta en sí misma era ya un funesto augurio. A la desesperada, intenté todavía romper el maleficio:

—Sí —le dije—, por supuesto que he estado pensando... pero... era una broma, ¿verdad?

Entonces cuajó otro infausto silencio entre nosotros. Y, a continuación, su respuesta sonó brutal, escueta:

—No.

Hasta el día de hoy, desde aquella conversación no he podido librarme de la sospecha irracional (usted dirá, con razón, que soy un supersticioso sin remedio) de que Valle me habría dejado tranquilo para siempre de no haberlo llamado aquella tarde. No puedo evitar pensarlo, aunque hay razones más sólidas para suponer lo contrario. Tuve casi inmediatamente la sensación de haberme portado como el imbécil que se mete en la guarida del oso para asegurarse de que está bien dormido. Y entonces tropieza... y lo despierta.

No viendo ya cómo salir de aquel atolladero, más irritado conmigo mismo que con él en ese momento, recordé de pronto lo que me había ofrecido antes de darme la espalda en el café Arrecife, junto al puerto. Aquello de que podíamos vernos otra vez, si yo quería, antes del «desenlace», por así llamarlo. Se lo planteé:

—¿Podríamos vernos otra vez, para hablar... esta semana...?

Accedió inmediatamente, y me propuso que nos encontráramos justo donde él estaba en aquel momento: en el paseo marítimo, junto a la playa, a la altura del hotel Excelsior. Fijamos la cita para el viernes siguiente —día 10 de octubre—, a las seis en punto de la tarde.

Segundo round, estallido

La mañana del jueves, en la tienda, me di cuenta de que Mariola estaba especialmente triste. Llevaba deprimida varias semanas. Yo sabía que hacía tiempo que salía con cierto sujeto, y sabía también que últimamente las cosas no iban demasiado bien entre ellos. En un momento en que no teníamos clientes que atender, hacia las doce, decidí hablar con ella. Supongo que debo explicar que entre Mariola y yo hay cierto grado de confianza que va más allá de la mera relación de un jefe con su empleada. Me apartaré algo de la pista principal de mi historia contándole esto, pero creo que es mejor no escamotearle nada. Quiero que comprenda cómo, exactamente, se desarrollaron los acontecimientos, con todas sus derivaciones.

La cuestión es que algo ocurrió entre nosotros hace algunos años. Resumiendo, después de una cena ofrecida a todos los comerciantes y empleados por la gerencia de la galería, estando ya algo borracho, traté de abordarla. Nos habíamos sentado juntos a la mesa y llevábamos toda la cena bromeando, cómplicemente. Lo que pasó fue que a los dos se nos ocurrió prácticamente a la vez ir al aseo. Al salir, coincidimos en el corredor de servicio. Entonces le dije algo, no recuerdo qué, y traté de besarla. Mariola me paró los pies de un modo tan sereno como tajante. Enseguida le pedí disculpas, y dimos por zanjado el incidente antes de reintegrarnos a la reunión. Esa fue la única ocasión en que he estado a punto de ser infiel a mi mujer. Lo habría hecho, sin duda, de haber sido correspondido. Hace bastantes años de esto —nueve, si no cuento mal—, como le digo. Yo no estaba realmente enamorado de Mariola. Me gustaba, simplemente. Fue una especie de ataque de sicalipsis desencadenado por el alcohol. Creo que interpreté mal algunos gestos, algunas palabras. Así fue, supongo. Conseguí convencerla para que no se marchara de la tienda. Le dije la verdad: que estaba avergonzado de mi conducta, y que no volvería a suceder nada parecido. He cumplido mi palabra hasta hoy.

El caso (volviendo a lo reciente) es que no fue muy difícil conseguir que se sincerase conmigo aquella mañana. Por lo visto, había dado una especie de ultimátum a su novio. Y la reacción de él consistió en una ruptura total, irrevocable. Me dijo entre sollozos, en el reservado de la tienda, que pensaba que ya era demasiado tarde para ella —tiene treinta y ocho años—. Procuré consolarla, aunque sospecho que no fui demasiado hábil. Cerramos un poco antes de la una y la invité a comer en un nuevo bistró francés del nivel 2.

El viernes por la tarde me encontré con Valle en el paseo marítimo, delante del hotel Excelsior, tal y como habíamos acordado. Puede decirse que la conversación que

mantuvimos fue una especie de prolongación de la primera. Cuanto más hablaba con él, más persuadido quedaba de la solidez y determinación de su propósito. En un momento dado me sentí incapaz de dominar por más tiempo la furia acumulada. Estallé, sin poder evitarlo:

—¡Pero si de verdad quieres matarme —le grité—, por qué no me has matado directamente! ¡Qué significa esta estupidez de anunciármelo! ¿Puedes explicarme qué significa este puto aplazamiento? Lo que pienso es que no tienes redaños.

—Mira... —me dijo sin perder la calma—, lo más extraño de todo esto es que yo sigo amando la vida. Y aunque te cueste entenderlo, esta es para mí la única forma de prolongarla... hasta el límite de lo posible.

Debí de poner cara de absoluta incompreensión, y él, entonces, trató de explicarse mejor:

—La idea de matarte, Juan, al principio fue un simple juego mental. Una tortuosa escapatoria de mis problemas. Una fantasía morbosa, nada más. Ya te lo he explicado, creo... Se empieza recordando viejas historias, se hacen odiosas comparaciones, que terminan resultando hipnóticas, obsesivas... Y de pronto estalla, en el centro de la mente, una idea que es puro delirio, pero que se parece mucho al clavo ardiendo de la frase hecha. Eso fue lo que me ocurrió contigo. Luego, la idea, que al principio es irresistible pero informe, como la lava del volcán, fluye hacia su propia solidificación. No hay forma de detenerla. La primera vez que pensé que podría venir a Las Zalbias y asesinarte realmente, y no sólo en mi fantasía, fue un gran consuelo. Algo parecido a un chute de heroína. Pero cuando se repite el proceso, se comprende que ya no basta con pensarlo, porque la droga pierde su eficacia. Entonces es necesario dar un paso más. El único paso intermedio entre la idea germinal y el acto verdadero era la posibilidad de anunciártelo. Este es el único modo de obligarme a llevarlo a cabo. Y al mismo tiempo, es también el único recurso para prolongar mi vida y conferirle cierta emoción, cierto... impulso, más allá de los contornos de mi fracaso.

Escuchar el desquiciado pero consistente discurso de Valle era terrible; y también fascinante, por arduo que resulte admitirlo. Comprendí que hasta ese momento no lo había conocido de verdad; lo cual no impedía que todavía me sintiera furioso:

—Lo confundes todo. Enfocas pésimamente mal las cosas. Diriges contra mí tu resentimiento, en lugar de intentar solucionar tus problemas. Eres un ser mezquino, y un auténtico cobarde. Has preferido culparme a mí de todo para no tener que asumir tu responsabilidad. Has preferido convertirme en tu chivo expiatorio a enfrentarte con tus problemas. ¿Qué culpa tengo yo de los derroteros por los que ha ido tu vida de mierda...? ¿Qué sentido tiene que me culpes a mí? ¿Crees que merezco morir simplemente porque me ha ido mejor? Creo que hace mucho tiempo que vives fuera de la realidad, y ya no entiendes nada... Te has alimentado demasiado tiempo de tus propios excrementos, te has creído tus propias mentiras...

—No... Eres tú, Juan —replicó, con una sonrisa benévola—, el que no entiende

bien las cosas. Tú eres el que no se da cuenta de cómo son realmente. Presta mucha atención, si no quieres morir sin comprender nada. Mi vida es un fracaso completo, de acuerdo. Por las razones que sean. Eso no afecta al núcleo de mi argumento, como verás... Bien... mi vida es, como te digo, una ruina. Así que yo siento odio y rabia contra todo. Contra mí mismo, contra el universo y contra toda la vida que hay en él. Luego, casualmente, pienso en ti, en un momento determinado, y... ¿qué siento? Pues siento envidia, rencor... llámalo como quieras. En definitiva, mi odio y mi rabia desatados acaban concentrándose en ti, fijándose en tu persona. De un modo injusto, de acuerdo, pero ¿qué importa eso? ¿Qué significa «injusto»? ¿No es injusto acaso el que todos nosotros estemos condenados a muerte desde que nacemos? El caso es que esa rabia está ahí. Simplemente existe. Ahora escucha, piensa despacio en esta pregunta crucial: ¿por qué razón tendría que esforzarme yo en resistir a esa rabia? Dame una buena razón para esforzarme. Sólo te pido eso. Presta atención a esta cadena de razonamientos y dime exactamente en qué me equivoco: mi cerebro es un trozo de materia organizado según las leyes de la naturaleza. Un cúmulo de neuronas interconectadas por minúsculas descargas entre los axones y las dendritas. Mi mente es un caos, más o menos organizado, según los parámetros del azar cuántico. En definitiva, un producto azaroso de la evolución. Ahora ese cerebro produce dolor y rabia. Sólo eso. Si no interviene ningún otro factor, necesariamente debemos concluir que ese dolor y esa rabia son un producto de la naturaleza. No es bueno ni malo. No significa nada. Simplemente está ahí. La consecuencia, en mi caso, es que siento el impulso de matarte, sencillamente. Un impulso caprichoso y absurdo... vale... ¿pero es que hay algún impulso del que se pueda decir que es verdaderamente lógico? ¿No es la propia lógica, también, un producto de nuestro cerebro, un conjunto de mecanismos cognitivos, ni más ni menos útiles para la supervivencia que el instinto sexual o la agresividad? —Valle hablaba sin mirarme, con la persuasión desapasionada de un científico y la convicción irrefragable de un clérigo. Apenas había ya gente en el paseo. Era tarde. A lo lejos pasaba un mercante. Un trozo rojo y minúsculo de hierro en el gran manto gris del mar—. Mira... si como dicen algunas personas existe una estructura de valores inmutable, basada en la propia naturaleza, entonces no podré matarte... No sé... Justo antes caeré fulminado o algo así, ¿no te parece? Pero si tal estructura no existe, entonces la rabia triunfará y te mataré. Por supuesto, será una acción tan absurda como cualquier otra, pero yo no puedo ni quiero evitarla. Procede de impulsos que están en la naturaleza, y la verdad es que me produce una especie de satisfacción abandonarme a ellos. O... yo qué sé... Tal vez es que me da pereza resistir a mis impulsos homicidas. Esa pereza también es natural. ¿Vas a decirme que no estás de acuerdo con eso? ¿Vas a hablarme del «fantasma en la máquina» o algo parecido? ¿Vas a decirme que hay algo más allá de la naturaleza, de la materia y la energía, con sus leyes complicadas y cargantes? Porque yo no lo creo.

»Te aseguro que desde que he decidido matarte sufro un poco menos. Sólo un poco menos... pero me vale. Ahora casi asisto con más curiosidad que desesperación

a mis propios procesos mentales. ¿Cómo terminará todo? Ya tengo decidida más o menos la fecha en que te voy a eliminar. También he pensado en la forma de hacerlo. Pero ¿seré capaz de llevarlo a cabo... de llegar hasta el final? Te juro que yo mismo no estoy seguro, aunque creo que podré hacerlo. No puedes decirme que no resulta interesante. Intenta relajarte. Aún tienes algo de tiempo por delante. A lo mejor se te ocurre una solución. Estoy dispuesto a darte toda la ventaja que quieras...

Los dos permanecemos en silencio mucho tiempo, viendo difuminarse la playa delante de nosotros. En un momento dado, pasó muy cerca del banco en el que nos habíamos acomodado una mujer extranjera con dos perros. Un gran danés y un dálmata. Su marido —el que probablemente era su marido— la seguía a cierta distancia, con un aire patético, de amarga resignación. El hombre vestía pantalones cortos y una fea camisa con motivos frutales. Llevaba zapatos y calcetines verdes hasta media pantorrilla. Se parecía mucho a Himmler, aunque el jerarca nazi no había llegado nunca a ser tan viejo. Valle me ofreció un cigarro que acepté de inmediato.

—Tengo que volver a casa —le anuncié una vez que logré asimilar el hecho, suficientemente probado, de que no podría convencerle con palabras, al menos aquella tarde, de que desistiera de su loco y perverso objetivo. Después de arrojar las colillas al suelo, algún resorte compartido nos puso a los dos en pie exactamente a la vez.

—No creas que te odio o te desprecio más que a mí mismo —me dijo a modo de despedida. Y a modo de despedida le respondí:

—No. No lo creo.

Me encantan los animales, amo mucho la naturaleza

A pesar de todo, y por extraño que parezca, esa segunda conversación con Valle en cierto modo me ayudó a serenarme. Me proporcionó una visión más precisa, menos dudosa de las circunstancias. Es decir, de sus intenciones y de mi propia situación. Ahora podía fijar mi posición con más exactitud y desplegar alguna estrategia. Se trataba —supongo— de la paz que nos aporta siempre la certeza, por terrible que esta sea. Ya no había lugar para el engaño: sabía a qué atenerme. Estaba condenado a muerte, así de sencillo. No era una broma, ni una amenaza vana o pasajera, como creí al principio. Valle había hablado como un hombre que está más allá de la desesperación, y nadie puede fingir hasta ese punto. Había verdadera tragedia, sin falsa solemnidad, en cada uno de sus gestos. Su fría demencia —si se trataba de eso— avanzaba lenta pero incontenible hacia mí, como un glaciar. Comprendí que había renunciado a la vida. Así que ahora, si yo quería salvar la mía, debía pedir ayuda. Pero ¿a quién? A Virginia, a mi mujer, por supuesto. Ahora bien, ¿cómo explicárselo a ella? Era ya hora de afrontar un lábil sentimiento: me avergonzaba hablarle de mi conducta con aquella chica, Alejandra, y con el propio Valle. ¿Y si me culpaba a mí de todo? De pronto, esta demencial situación me proporcionaba un claro registro de la distancia que, inadvertidamente, la inercia de un matrimonio demasiado cómodo e insincero había puesto entre mi mujer y yo. Nuestra intimidad física permanecía relativamente incólume (manteníamos relaciones sexuales con cierta frecuencia, aunque algo mecánicamente), pero la confianza mutua estaba mortalmente dañada desde hacía mucho tiempo. Demasiado tiempo. Quizá desde poco después de que naciese Mario. La expectativa de hablar con mi mujer de todo este absurdo asunto me producía una insuperable sensación de angustia. Algo entre el oprobio y el ridículo. Podía recurrir a Francisco. Eso me parecía bastante más aceptable. Menos humillante. Él lo entendería mejor. Y tal vez podría ayudarme.

Alberto Maños, el nuevo gerente de la galería del centro comercial y de ocio Goldmare, se presentó por sorpresa en mi tienda el lunes por la mañana. Tendría unos treinta y cinco años. Era joven, fibroso y casi guapo; aunque una insidiosa alopecia empezaba a hacer estragos en su mata de pelo ondulado y oscuro. Parecía de muy buen humor y, al igual que durante el almuerzo de presentación, fue de nuevo bastante amable y cordial conmigo. Me dijo que se había propuesto visitar todos los comercios a lo largo de aquella primera semana. En la galería hay un total de setenta y ocho tiendas, además de un hipermercado, un multicine, un montón de restaurantes de diferentes franquicias, una bolera, un parque recreativo infantil, una sala de

emergencias con servicio médico permanente y varias otras dependencias y ofertas lúdicas que yo ni siquiera conozco. No me extrañó que se hubiera tomado la semana entera para cumplir con su objetivo.

—Tu tienda —acordamos tutearnos nada más iniciar la conversación—... yo la veo como una especie de reducto de naturaleza en un ambiente tan artificial como este... —se rio con ganas de su propia ocurrencia y me dio un golpecito en el codo—. ¡A lo mejor a ti eso te parece una gilipollez!

—¡No! ¡Qué va! Estoy de acuerdo... —reí yo también. De pronto pareció ponerse grave, casi demasiado solemne:

—Es brutal... —ahora movía con aflicción la cabeza, yo no tenía la menor idea de a qué se refería—, brutal... —me miró, sonrió y decidió explicarse—, lo que estamos haciendo con el planeta. Desaparece una especie cada trece minutos, ¿sabes? A mí me encantan los animales... amo mucho la naturaleza.

Le dije que me alegraba conocer su punto de vista sobre un tema tan importante para todos, e hice gala (falsamente) de toda clase de convicciones ecologistas. La verdad es que desde que empecé con la tienda —de un modo bastante casual— he visto a los animales principalmente como una buena oportunidad de negocio. Es cierto, claro, que siempre he sido aficionado a unas cuantas especies —de peces, sobre todo—, pero no soy lo que se dice un ecologista militante, ni he tenido nunca una especial preocupación por el asunto. Alberto Maños dijo estar encantado con su nuevo destino.

—Ya sabes que he venido para que todo siga marchando tan bien como hasta ahora, y, sobre todo, para ayudaros a vosotros en lo que pueda... —anunció con cierta jovialidad justo antes de estrecharme la mano y despedirse muy risueño—: Ya nos veremos por aquí... —a lo cual correspondí con un ridículo (y cuasifascistoide) gesto de mi mano derecha.

Llamé a Francisco ese mismo lunes, por la tarde, y le pregunté si disponía de media hora para mí después del trabajo. Me puso alguna pega al principio, pero ante mi insistencia terminó por aceptar. Así que fui a buscarlo a su despacho, hacia las siete, y tomamos un par de cervezas en un bar cercano.

—Chico... te aseguro que es la historia más brutal que he oído en los últimos años. ¿Y estás seguro de que no lo conozco?

El adjetivo «brutal» presentaba todas las trazas de ir a convertirse, al parecer, en el cargante estribillo de la semana. Y no se podía decir que no fuese una palabra adecuada, por otro lado.

—No. Tú viniste a vivir a Las Zalbias el mismo año en que él desapareció. Conoces a alguno del grupo... Conoces a Manu... —confirmó que lo conocía sonriendo y levantando a la vez un poco el mentón—, pero a Valle no creo que lo conozcas... Ya te he dicho que yo mismo llevaba diez años sin verle el pelo.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

Hice un gesto de impotencia, de perplejidad, con la boca y con los hombros, y me bebí la cerveza que quedaba en el vaso de un solo trago.

—Si lo supiera no estaría aquí hablando contigo... No te estaría pidiendo consejo. Su réplica fue inmediata, cabal...

—¡Joder! ¡Ve a la policía!

... decepcionante. Tuve que pasar a desgranarle los convincentes argumentos que el propio Valle me había expuesto para disuadirme de tal idea. Le hablé de la indefensión de la sociedad ante quienes actúan por fanatismo o desesperación; de lo muy arduo y engorroso que probablemente resultaría explicar todo aquel embrollo a algún escéptico y desmotivado policía. Evidentemente, estaban demasiado desbordados por las mafias del Este, el terrorismo y la inmigración ilegal como para prestar verdadera atención a un asunto como el mío. Añadí, además, algunos inconvenientes de mi propia cosecha: en cuanto mi mujer se enterase de todo, me vería obligado a darle un montón de explicaciones, y el caso pasaría a formar parte de su arsenal de reproches. Acabaría culpándome a mí de todo. Podía estar bastante seguro de eso.

—Da igual —se encastilló Francisco, irreductible en su opinión como el conserje que sabe, sin resquicio de duda, quién está o no está en cada piso—, tienes que ir. No puedes hacer otra cosa. Mira... —cogió la chaqueta que había dejado en un taburete y buscó su agenda electrónica—, mira... —repitió, sin levantar todavía la vista de la agenda, mientras repasaba la pantalla con el lápiz digital—, mañana yo te llamo por la tarde, ¿de acuerdo? Y vamos a la policía los dos juntos... ¿Te parece...?

Ante tan arrolladora convicción, acabé claudicando.

Pasé la mañana del martes en la tienda, hablando con Mariola de sus problemas personales. Haciendo, más que de jefe o de amigo, de confesor a la antigua usanza. Me preguntaba si en lugar de todos aquellos paños calientes y todas esas palabras de aliento no debería decirle que lo que le había pasado era mucho menos de lo que se merecía, y que si estaba dispuesta a que le sacara del cuerpo la melancolía a base de polvos, todavía estábamos los dos a tiempo. Desde luego, continuó prevaleciendo la alternativa casta y humanitaria. De tanto en tanto, teníamos que parar para atender a algún cliente; y ella, más o menos cada media hora, se escondía para llorar en el reservado.

El martes por la tarde esperé en vano la llamada de Francisco. Estuve a punto de llamarlo yo un par de veces; pero mis hijos y mi esposa me mantuvieron lo bastante distraído —a base, sobre todo, de discusiones entre ellos— como para eludir sin esfuerzo aquel débil impulso. Llegué a la conclusión de que sería mejor darle tiempo al tiempo. (Aunque me daba cuenta de lo peligrosa que podría llegar a ser esa política).

Al día siguiente ocurrió algo que acaparó mi atención durante toda la mañana. Algo completamente inesperado y que parecía exactamente lo que hacía falta para

terminar de sacarme de quicio. Al abrir la tienda, Mariola y yo encontramos un sobre que alguien había deslizado por debajo de nuestra persiana de plástico. Tenía el membrete de la galería y lo remitía la secretaria del nuevo gerente. Cuando lo abrí — casi de inmediato—, la mezcla inicial de curiosidad y extrañeza se transformó en un cóctel mucho más explosivo, compuesto de incredulidad e indignación.

A tenor de las quejas que recientemente ha recibido esta gerencia, relativas a las condiciones de higiene de su tienda de mascotas Zoo Amici, sita en la planta 0 de esta galería, me veo en la incómoda obligación de rogarle que subsane cuanto antes las siguientes deficiencias:

Y a continuación podía leerse una larga y absurda lista de insignificantes irregularidades, pequeños fallos que podrían detectarse en cualquier otro negocio de las mismas características, tales como

manchas en el suelo, presencia de insectos, deficiencias en la instalación eléctrica, malas condiciones de algunos terrarios y jaulas, insuficiente control veterinario...

y otras varias tonterías por el estilo. Leyendo aquello, cualquiera podía pensar que mi tienda era una versión hiperrealista y hardcore del arca de Noé. Aquello resultaba injusto y descabellado, a todas luces. El local estaba más que razonablemente limpio, teniendo en cuenta sus características, y durante años apenas habíamos tenido que arrostrar quejas ni denuncias de nadie. ¿Falta de control veterinario? ¡Eso ni siquiera era competencia de ellos, sino del Núcleo Zoológico, en todo caso! Y en el registro apenas faltaba una visita correspondiente al último año... ¿Quién podía habernos denunciado por algo así? Y más importante aún, ¿a quién le preocupaba tanto, y tan repentinamente, que hubiera alguna mínima disfunción en nuestra tienda?

Pero lo mejor eran las últimas líneas de la carta. Justo antes de que el nuevo gerente me rogara comprensión y me dedicase una alambicada y cortés fórmula de despedida, podía leerse la siguiente frase:

Nuestro común entusiasmo por la naturaleza no puede hacernos olvidar el régimen estricto de calidades que debemos exigir a todos los comercios de esta galería.

Era inverosímil: «Nuestro común entusiasmo por la naturaleza...». Grotesco. Una expresión como esa parecía más bien una burla, y estaba fuera de lugar en una carta admonitoria como la que tenía en ese momento entre mis crispados dedos. Cuando Mariola la leyó, se sumó a mi perplejidad:

—Yo creo que este está mal de la cabeza... —fue su comentario. Por supuesto, llamé a Alberto Maños casi inmediatamente, pero no estaba en su despacho. Me dijeron que no pasaría por allí hasta la tarde. Cuando por fin logré hablar con él, la carcajada que soltó me dejó tan completamente noqueado que ya no fui capaz de articular palabra durante varios segundos:

—Oye... ¿estás ahí?

Apenas pude contestar con un par de monosílabos.

—Escucha, Juan, no tiene importancia. De verdad... es una carta tipo. Pura fórmula. Debería haberte avisado por teléfono, ya lo sé. Oye... soluciona esos pequeños detalles y ya está. Asunto olvidado. ¿Quieres?

Intenté enterarme de quién le había proporcionado algunos de los datos más comprometidos, como lo de la falta de una inspección veterinaria el último año, pero él siguió en su línea de quitarle toda importancia al asunto.

—Bueno... uno tiene que tener sus fuentes de información, ¿comprendes? Hay que hablar con todo el mundo. Pero escucha... todo esto no tiene importancia, de verdad. Ninguna. Además, voy a colaborar a tope contigo. Pídeme lo que necesites. Puedo pasarles una nota a los de la limpieza general, si te parece. Mira... ni siquiera te doy un plazo. Haz los arreglos cuando puedas. No te preocupes. Sé que son faltas insignificantes, pero comprende que yo tengo que empezar siendo un poco estricto. Ha habido alguna queja, ¿sabes? De palabra, no por escrito... algún comentario... nada más. Pero no creo que deba preocuparte. Yo no me preocuparía. Avísame en cuanto lo tengas todo en regla y lo archivamos juntos con un par de cervezas, ¿de acuerdo?

Sus palabras no me tranquilizaron del todo. La verdad es que no me tranquilizaron en absoluto, y en otras circunstancias no habría dejado las cosas así. Habría tomado alguna medida. Virginia y yo habíamos recurrido alguna vez a un abogado de la capital para resolver ciertos pequeños problemas legales. Pensé en llamarlo, pero al final no lo hice. No estaba en situación de buscarme más problemas, de manera que lo dejé correr. Decidí confiar en las lenitivas palabras de Alberto Maños. Decidí suponer que había sido su exceso de celo profesional, la responsabilidad de su nuevo cargo, lo que había motivado que escribiera una carta de advertencia tan injusta e infamante.

Ese mismo día, por la tarde, me llamó Francisco. Se disculpó por su olvido y me preguntó si había ido ya a la policía. Esta pregunta me dejó un poco desconcertado. Dudé un momento y luego —no sabría explicar exactamente por qué—, le dije que sí, que ya había ido a la policía, y que ellos se encargarían ahora de todo.

—¡Claro! Bien hecho... ¿Te han dicho si piensan interrogarlo?

—No... no exactamente. Pero...

—¿Estás más tranquilo?

—Sí... me han escuchado...

—¿Lo ves? Venga... llámame si hay novedades.

Después de hablar con Francisco, inmediatamente marqué el número de Valle. Quería saber qué significaba exactamente aquello de que aún tenía «algo de tiempo por delante». Quería decirle, a ese hijo de perra, a ese malnacido de Valle, que era necesario que nos viéramos una tercera vez. No pude hablar con él. Me saltaba el buzón de voz. Tenía el móvil desconectado.

Tienes miedo, yo también

El jueves por la tarde dejé a Mariola a cargo de la tienda. Virginia quería que la acompañase a una exposición en una galería de arte que acababan de inaugurar en la capital, y no admitía excusas. Virginia había sido profesora adjunta en la universidad hasta que nació nuestra hija Victoria. Trabajaba en el departamento de Arte Contemporáneo y se llevaba cada vez peor con el catedrático. El último año habían tenido varias trifulcas. Incluso parece, por lo que ella misma me contó, que una vez estuvieron a punto de llegar a las manos. Así que renunció a su puesto cuando nació nuestra hija mayor. Muy poco después —Victoria apenas tenía cinco o seis meses— la favoreció uno de esos golpes de fortuna que pueden cambiar de repente el color de toda una vida: le propusieron escribir una crítica de arte para el diario *La Voz*. Su estilo cáustico, irreverente, e incluso descaradamente frívolo, mezclado con toda clase de pirotecnia postestructuralista, gustó tanto que le ofrecieron una sección fija semanal en el suplemento de cultura del periódico. Algo más tarde, le encargaron también una columna en las páginas de sociedad de los sábados. Allí, suele mezclar toda clase de cotilleos con apuntes irónicos sobre el mundo intelectual y sus protagonistas. Sé que Virginia es inteligente. Tiene verdadero talento para escribir, no lo niego, pero me sorprende un poco el hecho de que haya empezado haciendo crítica de arte para terminar en lo que a mí me parecen meros chismorreos, aunque —eso sí— muy bien pagados. En fin... la cuestión es que aquel día me pidió que la acompañara a la exposición. Lo hizo con esa melosa insistencia que yo conocía bien, y que entrañaba la soterrada amenaza de un fin de semana bastante amargo si no la complacía. Era fácil detectar ese tono, al que sólo recurría esporádicamente, hay que admitirlo, y que significaba más o menos: «Te pido esto muy en serio, y si te niegas, prepárate para un sábado sin contacto físico, erizado de incómodos encargos domésticos». Acepté acompañarla, desde luego.

Creo que su interés por arrastrarme de vez en cuando a saraos de esa clase estribaba sobre todo en una secreta necesidad de demostrar a sus amigos intelectuales que ella no era una de esas feministas brillantes, solitarias y patéticas que suelen frecuentar tales foros; sino más bien una feliz madre y esposa que sabía compaginar sus celebradas colaboraciones en prensa con una vida familiar satisfactoria. No soy una eminencia, pero tampoco se me puede considerar un gañán. Siempre me ha gustado leer, y, de hecho, conocí a Virginia en la universidad —aunque dejé la carrera muy pronto—, así que hacía mi papel y, al menos, no la dejaba en ridículo. Aquellas fiestas artísticas, a las que debía asistir tres o cuatro veces cada año, habían pasado a formar parte de mis obligaciones conyugales. En general, resultaban incluso amenas.

La de aquel jueves, sin embargo, fue bastante aburrida. Volví a casa malhumorado

y cansado. Mi mujer lo notó.

—¿Te has aburrido mucho? —me preguntó, una octava por encima, en el mismo tono dulzón al que antes había recurrido para coaccionarme. Le hice un mohín infantil, con algo de mueca de payaso, y le dije que había sido una experiencia realmente orgásmica. Sobre todo el tener que escuchar a un sujeto de unos sesenta años con ademanes de prima donna anfetamínica (lucía una chaqueta azul satinada de inspiración claramente glam, perfecta para un presentador de la peor época del *music hall*) criticar a Verdi por ser un compositor homófobo y reaccionario. Y eso, junto a una instalación de penes móviles en sagrarios.

—Tienes razón, cariño —concedió ella—, mucha razón... pero... no creo que venga a casa con un martillo a romperte el CD de *Nabucco*, ¿verdad? —se defendía, dejando entrever cierto sentimiento de culpa. Luego me abrazó cariñosamente por la cintura y me susurró al oído—: ¿Podría tu curtido cuerpo de marino resistir esta noche algún orgasmo más?

Ya imagino que no le interesan los detalles de nuestra vida conyugal, pero me he propuesto ser totalmente preciso y exhaustivo. Me he propuesto no eludir nada. Por lo menos, nada que pueda servir para iluminar los hechos. Así que tampoco puedo omitir algunos avatares de nuestra vida íntima. Como le he dicho antes, por esos días había empezado a volverme realmente consciente de la brecha de desconfianza que se había abierto entre mi esposa y yo. No obstante, tal y como también le he anticipado, seguíamos manteniendo una vida sexual bastante activa y regular. (Ahora eso es algo que no deja de parecerme un poco extraño, la verdad). El caso es que aquella noche copulamos. Quiero decir que copulamos en diversas posturas, de pie, en la cama. Lo hicimos de un modo especialmente frenético. Solíamos practicar ese tipo de reconciliaciones físicas. Era como si la corriente de soterrado resentimiento avivara el fuego y convirtiera el sexo en una especie de refriega que nos servía de terapia.

Esa misma noche tuve un sueño delirante que recuerdo con toda claridad. Yo estaba hablando con una exuberante rubia —una bella y elegante mujer, más o menos parecida a la Nicole Kidman de *Eyes Wide Shut*— en una heladería del centro comercial Goldmare, muy cerca de mi tienda. No sé exactamente quién era la mujer del sueño, pero creo que me sentía obligado a mostrarme muy solícito con ella: a quedar bien a toda costa. Por esa razón estaba un poco nervioso. Hablábamos de algo con entusiasmo, pero no recuerdo de qué. De pronto, a través de la megafonía del local, y a un volumen mucho más fuerte de lo corriente, interrumpía nuestra conversación la voz del nuevo gerente. Más o menos, lo que decía era esto: «Atención, señor Juan Cáceres... Por favor, este es un aviso para Juan Cáceres, propietario de Zoo Amici... Preséntese inmediatamente en el nivel 0». Ella me preguntaba si yo conocía al tal Juan Cáceres, cosa que me apresuraba a negar con la mayor rotundidad. Intentábamos entonces reanudar nuestra charla, pero

inmediatamente, otra vez, se oía la voz de Alberto Maños: «Señor Juan Cáceres, por favor... sus animales se han fugado». La voz hacía aquí una pausa terrible y continuaba enseguida con una cruel inflexión: «Se han fugado y están defecando en este momento por toda la galería». Recuerdo la espantosa sensación de vergüenza, concentrada como una bola de hormigón en mi estómago. La rubia se había convertido en Carmen, una periodista, conocida de Virginia, a la cual precisamente habíamos visto aquella misma noche. Yo temía ser descubierto en cualquier momento. Y mis temores no tardaban mucho en confirmarse, ya que de pronto unos dedos me pellizcaban dolorosamente la mejilla. Se trataba, cómo no, de Alberto Maños. Estaba muy cerca, a menos de un palmo de mi cara, y sonreía —sin soltarme el carrillo— con los ojos a punto de saltarle de las órbitas.

—Te he dicho ya dos veces que vengas —me recriminaba con los dientes apretados—, dos veces... Supongo que recogerás tú mismo toda esa mierda cuanto antes. La vas a recoger, ¿verdad?

Mi interlocutora, que era otra vez la rubia anónima y despampanante, sonreía y le quitaba importancia al asunto.

—No te preocupes, mira —y me mostraba un huevo en la palma de su mano, parecido a un huevo de gallina, pero un poco más grande de lo normal—, ¿lo ves? Yo adoro a los animales. ¿Sabes que este no es un huevo corriente?

—Ah... ¿no? —le preguntaba yo, completamente anonadado.

—¡No! —exclamaba ella, entre divertida y ofendida; y luego se aproximaba a mí y se ponía la otra mano a un lado de la boca, como si fuera a revelarme un gran secreto—: Este de aquí... lo he puesto yo...

El viernes 17 de octubre por la mañana conseguí finalmente hablar con Valle. Le pregunté si tenía intención de liquidarme aquel mismo fin de semana. Aclaré que me vendría bien saberlo para ajustar al suyo mi propio programa. Oí cómo reía. Me extrañó que lo hiciera. Nos habíamos reído juntos durante nuestro primer encuentro en el café Arrecife —el primero, después de sus diez largos años de ausencia—, recordando algunas de las hazañas del grupo. Eso fue justo un momento antes de que, en el mismo tono en que me podría haber anunciado que pensaba cambiar de marca de dentífrico, me descubriese su intención de asesinarme. Durante el resto de la conversación y a lo largo de todo nuestro segundo encuentro ya no había vuelto a reír, que yo recordase.

—No —dijo, poniéndose serio de pronto, en un tono rotundo y decidido—, no va a ser este fin de semana. Te lo aseguro.

—Entonces —sugerí— no te importará que nos veamos otra vez esta tarde. A no ser que tengas algo urgente que hacer, claro...

Dudó un momento. En realidad, tardó bastante en responder. Primero dejó vibrar sus cuerdas vocales sin articular ninguna palabra. Luego, ese sonido, grave y

prolongado, más o menos equidistante de todas las vocales —como el canto de un monje tibetano—, se resolvió en una frase de aquiescencia que sonó más bien displicente:

—Sí, eh... si quieres...

—¿Nos encontramos en el mismo sitio que la otra vez, entonces...? —propuse. Él volvió a guardar silencio un momento, y luego me indicó algo distinto:

—No. Ven a buscarme aquí. ¿Te he dicho ya dónde me hospedo?

Le dije que no. Me facilitó la dirección. No fueron necesarias demasiadas explicaciones. Conocía el lugar: un motel a las afueras de Las Zalbias, a unos dos kilómetros del centro por la carretera de la costa.

Me encontraba en la galería cuando hablé con Valle aquella mañana. En una *croissanterie* del nivel 2, para ser exactos. Cuando regresé a la tienda le dije a Mariola que tenía que salir, y que por lo tanto estaría sola toda la tarde. No se podía decir que Mariola estuviera realmente recuperada, pero al menos era ya capaz de controlarse lo suficiente como para no llorar delante de los clientes. Comí en un bufet libre oriental, situado también en la galería, y después fui a casa. Vivimos (puede imaginar fácilmente lo doloroso que es para mí saber que ahora mismo debería decir «vivíamos») en un adosado de tres plantas con un jardín en la parte delantera y otro en la de atrás. Abrí con el mando a distancia y metí el coche en el garaje.

La casa estaba en silencio, pero por alguna razón sospeché que había alguien. Pregunté con un grito, al pie de las escaleras. Me respondió, remotamente, la voz de mi hija:

—Sí... estoy yo, papá.

Cuando, a continuación, le pregunté por su madre, me dijo que no tenía ni idea. Poco después, vi aparecer a Victoria en el rellano superior, a unos tres metros sobre mi cabeza. Llevaba unas bragas amarillas con un pequeño estampado de las Supernenas, y una camiseta del club de natación. Tenía el pelo mojado y una toalla en la mano.

—¿No es los viernes cuando va con Susana a pilates? —sugirió, mientras se ceñía la toalla a la cabeza en forma de turbante. Victoria tenía razón: mi mujer debía de estar en pilates, sin duda. La conversación no duró mucho más. Ella volvió a encerrarse en el cuarto de baño. Yo fui a mi cuarto para cambiarme de ropa. Cogí algo de dinero de un cajón de la cómoda. Después, encaramado a una silla, busqué en el altillo del armario mi equipo de submarinismo. Bajé de la silla con todo el utillaje. Saqué el cuchillo de la funda. Lo miré, lo sopesé, recorrí cuidadosamente el filo de titanio con la yema de mi dedo pulgar. Volví a guardarlo en la funda. A continuación, me lo coloqué en la pantorrilla con la correa de caucho ajustable, antes de ponerme los pantalones. Después me miré en el espejo del armario e hice varios movimientos con la pierna, para asegurarme de que no se notaba nada extraño. Me había ajustado la correa con el cuchillo más cerca de la rodilla que del tobillo, de modo que era muy difícil que nadie viera nada bajo la pernera de mis pantalones de pinzas. Le dije a

Victoria, a través de la puerta de su cuarto, que iba a salir de nuevo. Me preguntó si quería que le dijese algo a su madre. Dudé un momento:

—Dile si quieres que no vendré a cenar... Pero no te preocupes, luego la llamaré yo.

Estuve a punto de preguntarle si pensaba salir y a qué hora volvería. Es decir, estuve a punto de hacer sumariamente de padre; pero me pareció una estupidez; así que me despedí con un diplomático y preventivo «hasta mañana», y luego volví al garaje a por mi coche.

Hacía demasiado calor para ser octubre, aunque estaba nublado. Conduje por la avenida de la Estación y luego giré a la izquierda. Avancé, en medio de una fluida y rápida corriente de tráfico, en paralelo a la playa y al paseo marítimo. Dejé atrás el hotel Excelsior. Eran casi las siete. El mar, bajo aquella luz triste de calima, parecía plomo líquido. Conduje hasta el motel Azarbe, apenas a un kilómetro y medio de Las Zalbias. Se trata de un feo edificio de muros casi amarillentos —originalmente blancos— en algunas partes, y de ladrillo visto en otras; consta de cuatro o cinco plantas comunicadas por escaleras y corredores externos. Sobre la azotea hay un luminoso con mayúsculas verdes que lo anuncia para que se pueda divisar bien desde la carretera: la nacional de dos direcciones que pasa justo por detrás, a cierta altura, separada del motel por un patio cubierto de grava que sirve de aparcamiento. Cerca de allí hay una urbanización llamada Los Galeones, ocupada principalmente por alemanes jubilados.

Dejé el coche en la explanada y busqué la recepción. La encontré enseguida. Estaba en un flanco del edificio. Nada más franquear la puerta principal, vi a una mujer negra bastante voluminosa, con un traje muy colorido, que estaba sentada frente a una televisión, entre dos troncos de Brasil, en una pequeña sala con muebles de mimbre contigua a la recepción. Parecía estar siguiendo una especie de *show*, a base de música, baile y gente gritando en las gradas. Le pregunté si no había nadie, señalando el mostrador vacío. Ella negó con la cabeza y dijo algo inaudible; así que subí directamente a la habitación. Valle me había dado el número durante nuestra conversación de aquella mañana. El 26, en la segunda planta. Estaba, como todas, en un corredor abierto. Llamé a la puerta con decisión, pero no contestó nadie. Volví a llamar. Y entonces la puerta se abrió.

—Pasa —me dijo en tono terminante. Vestía una camiseta vieja y unos pantalones cortos. Llevaba calcetines, pero no iba calzado. No se había afeitado por lo menos en dos días. Me senté en una silla, sin pedirle permiso, y estuvimos varios minutos sin hablarnos. Luego, él dijo—: Ahora ya sabes dónde estoy viviendo.

Estuve a punto de preguntarle «y para qué crees que podría servirme eso», pero me contuve. No dije nada. Luego le pedí un vaso de agua. Me lo sirvió en silencio. La habitación era más acogedora de lo que podía esperarse. Tres piezas: un funcional salón-cocina, un dormitorio y el cuarto de baño. Desde la ventana podía verse el mar.

—¿Quieres cerveza? —me preguntó después de que me bebiera el medio vaso de

agua que me había servido. Asentí. Fue hacia el pequeño frigorífico que había debajo de la televisión y sacó dos latas de cerveza. Las puso sobre la mesa. Abrió la suya.

—¿A qué has venido? —preguntó sin mirarme, con una mezcla de indolencia y aspereza. Luego dio el primer trago, directamente de la lata, cerrando los ojos.

—No entiendo nada, ¿sabes? —le dije; Valle me miró, sonrió y movió negativamente la cabeza.

—Puede ser que no haya nada que entender, ¿te lo has planteado?

Comprendí que volvíamos a un callejón sin salida que ya habíamos registrado palmo a palmo en nuestras conversaciones anteriores y decidí cambiar de registro.

—¿Sigues con la música...? ¿Lo has dejado... del todo...?

—Ya no me interesa, me hastía... —dijo con amargura—, ni siquiera he traído mi armónica. A veces oigo alguna cosa en la radio.

Después de aquello, estuvimos callados otros cinco o diez minutos. Sacó dos latas más de cerveza. Nos las bebimos en silencio. Fuera, anochecía lentamente.

—Yo era bastante feliz hace dos meses —dije de pronto—, pero ahora parece que vivo en un decorado a punto de desmoronarse —esta vez no sonrió. Tuve la impresión de que me escuchaba comprensiva, compasivamente—. No me refiero sólo a esto... no sólo a ti... A la galería ha llegado un nuevo gerente y me parece que la tiene tomada conmigo...

Inesperadamente, Valle pareció muy interesado por el caso. Me preguntó por qué sospechaba tal cosa, y entonces le conté todo lo relativo a Alberto Maños. Luego, le hablé también de Mariola y, más tarde, de mi mujer y de mis hijos. Me lancé a hablar de mi vida sin restricciones. (Algo normal, por otra parte, en una charla con un viejo amigo; pero extraño, muy extraño, dadas las circunstancias). Incluso le conté mi conversación con Francisco y su vehemente consejo de que acudiera a la policía cuanto antes. Esto último le hizo sonreír de nuevo. Entonces habló él:

—Nuestras vidas son incomprensibles y miserables, ya lo ves. Siento que estemos en esta situación. No lo entenderás, pero realmente es inevitable. Si lo vieras por un instante desde mi punto de vista, te darías cuenta de que es inevitable. Yo no he puesto nada en marcha, créeme. No soy ninguna causa. Soy un puro resultado. Nada más.

Después de decir esto echó hacia atrás ruidosamente su silla. Encendió la luz y sacó de un armario una botella de *whisky*, y luego, de la nevera, otra de *cocacola* de dos litros que estaba a la mitad de su capacidad, más o menos.

—Sé por qué has venido, ¿sabes? —continuó, mientras se preparaba un cubalibre—. Has venido porque tienes miedo —me miró por encima del borde del vaso, mientras bebía, entornando un poco los ojos. La mirada de un profesor de primaria a un alumno tramposo. Hizo una pequeña pausa para dar un segundo trago, luego siguió hablando—: Pero yo no puedo curarte de eso. Yo también tengo miedo... Piensa que en cualquier momento se te podría ocurrir la buena idea de matarme. Y a pesar de que mi vida sea despreciable, no me he librado del todo del instinto de

supervivencia. Creo que ese es mi problema. Nietzsche escribió que se puede sufrir por exceso de vida o por defecto de vida. Yo he sufrido por lo primero... *Überfülle des Lebens*. He sufrido por exceso...

En aquella habitación, durante nuestros frecuentes silencios, podía oírse el rumor del mar y algo de música (vocal, melódica) que llegaba muy débil hasta nosotros, probablemente desde algún otro cuarto. Quizá desde otro piso. La ventana estaba abierta. Valle la había abierto poco después de que yo llegara. Se había levantado, y en aquel momento estaba asomado a ella, dándome a mí la espalda. Pensé, naturalmente, en el cuchillo, oculto bajo la pernera de mi pantalón. De improviso, se volvió hacia mí con los ojos algo enfebrecidos. Una especie de rizo delirante le caía por un lado de la frente, casi hasta la ceja. (Juraría que sólo un minuto antes no estaba allí ese grotesco rizo). Supuse que saltaría sobre mí. Imaginé que me obligaría a matarlo. Puse en tensión mis cuádriceps y mis bíceps femorales y convertí mis manos en puños bajo el asiento de la silla. Para un gesto de súbita violencia habría estado muy bien preparado; en cambio no lo estaba, en absoluto, para la propuesta que me lanzó, en un tono casi eufórico, como si fuera la mejor idea que había tenido en su vida:

—¿Por qué no vamos a la cala a bañarnos?

No era ninguna aberración, para venir aquella idea de un lunático declarado. Hacía mucho calor. Valle no había puesto el aire acondicionado. (Puede que no hubiera en aquel cuarto aire acondicionado). Y el mar, después de todo, estaba muy cerca.

—Báñate tú, si quieres —respondí, intentando no contrariarlo demasiado—, yo te acompaño... pero no creo que me meta en el agua...

Era casi de noche y los dos estábamos ya bastante borrachos. Valle sonrió y me puso una mano en la cabeza. Me frotó el pelo. A continuación, se puso un viejo bañador azul oscuro de tipo «pirata» (le llegaba por debajo de las rodillas) y se quitó los calcetines antes de calzarse unos deportivos. No se cambió la camiseta. Entró en el cuarto de baño y salió con una toalla roja. Echó casi media botella de JB en la botella de plástico, mezclándolo con la cocacola. Cogió la llave, que estaba junto a su cartera en la mesita auxiliar, y salimos los dos de la habitación.

El alcohol (al igual que la mayor parte de las otras drogas) lleva la vida humana a veces un poco por encima y, casi siempre, muy por debajo de sus límites habituales. Me cuesta mucho imaginar cómo habría sido mi vida de haberme mantenido rigurosamente abstemio. Le digo esto porque no le puedo explicar todo lo que sucedió aquella noche sin remitirme al efecto de la bebida. El caso es que me sentía exaltado e inseguro. Asustado, pero también temerario. Furtivo y un poco melodramático —como un adolescente, si usted quiere—, caminando por aquella estrecha vereda y saltando sobre aquellas escarpadas rocas, en compañía de mi amigo

Valle; que ya no era exactamente amigo mío. ¿Tiene algún sentido que un hombre amenazado por otro de muerte se encuentre junto a él en cierta clase de armonía? ¿Tiene algún sentido emborracharse con quien ha jurado convertirse en tu verdugo? No lo tiene, me parece, a no ser que víctima y verdugo (o verdugo y víctima) se hayan emborrachado juntos antes muchas veces.

La luna era media onza de oro viejo jugando al escondite con las nubes, y la espuma se arremolinaba entre las piedras, al pie del acantilado. Habíamos llegado a una especie de cala, con un poco de arena oscura y demasiadas algas, muy cerca ya de las luces de la urbanización. Valle se quitó la camiseta y los deportivos y se metió en el agua. Empezó a dirigirme toda clase de gestos conminatorios para que lo acompañara.

—¡Métete, imbécil! —gritaba—. ¡Gilipollas! ¡No creas que voy a ahogarte! ¿Tienes miedo, Juan? Está fría la hija de puta. ¡Métete, vamos!

Lo veía sumergirse y desaparecer, y tenía la esperanza de que no volviera a sacar la cabeza. Pero una y otra vez me contrariaba, emergiendo, un metro a la derecha o a la izquierda de donde yo miraba. Y volvía entonces a insultarme, y a gritarme que me metiese en el agua con él. Cogí la botella de plástico y me bebí casi un cuarto de su contenido. Luego, me desnudé y entré en el mar corriendo. La pendiente del lecho era acusada. Enseguida tuve que nadar. El agua, en realidad, no estaba demasiado fría, y la cúpula de nubes impedía que el calor escapase hacia las capas altas de la atmósfera, por lo que la noche prometía ser bastante cálida.

Puede que fueran la cerveza y el *whisky*, claro, pero el caso es que disfruté de aquel baño clandestino, nocturno; gritando y chapoteando frenéticamente en compañía de Valle, mi demonio de otra época, y mi ángel exterminador particular. Éramos, en aquel momento, dos genios ridículos emergidos de una misma y miserable botella; un par de Dióscuros terminales y borrachos.

Había sido el segundo en entrar y fui el primero en salir. Volví, un poco aterido, hacia la roca en la que habíamos dejado nuestra ropa y la toalla roja. Me sequé con ella rápidamente, y luego se la entregué a Valle, que acababa de salir corriendo del agua.

—Pero ¿qué es eso? —dijo de pronto, señalándome la pantorrilla. Antes de que pudiera reaccionar se agachó y sacó el cuchillo de la funda. Rio furiosamente, de un modo ofensivo, exagerado—. ¿Y con esto pensabas degollarme, subnormal?

Ahora yo estaba de pie frente a él, con el slip y la camisa que acababa de ponerme. Había empezado a abotonármela, pero dejé de hacerlo. No sabía qué decir. Me limité a reír, con los brazos caídos, mientras él apuntaba con la hoja desnuda a mi garganta. Entonces, un relámpago de inspiración debió de entrarme por la cima del cráneo y se materializó en una sencilla frase que brotó, rotunda, de mi sonriente boca:

—Yo tampoco voy a matarte... este fin de semana.

Valle rio. Los dos reímos bajo la luna, bajo aquellas nubes lentas, perezosas como un rebaño de bóvidos amodorrados y deformes.

Nos despedimos en la explanada de grava que servía de aparcamiento al motel Azarbe. Valle me acompañó hasta mi coche. Tenía los ojos enrojecidos y las aletas de la nariz completamente blancas.

—Haz pronto lo que tengas que hacer —dijo, masticando con alguna saña las palabras—, porque ahora yo no tardaré mucho... Así que si quieres matarme primero te recomiendo que no te lo pienses demasiado.

Yo no pronuncié una palabra. Me estaba poniendo el reloj y tenía el cuchillo —guardado en la funda— debajo del brazo. Subí al coche. Bajé la ventanilla y —aunque conocía de sobra la respuesta— le pregunté:

—No podríamos dejarlo... ¿verdad?

Negó con la cabeza. Encendí los faros y el motor. Arranqué, haciendo girar los neumáticos ásperamente sobre la grava. Retrocedí, volví a girar iluminando a Valle un momento (estaba allí de pie, con los ojos muy abiertos, tensando la toalla contra su nuca con las dos manos), y salí hacia la carretera.

Cuando llegué a casa serían aproximadamente las cuatro.

Libertad animal

Supuse que mi inopinada escapada nocturna, con las demás circunstancias agravantes... —la hora a la que regresé, los restos de arena en mi calzado y en mi ropa, la perceptible atmósfera alcohólica reinante en nuestro dormitorio aquel sábado por la mañana—, supuse que la suma de todo esto me acarrearía alguna turbulenta discusión con mi esposa, pero me equivoqué de medio a medio. Ella se había levantado antes que yo. Cuando me presenté en la cocina (imagino que con un aspecto estragado, lastimoso) me sonrió y me ofreció zumo de naranja sin dar la menor muestra de contrariedad. También estaba allí Mario, llevándose compulsivamente a la boca sus cereales de chocolate, en colmadas y rápidas cucharadas.

—Ayer te ferdizte e farzido... —fueron las palabras reprobatorias con que mi hijo me recibió.

—¿Qué partido? —pregunté, completamente desconcertado, y procurando controlar un conato de náusea que se apoderaba en ese instante de mi estómago, mientras me dirigía, anhelante, hacia la cafetera.

—Buenos días, papá... —intervino sorprendentemente Virginia, con un propósito corrector, educativo, absolutamente inusual en ella.

—Bueeeeeenoos díííías, papá —repetió mi hijo zumbonamente, rezumando sobre su bol del Increíble Hulk leche y cereales masticados. Luego aclaró—: el Barcelona-Inter... —me senté y di un primer sorbo a mi café con leche, sin responderle. Él continuó con el interrogatorio—: ¿Es que se te había olvidado?

Por supuesto que se me había olvidado. Se me había olvidado por completo. Así como también había olvidado llamar por teléfono a Virginia para decirle que volvería tarde.

—No —mentí con rotundidad—, me acordé del partido, pero había quedado con un amigo al que hacía mucho que no veía... Nos liamos a hablar... Bebimos cerveza...

—¿Con qué amigo? —preguntó él inmediatamente.

—Con qué amigo... —repetí, para darme tiempo. Decidí que sería mejor que Virginia oyera la parte más trivial de la verdad—: con uno de mi antiguo grupo... Valle... el bajo de los Divine. El único que ha terminado siendo músico de verdad.

—¿No vivía en México? —me interrogó entonces mi mujer, que estaba exactamente detrás de mí, trasteando en el lavaplatos.

—Sí... eso era también lo que yo creía. Pero parece que no. De México volvió enseguida. Al año o así. Ahora vive cerca de aquí. Tiene problemas, ¿sabes? Estuvimos hablando... hasta tarde. Perdona que no te avisara.

—No te preocupes, cariño —dijo ella, extrañamente conciliadora—; tu hija me lo advirtió. Me dijo que no vendrías a cenar.

Todo esto realmente me sorprendió. La conducta de mi esposa me dejó perplejo. Era como si de pronto nada le importara. O, mejor dicho, le importase aún menos que de costumbre. La verdad rara vez llega a nuestra vida de forma torrencial. Al contrario: suele filtrarse de manera más bien imperceptible, gota a gota, como el agua de las capas superiores alimenta un lago subterráneo en el corazón de una caverna. Claro que puede que usted considere que me extiendo demasiado, que me pierdo en detalles superfluos, explicando cómo, exactamente, sucedieron las cosas; pero yo no veo otro camino para que perciba de qué modo fui conducido a un estado de verdadera enajenación, de alienación profunda. Conducido. Creo que este participio, el cual podría parecer demasiado exculpatorio, sin embargo se ajusta a la verdad. Conducido expeditivamente por Valle; y algo más insidiosamente por parte de mi familia y de otras personas cercanas. La verdad no nos hace libres, ¿sabe? Yo creo que más bien nos convierte en sus esclavos. Y yo, progresivamente, empecé a sufrir esos días la revelación de la verdad acerca de mi propia vida. Creo que ese era, después de todo, su propósito. El propósito de Valle. Claro que él no contaba con sus inconscientes aliados. Ellos fueron los cooperadores necesarios para el completo logro de sus fines.

Pero tiene razón. Será mejor dejar por ahora las especulaciones. Ya habrá tiempo para ellas. Es mejor volver a la relación estricta de los hechos. En esencia, lo que quiero decir con todo esto —ya lo habrá deducido— es que la actitud de mi mujer aquella mañana me hizo sospechar que algo extraño sucedía. Se me ocurrió, por primera vez, que ella acaso también tuviese algo que ocultar. Aunque en aquel momento, la verdad, esto no pasó de ser una vaga sospecha.

Los días siguientes, la siguiente semana, los acontecimientos realmente se precipitaron. Y quiero decir que se precipitaron sobre mí, como los cascotes de un edificio en demolición. El martes se presentaron en la tienda dos inspectores. Uno de ellos era veterinario. Me hablaron de una denuncia que había cursado una asociación ecologista de la cual yo jamás había oído hablar. Ni siquiera creo que realmente existiera. Dijeron que se me había denunciado por tener en malas condiciones a algunos de los animales, y me advirtieron de que si no les permitía realizar una inspección aquella misma mañana —¡en aquel preciso instante!—, luego debería someterme a otra mucho más rigurosa. Capté perfectamente el mensaje, así que me resigné a lo inevitable y les dejé obrar con libertad. Cuando terminaron, reconocieron que no habían encontrado ninguna deficiencia que se pudiera considerar una infracción grave, pero sí en cambio un cúmulo de pequeñas irregularidades que igualmente podrían llevarme a una orden de cierre si no las subsanaba en un plazo breve. Un plazo que en ningún caso debería exceder los veinte días hábiles, a contar

desde ese momento. Esa misma tarde me presenté en el despacho de Alberto Maños. Tuve que esperar una media hora: estaba reunido. Finalmente conseguí hablar con él. Reconoció que sabía lo de la denuncia, pero negó que él tuviera nada que ver con ella:

—Sí... me han llamado esta mañana y me han preguntado si estaría el dueño en la tienda... Claro... he tenido que decirles que probablemente estarías. Pero no sé nada de esos ecologistas, te lo juro. No sé de qué van... ni cómo han podido enterarse.

Enterarse. Desde luego, no me cupo la menor duda de que estaba mintiendo, pero logré dominarme. Pensé que no me interesaba una política de abierto enfrentamiento. Pensé que, de momento, me convenía avenirme a aquella farsa amistosa. Más tarde, ya veríamos. Salí del despacho del gerente con la decisión firme de gastar todo el dinero necesario para que mi negocio fuese completamente irreprochable, desde cualquier punto de vista. Ese era, me pareció, el único camino seguro para evitar el cierre.

Cuando le conté a Virginia lo que había ocurrido, ella no pareció preocuparse demasiado, a pesar de las consecuencias económicas que podría acarrear todo el asunto a nuestra familia. Dijo que estaba segura de que en la siguiente inspección serían mucho más indulgentes, sin —por supuesto aducir la más mínima razón para justificar su optimismo. El miércoles 22 llamé a una empresa de reformas para que se encargasen de la instalación eléctrica. Dijeron que enviarían a alguien por la mañana, pero no se presentaron hasta el viernes, así que el jueves por la tarde mi ansiedad alcanzó cierto punto crítico. Llegué entonces a la desesperada convicción de que debía mantener una charla con Maños para, como suele decirse, poner las cartas de una vez boca arriba y aclarar definitivamente las cosas. Fue más fácil de lo que esperaba. Accedió inmediatamente a mantener una nueva entrevista conmigo, y se mostró por primera vez relativamente franco respecto a sus intenciones:

—Comprendo tu situación —dijo—, comprendo tus sospechas... Mira... si pudiera elegir, preferiría que en mi galería hubiera una serie de comercios y que otros no estuvieran, ¿comprendes? Cada uno tiene su propio gusto. No sé... hay que trabajar con algún tipo de criterio, con algún ideal. Pero lo mío no es perjudicaros a vosotros, como comprenderás. Esa no es mi función. Todo lo contrario. No voy a negarte que tenga ciertas ideas sobre ecología. Yo pienso que los animales deben estar en libertad. Esa es mi premisa básica. No me gusta el comercio con animales, lo reconozco. Entiendo que haya gente que quiera comprar una mascota. Lo entiendo... pero la mayoría no mantiene a sus animales en buenas condiciones. Tú sabes eso perfectamente. Lo sabes igual que yo. Ya ves que estoy siendo bastante sincero. Pero no he tenido nada que ver con esa denuncia, te lo aseguro...

Después de aquella conversación las cosas me parecieron mucho más claras: evidentemente, todos los necios del mundo se habían conjurado contra mí al mismo tiempo. Expresiones como «preferiría que en mi galería no hubiera una serie de negocios», «no me gusta el comercio con animales» o «los animales deben estar en

libertad» eran indicios lo suficientemente elocuentes acerca de una mente perturbada y obsesiva. El camino que me había trazado —aunque supusiera una considerable merma económica— seguía siendo el camino correcto: si convertía mi tienda en un modelo de lo que debería ser una tienda de mascotas, ya no quedaría ningún resquicio por donde atacarme.

Mariola asistía, no menos estupefacta que yo, a esta especie de intento de sabotaje. Ella fue el único respaldo efectivo —a pesar de su permanente melancolía— con el que pude contar en aquella sorda guerra contra el gerente Maños. Los dos comprendimos que se trataba exactamente de eso, de una guerra, cuando recibimos el siguiente ataque por un flanco del todo inesperado: el de los clientes. Aunque yo intentaba afrontar el asunto con toda la ecuanimidad posible, y me esforzaba en rehuir cualquier deriva paranoica, fue inevitable intuir la mano de Maños en varias de las reclamaciones que empezamos a recibir por aquellos días. Nos devolvieron una docena de hámsters que, al parecer, habían enfermado misteriosamente nada más salir de la tienda; y a varios periquitos afectados de psitacosis. Otro cliente vino a quejarse de nuestra comida para galápagos. También hubo problemas con unos cachorros de cocker que habíamos vendido la semana anterior. Mariola y yo fuimos resolviendo como pudimos todas estas quejas. El viernes empezamos con la reforma de la instalación eléctrica y, por esa razón, tuvimos que cerrar los primeros dos días de la semana siguiente —lo cual bien podía considerarse una primera victoria para aquel gerente lunático, Alberto Maños, paladín de la libertad de vertebrados e invertebrados—. Llegué a la conclusión de que necesitaba algún tipo de tregua. Pensé que no podía luchar en dos frentes a la vez. Como no creía que Valle fuera a cumplir su promesa a corto plazo —a pesar de la crudeza de su última amenaza, cuando nos despedimos en el aparcamiento del motel una semana antes—, supuse que debía concentrarme en Alberto Maños y sus sórdidas maniobras contra mi tienda. Eso era lo primero: salvar la tienda. De pronto se me ocurrió una idea atractiva y perturbadora: ¿por qué no llamar a Valle y contarle las últimas insidias del gerente? ¿Cómo reaccionaría ante eso? Quizá comprendería, de una vez, que mi vida ya era lo bastante miserable como para tomarse alguna molestia en acabar con ella. Y de todas formas, nada podía perder. La tentación era demasiado fuerte; así que lo llamé el sábado por la mañana (día 25 de octubre) desde la cubierta del *Bóreas*, que estaba amarrado en el punto 22-A del puerto deportivo de Las Zalbias. Apenas oí un par de veces la señal de llamada. Después, enseguida, su voz:

—Dime, Juan... Te advierto que no tengo mucho tiempo... Voy a salir...

—¿Tienes cinco minutos?

No respondió enseguida. Temí que lo hiciera negativamente. De pronto, la idea de compartir con él las rastreras maniobras de las que estaba siendo víctima se había vuelto imperiosa, urgente.

—Cinco minutos —me advirtió secamente. Así que le expliqué, del modo más compendioso que supe, lo que había ocurrido en las últimas jornadas.

Entonces, hubo un silencio demasiado largo. Supuse que tal vez habría algún problema con la cobertura:

—Valle... ¿estás ahí? —el silencio se prolongó todavía tres o cuatro segundos más. Y después, oí de nuevo su voz, clara y tranquila:

—¿Quieres que lo mate? —aquella pregunta me hizo gracia, y sólo el hecho de estar gravemente implicado en la situación impidió que me echase a reír—. Por supuesto —precisó de inmediato—, luego te mataría a ti. Eso no cambiaría. Pero te irías de este mundo con esa satisfacción. La de que ese hijo de puta se hubiera marchado primero. Piénsalo. No me importa cargármelo.

Le agradecí a Valle su oferta, pero le dije que de momento intentaría solucionar el problema por mis propios medios. Satisfecha mi curiosidad, me di cuenta de que no tenía ningún sentido prolongar aquella conversación.

—Bien... creo que tienes prisa —le dije—, no te entretengo más —e inmediatamente corté la comunicación.

El frío llegó por esos días, un poco alevosamente, acompañado de viento y cargado de humedad. Suele ser así en Las Zalcas. En realidad, los inviernos son generalmente suaves, por el clima mediterráneo. La humedad y el viento son el único problema. Aquellos últimos días de octubre los pasé resfriado, mientras Mariola, Marc —un joven empleado ocasional que ya había estado con nosotros varios meses durante el invierno anterior— y yo mismo acometíamos todas aquellas reformas urgentes. Decidimos abrir únicamente por las tardes. Renovamos gran parte del material, mejoramos las instalaciones de los animales; pero yo sabía que difícilmente todo eso supondría una solución definitiva a nuestro problema. Empezaba a sentirme bastante deprimido. El miércoles, por fin, tuve que quedarme en casa tomando paracetamol y procurando interesarme en alguna de las películas de la televisión por cable. Mariola se quedó al frente de todo. Estuve llamándola cada hora esa mañana. Y me repitió una y otra vez lo mismo, evitando entrar en detalles: que todo iba bien y que tratase de descansar.

Comí con mi mujer y con Mario. Victoria estaba en la facultad y no regresaría hasta la noche.

—Tengo que llevar a tu hijo a gimnasia correctora —me advirtió Virginia mientras se preparaba un café—, ya sabes que ahora es dos veces por semana... Además... tengo cosas que hacer en la ciudad. Si no estoy a la hora de la cena te recuerdo que tienes pisto y croquetas en el frigo.

La perspectiva de quedarme solo en casa aquella tarde era demoledora, pero ni siquiera tuve fuerzas para lamentarme o protestar. Le dije, simplemente, que iba a dormir otra vez, y me escabullí como un espectro escaleras arriba. Un poco más tarde, los oí marcharse desde la cama. No llegué a dormir. Me incorporé después de una hora. Me tomé la temperatura varias veces esa tarde y comprobé que no bajaba

nunca de 38. En una de esas ocasiones, el termómetro casi rozó los 39. Me encontraba realmente mal. Empecé a pensar en mi situación y eso no ayudó en nada a mejorar mi estado de ánimo. Dos locos me perseguían. Uno intentaba acabar con mi negocio; el otro —al menos era lo que él juraba— se proponía acabar con mi vida. Como es lógico, no pude evitar, en aquellas circunstancias, preguntarme si no sería todo producto de la fiebre. Se me ocurrió que debía existir alguna forma de conseguir que aquellos dos se eliminaran mutuamente. Me di cuenta de que empezaba a delirar; pero tal vez ese fuera el mejor modo de enfrentarme a mis problemas, de por sí bastante delirantes.

Comencé a vagar por la casa, mirando incrédulo todos los relojes; comprobando angustiado cómo sus manecillas tenaces iban amontonando oscuridad en las ventanas. En un momento dado, vi pasar a alguien por la acera de enfrente y me pareció que miraba hacia mi adosado. Era un tipo moreno y bastante alto, vestido con una especie de chándal. No pude verle bien la cara. Sentí miedo. Lo vigilé hasta asegurarme de que pasaba de largo. Me quedé unos cinco minutos asomado todavía a la ventana de mi cuarto, con la frente apoyada contra el cristal frío, hasta que el vaho formó delante de mis ojos una mancha tan grande que me impedía ver.

Y entonces ocurrió algo que no debería haber ocurrido. A usted, que posiblemente cree en las argucias del maligno (yo también), no le extrañará mucho que precisamente esa tarde el destino me reservara una jugarreta en cierto modo definitiva, la cual serviría para terminar de arrancarme cualquier vestigio de dignidad o de esperanza que a esas alturas pudiera quedarme.

En un cierto momento, tuve la deplorable idea de entrar en el cuarto de mi hija Victoria. Sentí el malévolo impulso de ponerme a curiosear entre sus cosas. Acabé (me avergüenza confesarlo) encendiendo su portátil y registrando su escritorio. Aquella tarde me sentía especialmente solo, abandonado. Creo que fue una especie de venganza, rastrera y humillante. Quise arrogarme un derecho del cual, por supuesto, carecía —y no me engañaba al respecto—, pero que, de algún modo, me tentaba con repentina y maligna virulencia. Fui repasando sus archivos y carpetas minuciosa, metódicamente. Había allí algunos documentos relacionados con sus estudios. También encontré juegos, música, fotografías... y una serie de grabaciones tomadas con cámara digital. Me entretuve con ellas un buen rato. En casi todas, aparecía ella rodeada de sus amigos. No las veía completas, claro. Las detenía a los pocos segundos, en cuanto mi curiosidad quedaba satisfecha. Victoria con su pandilla, en la rada del puerto de San José, en una bolera, en un cumpleaños... Me chocó no encontrar ni una sola en la que apareciese el chico con el que había estado saliendo hasta la primavera anterior. Esas debía de haberlas eliminado. De pronto di con una grabación que estaba bloqueada. Tenía por título «dem», lo cual yo traduje automáticamente como «demencial» o «demencia». Hacía falta una clave. Ocurre que se me da bastante bien la informática. Estuve probando, y, al final, conseguí abrirlo. Eran las siete menos cuarto de la tarde.

No pretendo convertir esto en una experiencia escandalosa para usted, pero es imprescindible que le explique, siquiera sumariamente, lo que encontré en aquel archivo. Se trataba, de nuevo, de Victoria con varios de sus amigos, en algún lugar bastante polvoriento y no muy bien iluminado que no logré identificar en absoluto. Tal vez, un garaje o un cobertizo. Eran cinco o seis chicas, más o menos, y cuatro chicos. Por la forma en que iban todos vestidos, debía de ser verano. Pero no el último, sino probablemente el anterior. Victoria no era la de ahora, sino la de sus quince o dieciséis años. Debí de intuir algo, de presentir algo, porque mi pulso se aceleró muy rápidamente. Decidí ver la grabación de principio a fin, sin saltarme nada. Los primeros cinco minutos se trataba de una sucesión de idioteces y de bromas que únicamente indicaban un grado considerable de aburrimiento. Un grupo de adolescentes aburridos en una tarde de verano, y poco más. Había en aquella habitación un gran tresillo de skay, desvencijado y claramente roto, particularmente en uno de sus brazos. Ese tresillo estaba ocupado por tres de las chicas y por un muchacho más bien gordo que no hacía otra cosa que sonarse continuamente los mocos. Debía de ser alérgico. Al parecer, se dedicaban a hablar de tonterías. Reían desganadamente de vez en cuando.

—Hay una tribu en el Amazonas de mujeres guerreras...

—Córtate...

—Tu madre podría ser una de ellas.

(Risas. Comentarios inaudibles).

—Tienes la gracia...

—¿Cuándo has estado tú en el Amazonas?

—Tienes la gracia en el ojete. ¿Te hablo yo de tu vieja?

—Tú no has estado en el Amazonas...

—No hace falta haber estado en un sitio para saber lo que es verdad y lo que no.

Para eso hay... libros, hay...

—Grabaciones.

—Me la suda...

—Sí, eso... grabaciones.

—Yo quiero ver una grabación de mujeres guerreras.

—Sharnia la guerrera de Maltrhonn.

Risotadas. La cámara se movía. Los chicos salían y entraban en el encuadre sin ningún tipo de cuidado. El *zoom* avanzaba y retrocedía continuamente. De modo muy fugaz, pude distinguir a Victoria en un rincón, llenándose un vaso de plástico con un líquido que parecía ser coca-cola.

—Enséñale tus mocos a Julia... que los saque... Enfoca, Julia. Así...

—Déjame en paz.

—¿Es verdad que los mocos tienen proteínas? ¿Lo habéis oído?

—¿Quieres comerte los mocos de Jaime?

—Cómeme un moco de Jaime. Te pago un tripi... Grábalo. ¿Hay cojones?

La cosa iba degenerando cada vez más. Las conversaciones entrecruzadas eran ya completamente caóticas y sólo en parte inteligibles. Sólo a ráfagas:

—Por lo menos mi madre no va al Sagitario los sábados a follar con los pescadores.

—No sé qué tienen de... ¿Te molan más los...?

—... eso se llama antropología, mi hermano tiene una asignatura...

—... quería un camaleón por mi cumpleaños, pero mi padre no los soporta. Está loco. Es psiquiatra, pero está loco. Mi madre me ha prometido que me lo va a comprar ella el año que viene, pase lo que pase y diga él lo que diga.

—Mañana podríamos ir a ver *Batman*.

—¡Joder! Esto sabe más a vino que a cocacola. Deja ya la puta cámara...

Después venía otro bloque. Se notaba que había pasado algún tiempo, porque se apreciaba una disminución de la luz natural. En un rincón del cobertizo podía distinguirse algo que parecía ser una lancha neumática cubierta con una lona. Un chico y una de las chicas, medio desnudos ambos, estaban allí besándose y acariciándose con verdadera dedicación. Otra de las chicas reía y decía:

—Sandra, mira aquí... saluda a la cámara.

Y la primera respondía:

—Vete a la mierda —mientras levantaba en toda su longitud el dedo corazón, sacando el brazo por debajo de la axila de su novio. Otra pareja estaba compartiendo un porro en el tresillo. Reían como un par de orangutanes, del modo más inmotivado. De pronto una de las chicas, más bien menuda, con el pelo liso y corto, y con cara y cuerpo de jugadora de waterpolo, acaparó la atención de los demás con una propuesta inesperada:

—¡Eh, Sandra! ¿Por qué no jugáis Sonia y tú a «el último gana»?

—¿Y qué coño es eso? —preguntaba la otra desde el fondo de la estancia, arrellanándose sobre la lona de la neumática, en un tono afectadamente hastiado.

—¿De verdad no lo sabéis? ¿No habéis jugado nunca? —la expectación de los demás crecía notoriamente—. Tú le haces una paja a su novio. Ella se la hace al tuyo. El que aguante más tiempo sin correrse gana. ¿De verdad no lo conocéis?

No todos, desde luego —y sobre todo, no todas—, estaban de acuerdo con aquella extravagante y sucia sugerencia. Parecía haber algo de resistencia; aunque más bien débil en realidad. Se producía, entre risas y palmas, una pequeña discusión que duraba pocos segundos. La excitación general crecía. Después, venía un nuevo corte. El siguiente bloque comenzaba con las dos jóvenes parejas preparadas ya para entrar en competición. Había un chico flaco y rubio, de piel muy blanca, desnudo y casi inverosímilmente empalmado, con cara de no creerse nada de lo que sucedía con él o a su alrededor. Tenía el culo apoyado —al igual que las manos contra el respaldo del tresillo. El objetivo apenas se mantenía fijo dos o tres segundos y era imposible distinguir nada con claridad, pero no era necesaria mucha más claridad para que la

situación resultase bastante grotesca. La que al parecer se llamaba Sandra movía de un lado a otro el pene de aquel muchacho, con gran soltura, como si se tratara de la palanca de una videoconsola. Él, perplejo, se miraba fijamente el glande. Parecía que esperaba verlo iluminarse en cualquier momento, igual que una bombilla de Navidad. Había otras dos chicas que se asomaban de vez en cuando por encima del respaldo para seguir de cerca los acontecimientos; pero inmediatamente volvían a caer juntas sobre el asiento del tresillo, riendo, tapándose la cara.

La otra pareja estaba formada por una adolescente —semejante a una delicada muñeca rubia, de grandes y redondos ojos verdes—, quien parecía incluso más joven que la tal Sandra, y el novio de esta última: un chico alto y atlético, el cual se diría algo mayor y más seguro de sí mismo que el primero. Estos dos estaban sentados sobre la lona de la lancha. Ella le había bajado, con asombrosa soltura, delante de la cámara, los pantalones y el slip. Entre las piernas del maromo aparecía entonces un pene oscuro, grueso, nervudo, claramente torcido y a media erección, que se desenroscaba y estiraba junto a un muslo peludo como una culebra en libertad; hasta que terminaba de endurecerse y adquiría el aspecto de una curvada porra de bronce.

—Esperad —decía la briosa y autoritaria directora de ceremonias—, ¿estás grabando? Esperad... no vale tocarlos hasta que yo diga...

Consultaba algo en su móvil. (Quizá tuviera allí un cronómetro).

Créame si le digo que varias veces estuve a punto de cortar y marcharme sin terminar de ver aquella grabación. ¿Puede imaginar lo que representa para un padre asistir a una escena tan denigrante protagonizada, entre otros descerebrados adolescentes, por su propia hija? La ira se abría paso cada vez con más fuerza en medio del cúmulo de sentimientos amargos que se agolpaban en mi cerebro. Lo único que mitigaba mi furia era el hecho de que, hasta entonces, Victoria no participase en aquel sórdido concurso más que en calidad de espectadora.

Le ahorraré detalles banales, irrelevantes. En síntesis, sus intercambiadas novias masturbaban a aquellos dos adolescentes como dos verdaderas profesionales, por lo que se podía apreciar, modulando el ritmo y tocándoles en otras partes de sus cuerpos. Reinaba un patente clima de ebriedad, morbo e histeria en aquel cobertizo. El chico musculoso, el que parecía más confiado, sorprendentemente se corría primero. En un segundo plano, entre un avance y un retroceso rápido del *zoom*, podía notarse cómo saltaba su semen en varias rápidas y copiosas emisiones, obligando a su compañera ocasional a retirar su sonriente cara para que no la salpicase. La otra pareja seguía a lo suyo sin inmutarse. Se oían risas y comentarios chuscos. Aquel quedaba tumbado y como desfallecido sobre la lona de la lancha, mientras ella pedía algo para limpiarse los dedos. Entonces, otra de las chicas decía (refiriéndose evidentemente al virtual ganador de la prueba):

—Pues este no se va a correr nunca... míralo.

Y parecía ser cierto, porque mientras Sandra frotaba su pene a conciencia, él miraba a un lado y a otro sin ver nada, con los ojos extraviados, boqueando como un

pez fuera del agua. Lo que ocurrió a continuación me dejó como si me hubieran lanzado encima un chorro de nitrógeno líquido. Estuve a punto de vomitar. Estuve a punto de caer desmayado sobre la alfombra del cuarto de mi hija Victoria. Ella se había portado de un modo relativamente discreto casi todo el tiempo que duraba la grabación, de modo que nada me había preparado realmente para aquel inesperado desenlace. Era ella, precisamente, mi hija Victoria, la que se levantaba y relevaba a la otra chica, apartándola para hacerse con aquel miembro díscolo, irreductible. Sandra, bastante exhausta, se retiraba y la dejaba hacer. El chico, con aquel cambio, abría desmesuradamente los ojos. Parecía incluso asustado. Victoria empezaba a estimularlo muy suavemente, acariciándole el glande con la yema del pulgar, rozándole los testículos, los muslos, la barbilla con los nudillos, y susurrándole algo que no se oía en absoluto. Al cabo de un minuto, o cosa parecida, el muchacho se corría violentamente en su mano salpicándole la ropa. Los demás aplaudían y reían. Y ahí terminaba la grabación.

Lo más incomprensible para mí no era tanto el lamentable contenido del archivo (supongo que alguien podría decir que el asunto no era demasiado grave, ya que no se trataba de prácticas de «alto riesgo»), sino el hecho de que Victoria lo hubiese conservado. Esto sí que no podía comprenderlo de ningún modo. ¿Acaso estaba orgullosa? ¿Lo consideraba una especie de trofeo? ¿O tal vez se proponía rentabilizarlo económicamente? Después de ver eso, apenas conseguí cenar algo. Cuando llegaron Virginia y Mario me encerré en mi cuarto y permanecí allí en un farragoso y torturado duermevela, hasta la mañana siguiente. Evité hablar con mi mujer aquella noche, so pretexto de un fuerte dolor de cabeza. Anhelaba de pronto encontrarme muy lejos, tal vez en alguna hermética ciudad del norte, como Riga. Me sentía humillado, asqueado.

Fin de partida

Después de lo que acabo de relatarle, no le extrañará mucho —no podrá extrañarle, supongo— que la primera semana de noviembre fuese para mí realmente ardua. Y si durante la última de octubre «se habían precipitado los acontecimientos», en aquellos primeros días del nuevo mes fui golpeado por un suceso en particular, un hecho imprevisto de gran calibre, muy difícil de asimilar o interpretar. Después de aquel funesto miércoles de fiebre, mi humor se volvió ineluctablemente sombrío. Ya no podía disimularlo de ningún modo. Me encerré en mí mismo y, a la vez, mi familia empezó a rehuirme. Creo que nunca antes me había sentido tan solo. En casa no hablaba con nadie. (Ni siquiera de fútbol con Mario). Tuve un fuerte choque con mi hija por una verdadera estupidez, una minucia relacionada con el coche. La cuestión de fondo no me sentía ni remotamente capaz de abordarla. Mi esposa se puso de su parte. Así que esa tarde, al final, salí de casa con el propósito determinado —pero cumplido sólo a medias— de emborracharme. Me sentía infinitamente lejos de mis hijos y, sobre todo, de mi mujer. Mi resentimiento, ahora, iba especialmente dirigido contra ella, contra Virginia; aunque no podría haber aducido una razón, una buena razón sólida y concreta que justificase aquella actitud. Seguía pensando que me ocultaba algo. Se me pasó por la cabeza contarle lo de la grabación que había encontrado en el portátil de Victoria, pero era superior a mis fuerzas. Supuse que aquello provocaría una debacle de reproches mutuos y que, después de todo, no nos llevaría a ninguna parte.

Por otro lado, en la tienda la segunda inspección se nos echaba encima, y no dejábamos de tener pequeñas pero continuas complicaciones con proveedores y clientes. Me sentía desbordado y apático. Empezó a tentarme la idea de cruzarme de brazos y ver hasta dónde llegaba el incendio. Quería, sencillamente, no estar en mi propia vida, sino en la de cualquier otro; o incluso en ninguna parte. Comenzaba a pensar en rendirme, en tirar la toalla, cuando los acontecimientos dieron un nuevo giro inesperado. Una especie de golpe de buena fortuna con el que apenas me había atrevido a fantasear, vagamente, después de mi conversación con Valle.

Esa mañana estaba con Mariola y con Marc acondicionando los nuevos acuarios y trasladando a los peces, cuando entró Peter Nielsen (danés de nacimiento, pero afincado en nuestra región desde la infancia) con sus azulones ojos a punto de saltarle de las órbitas y echarse a rodar por el suelo de baldosas de gres porcelánico de mi negocio. Nielsen es el encargado de una heladería del nivel 2 que yo solía visitar con alguna frecuencia. Así que nos conocíamos bastante.

Venía a contarnos algo. Parecía nervioso, muy exaltado.

—¿Lo sabéis ya? ¿No? ¿No os habéis enterado?

Al parecer no. No nos habíamos enterado. Y si venía así de desencajado, estaba claro que debía de tratarse de algo importante. Por lo tanto —sugerí—, ¿quería hacer el favor de tranquilizarse y contárnoslo?

—Maños... Alberto... el gerente... —balbució con una expresión extraña, indeterminada, pero más próxima, me pareció a mí, al júbilo que a la consternación.

—Sí... —dije yo—. ¿Qué pasa con Maños?

Finalmente Nielsen no pudo reprimir una especie de mueca hilarante, casi una sonrisa, justo antes de soltarlo:

—Pues que se ha matado. Esta mañana temprano.

En cierto sentido no era una noticia del todo inesperada, teniendo en cuenta la propuesta de Valle. De hecho, al oír las palabras de Nielsen, pensé inmediatamente en mi desquiciado camarada. ¿Lo habría hecho, finalmente? ¿Se lo habría cargado? Desde el principio me pareció excesivo, inverosímil; pero pensé que no había que descartarlo sin más. Pronto comprendí, sin embargo, que esa hipótesis no encajaba con los datos que nos suministró el propio Nielsen y que me confirmaron otros propietarios y algunos empleados de la gerencia, durante las sucesivas reuniones y conversaciones que mantuve a lo largo de toda la jornada. Al parecer, había sido un simple y fatal accidente de tráfico. Su coche se había salido de la carretera justo en la curva de incorporación a la autopista. Según contaron, voló unos metros y luego rodó por el talud de tierra, para ir a estrellarse brutalmente contra uno de los pilares de hormigón del paso elevado. La muerte, por lo visto, había sido instantánea con el impacto. No quedaban, en aquella historia, demasiados resquicios para el misterio o las hipótesis dudosas. Había sido un accidente. Ni más ni menos que eso.

¿Considera inhumano que yo sintiera, desde el principio, una gran sensación de alivio? No. Creo que no le parecerá inhumano. Reprochable, tal vez. Condenable, incluso. Pero no inhumano. Creo que cualquiera, usted mismo, puede entenderlo. No es que me alegrara de que hubiera muerto (¡yo no pedía tanto!), pero me alegraba mucho de habérmelo quitado de encima, francamente. Pensé que su propio desequilibrio mental debía de haber jugado algún papel en ese trágico desenlace. Sería, probablemente, un conductor temerario. El muy desgraciado no estaba bien de la cabeza y, de cualquier manera, habría terminado mal antes o después, estaba seguro. Sin embargo, desde su puesto aún podía haberme complicado mucho la vida, de no haber fallecido en aquel lamentable —pero al mismo tiempo, para mí, afortunado— accidente. Así son a veces las cosas. Esto ocurrió el jueves 6 de noviembre. Varias circunstancias cambiaron, después de esa fecha, bastante brusca e inesperadamente.

El martes de la semana siguiente superamos sin problemas la segunda inspección; y dos días más tarde nos comunicaron que la denuncia había sido retirada. Después de aquello, la tienda empezó a marchar sobre ruedas bien engrasadas. Dejó de

producirme incordios de ningún tipo. Incluso aumentaron un poco las ventas —cosa lógica, por otro lado, en aquellas fechas—. La Navidad se vislumbraba ya en el horizonte; y los primeros adornos empezaron a llegar a algunos de los comercios de la galería Goldmare. Sólo una preocupación me impedía respirar a pleno pulmón aquellos vientos tan saludables. Esa preocupación, por supuesto, se correspondía con cierto apellido convertido en apelativo, y luego casi en nombre de pila. Valle.

El jueves (13) me decidí a llamarlo. Di con él al primer intento. Un poco precipitadamente, le conté lo de Alberto Maños. Reaccionó sin sorpresa aparente. Más en serio que en broma, le pregunté entonces si él había tenido algo que ver. Lo negó, aunque sin ningún tipo de énfasis. Había algo extraño en su voz. Una mezcla de premura y ausencia, de prisa y desidia, como si estuviera viendo una película interesante y lo hubiese sorprendido en un momento crucial. De hecho, no tardó en cortar la conversación:

—Ahora no puedo hablar contigo, ¿sabes? Tengo algo importante que hacer. Puede que nos veamos pronto. Puede que yo... te llame pronto —y después de decir eso, sin esperar mi réplica, cortó la comunicación. ¿Qué significaba? ¿Había cambiado algo en su vida en aquellos últimos días? ¿Me había indultado, acaso? ¿O, al contrario, estaba decidido a cumplir su amenaza de manera inminente? Un lunático había desaparecido, sí, pero todavía quedaba otro. Y su amenaza era la más preocupante, sin duda. Por otro lado, su reacción respecto al asunto Maños resultaba como mínimo sospechosa. Sin embargo, si realmente lo había matado, ¿por qué no decírmelo? Eso habría ido bien con su juego. Habría servido para atemorizarme más. No tenía sentido que lo negara. Salvo que temiera caer en una trampa. Es inextricable la lógica que gobierna una mente perturbada. No era difícil, pensé, ya se me había ocurrido antes—, trucar el motor de un coche para provocar un accidente. No muy difícil. Además, Valle conocía el nombre completo de Alberto Maños; y sabía también dónde trabajaba. ¿No le había contado yo todo eso un par de semanas atrás? Por lo tanto, él disponía de todos los datos que habría necesitado para perpetrarlo.

No es fácil mantener la cordura cuando todo se disloca a tu alrededor. Las cosas habían mejorado para mí, era cierto. El negocio ya no daba problemas y, por otro lado, empezaba a recuperar cierto grado de comunicación con mi familia. Sin embargo, por supuesto, no podía borrar de mi mente, sin más, la idea de que un viejo amigo me había llamado después de diez años de ausencia y me había amenazado de muerte en un café de mi ciudad, entre ancianitas y niños que sorbían con pajita batidos de chocolate. ¿Qué debía hacer, entonces? ¿Olvidarme de aquello? ¿Confiar en que fuese una especie de delirio pasajero? ¿Esperar a que él viniese una tarde a buscarme a mi casa, a mi negocio, para explicármelo todo o, por el contrario, para matarme? No parecía muy sensato. Aunque era lo que en la práctica estaba haciendo.

Tampoco me ayudaron mucho los rumores que se desataron en la galería sobre la muerte del joven gerente. Algunos decían que la policía estaba investigando intensivamente el caso. Aseguraban que su coche había sido enviado a un taller

dirigido por peritos, para determinar con precisión las causas del accidente. Por lo visto sospechaban algo. No presté demasiada atención a esos chismorreos y procuré seguir con mi vida, enterrando debajo de una lápida sin nombre, en algún sitio frondoso y bien abonado de lo más recóndito de mi memoria, la personalidad ecológicamente lamentable de Alberto Maños.

El espejismo de bonanza y de buena fortuna empezó a resquebrajarse —antes de hacerse añicos y convertirse en cristal crujiente bajo mis zapatos— el sábado 15 de noviembre, en el preciso momento en que mi mujer me sorprendió con el anuncio de que ella y los niños iban a pasar el fin de semana fuera de casa. Sucedió que la había invitado a su finca de la sierra Ernesto Griñán. Más allá de que la invitación fuese dirigida exclusivamente a ella, lo peor del caso era que el tal Griñán había estado saliendo con Virginia, durante año y medio aproximadamente, poco antes de que yo la conociera. Había roto con él apenas unas semanas antes de empezar a salir conmigo. Que yo supiera, por otra parte, llevaban años sin verse ni mantener contacto alguno; lo cual, a mi juicio, volvía todo aquello mucho más incomprensible.

—El otro día Susana y yo nos encontramos con él en el Club Náutico —me explicó cuando le expuse mis perplejidades— y nos invitó a las dos a pasar un fin de semana en su finca. A las dos... Lo que pasa es que Susana no puede venir. Ya sabes los problemas que tiene con su padre. Acabo de llamar a Ernesto para preguntarle si no le importa que vaya yo con los chicos...

Me sentía frustrado y humillado. La situación me parecía tan anómala que no sabía ni por dónde empezar a impugnarla. De entrada, resultaba muy extraño el hecho de que nuestros hijos no tuvieran otros planes para ese fin de semana. Y, por otro lado, ¿qué pasaba conmigo? ¿Era acaso lógico el que me anunciaran de pronto que se marchaban aquella misma mañana, sin haberme dicho antes ni una palabra?

—A los chicos les encanta la montaña, ya lo sabes. Les he contado que Ernesto tiene caballos en la finca... No es tan extraño que quieran venir. Siempre te estás quejando de que no tienes tiempo ni tranquilidad para tus cosas. Bien... pues este fin de semana te dejamos la casa enterita para ti. Deberías estar contento, ¿no? Además, volvemos mañana mismo... por la tarde, o como mucho por la noche. No creo que tengas derecho a montarme un número.

—Pero Ernesto Griñán no es un amigo cualquiera —protesté, inflamado por un sentimiento de justa indignación—. ¡Es un antiguo novio tuyo!

Virginia se rio de mis quejas y murmuró algo que no entendí, mientras cerraba casi de un solo tirón la cremallera de la bolsa grande de viaje. Su actitud me pareció ofensivamente semejante a la de alguien que estuviera hablando con un niño pequeño.

—¡Por favor, Juan! Esa, precisamente, debería ser para ti la mejor garantía... ¿Crees que voy a arrojarme en sus brazos después de veinte años? ¿No ves que esa es

una idea ridícula? Salimos unos meses cuando éramos universitarios... Fin de la historia. Ahora él también está casado. Su mujer también estará allí, supongo... ¿Quieres dejar ya de preocuparte? No creo que tengas ningún motivo. Ninguno.

Acabé cediendo, por cansancio. Por hastío y por cansancio. No me encontraba en condiciones de lanzar ninguna clase de órdago. No aquella mañana de sábado. Me dolía un poco la espalda. Todavía no había desayunado. Y quizás ella tuviera razón. Después de todo, ¿no me convendría un fin de semana de reclusión en casa y de absoluta calma? Intenté convencerme de que me estaban haciendo un favor. Los despedí desde el jardín, con los brazos cruzados. Apenas levanté tímidamente una mano cuando se activó el mecanismo de apertura de la verja, con su odioso gonzido eléctrico, y Virginia hizo sonar levemente el claxon, dos veces muy seguidas, con intención —me pareció— más bien burlona.

—¡Adiós, papá! —gritó Mario a través de su ventanilla. Me seguía pareciendo increíble que los chicos no tuvieran otros planes, pero pensé que era inútil darle más vueltas al asunto. Creo que había renunciado ya, a esas alturas, a cualquier intento de controlar mi propia vida más allá de lo estrictamente necesario para la supervivencia, así que estaba dispuesto a dejarme llevar por la corriente, limitándome a esquivar los remolinos más peligrosos y las piedras más puntiagudas.

Entré. Cerré la puerta. Me sentía derrotado y aliviado al mismo tiempo. Dedicué toda esa mañana a leer; para comer, me preparé un congelado de pollo con verduras. Ocho minutos de sartén. Por la tarde salí a dar un largo paseo. Vivimos —o vivíamos— en la parte norte de Las Zalbias, y muy cerca tenemos una buena pinada. Estuve vagando por allí casi una hora. Luego, regresé a casa y me duché. Lo cierto era que no me estaba sentando nada mal aquella imprevista jornada de soledad. Cené frugalmente. Me fui a dormir pronto y el domingo me levanté más temprano de lo que solía. Dedicué la jornada, más o menos, a las mismas ocupaciones que la anterior. Virginia y los chicos regresaron a eso de las siete. Lo habían pasado bien, a juzgar por su buen humor y por lo muy poco que me contaron.

Esa misma noche, cuando estábamos a punto de acostarnos, traté de hablar con mi esposa acerca de nuestra relación, de nuestra familia, de nuestras vidas. Pensé que era importante, ineludible incluso, rehabilitar nuestros deteriorados canales de comunicación. Intenté hacerle comprender que la rutina y la desidia estaban corroyendo —me parecía a mí— los cimientos de nuestra convivencia y de nuestro matrimonio.

—No seas tan dramático, por favor —me interrumpió ella, propinándome un par de cachetes en mi nalga izquierda mientras pasaba a mi lado camino del cuarto de baño—. ¿No será que todavía estás un poco enfadado porque Ernesto no te ha invitado a su finca?

La puerta del baño había quedado parcialmente abierta mientras Virginia se entregaba a uno de sus esmerados lavados faciales. Yo permanecía de pie en el dormitorio, con el pijama puesto, haciendo ridículos gestos con las manos en un

patético esfuerzo por encontrar las palabras precisas que me permitieran activar sus entumecidos mecanismos de comprensión.

—No es lo de hoy. No se trata de eso... Por lo menos no sólo de eso. ¿No te das cuenta de que ya nunca hablamos de nada importante? ¿No te das cuenta de que prácticamente no hablamos en absoluto?

—¡Vaya! —dijo ella en tono jocosos y mirándome de pronto con la cara sorprendentemente llena de pequeñas burbujitas blancas—. ¿No es esa una queja típicamente femenina? Debes de ser el único hombre de este pueblo que se lamenta de que su esposa no se comunica suficientemente con él... Además... —Virginia abrió el grifo del lavabo para quitarse el gel especial de la cara—, además —repitió al cabo de unos segundos, una vez terminada la operación, mientras se secaba con la toalla—, yo no creo que sea cierto que no hablemos, cariño. No lo creo. De hecho, recuerdo que no hace mucho te quejabas más bien de lo contrario...

—Me refiero a hablar de verdad... del rumbo de nuestras vidas, de nuestros hijos. ¿Cuándo fue la última vez que hablamos del futuro de nuestros hijos?

—¿Quieres decir que yo no me preocupo por ellos? Te recuerdo que cuando tienen algún problema serio a la que vienen a buscar es precisamente a mí —arguyó, en un tono bastante más beligerante que el que había mantenido hasta entonces. Pero por lo visto no se trataba más que de enseñarme un poco los dientes; porque inmediatamente volvió a cambiar de registro y a mostrarse mucho más conciliadora—. Ya sé que deberíamos hablar más a menudo, cielo. Sé que tienes razón. No es que no me dé cuenta de lo que quieres decir. Pero es que hablas como si yo nunca lo hubiera intentado, y eso me molesta un poco, ¿sabes?, porque estuve esforzándome durante mucho tiempo, y tú ni siquiera te dabas cuenta. Podemos intentarlo otra vez, claro. Lo que pasa es que no has elegido la mejor noche del año: mañana tengo una reunión en el periódico, a primerísima hora; pero te prometo... —Virginia se acercó a mí sonriendo y contoneándose—, te prometo que el próximo fin de semana te lo reservo entero... ¿De acuerdo, marinero? Ahora vamos a dormir. El próximo fin de semana habrá palabras y... si quieres, algo más que palabras...

Mi mujer era una espléndida actriz cuando se lo proponía. Y se lo proponía bastante a menudo. Aquella actitud insinuante me pareció más o menos verosímil, más o menos sincera, precisamente porque como interpretación resultaba demasiado torpe y poco convincente. Supuse, en conclusión, que aún existía alguna posibilidad de recuperar nuestra perdida intimidad, ahora que las circunstancias parecían algo más propicias. O al menos, no tan desfavorables. Pensé que tal vez el fin de semana siguiente sería la ocasión de hablar largo y tendido; e incluso de ponerla al día respecto del «caso Valle», informándola por fin de todos los quebraderos de cabeza que ese asunto me venía acarreado. Recordé —ya en la cama y con la luz apagada— que no habíamos hecho el amor desde hacía un mes por lo menos. En concreto, desde aquel día de octubre en que la acompañé a la inauguración de una exposición y me paseó ante sus amigos (periodistas, artistas, intelectuales de toda laya) como podría

haber paseado a un caniche en un concurso canino. Ciertamente, había mucho de que hablar entre nosotros. Y tal vez —se me ocurrió, antes de sumergirme en un sueño espeso y reparador, como un terapéutico baño de lodo—, tal vez todavía no fuera demasiado tarde.

Al día siguiente, el lunes, después de comer fui a la asesoría que dirige mi hermano en la capital. Tardé media hora en llegar desde el centro comercial. Por aquella zona, muy próxima al centro de negocios, estaban levantadas la mitad de las calles. El ruido, incluso con las ventanillas subidas, era realmente insoportable. Dejé el coche en la octava planta de un aparcamiento público. Había llamado a mi hermano una hora antes por teléfono, desde la tienda, para preguntarle si podríamos vernos aquella misma tarde, aunque fuese sólo unos minutos. Le dije que era importante. Aceptó, aunque a regañadientes. Hablamos durante tres cuartos de hora en su despacho, interrumpidos continuamente por su teléfono móvil, por el teléfono fijo y por no sé cuánta gente que llamó a la puerta a lo largo de nuestra conversación para preguntar algo o para poner sobre la mesa del jefe algún documento que requería urgentemente su firma.

—No lo entiendo. No sé qué quieres que te diga, Juan. Todos tenemos problemas así. Me estás hablando del mal de nuestro tiempo. ¿Cuántos años lleváis casados Virginia y tú? ¿Dieciocho? Mira... si ella quiere ir a ver a un antiguo novio, pues que vaya. Las mujeres hacen cosas así cuando se aproximan a la menopausia. ¿A ti qué te importa? No hagas montañas de granos de arena. Búscate algo tú. No sé... No tenéis por qué seguir juntos. Vuestros hijos ya están criados, ¿no? Lo soportarán, igual que lo soportaron los míos... Entiéndeme bien... No es que te anime a divorciarte ni nada de eso. O que tus problemas no sean importantes... Pero es como si me hablas del cambio climático, del fin de las reservas de petróleo... Son cosas que están ahí. Todo el mundo lo sabe, pero nadie tiene una verdadera respuesta. Hay paliativos, nada más.

Mi hermano engordó al dejar el tabaco y ya no ha vuelto a bajar de peso. Es sólo cinco años mayor que yo, pero parecen quince o veinte, a mi juicio. Supongo que, además del peso, tiene algo que ver el hecho de que apenas le quede pelo en el cráneo. En su despacho hay un acuario instalado por mí. Además, tiene sobre la mesa —junto al portátil y a un montón de carpetas con el membrete de la asesoría— una de esas espirales de fantasía que parecen dotadas de un movimiento imposible y perpetuo.

—No es sólo eso, Manuel. No se trata sólo de eso —intenté explicarle—. No te hablo únicamente de dificultades en mi matrimonio. Son... también son otras muchas cosas. No sé... Es verdad que mis hijos ya están criados. Y ahora se han vuelto unos completos desconocidos para mí. Estoy solo, ¿sabes? Completamente solo. Y de pronto me he dado cuenta de que mi vida no va a ninguna parte...

—¡Pues claro que no va a ninguna parte! —me interrumpió, bastante exaltado,

soltándose el nudo de la corbata—. Por supuesto que no va a ninguna parte. La vida de nadie va a ninguna parte, ¿no lo sabías? Esto es lo que hay, Juan. Son habas contadas. Y más vale que empieces a madurar y a aceptarlo. A ti siempre te ha gustado irte por las ramas. Mira... aparta de ti todas esas inquietudes inútiles. La tienda va bien, ¿no? Tu mujer hace su vida y no parece que esté intentando joderte de ningún modo, por lo que me cuentas. ¡Pues haz tú la tuya! No te la compliques con preguntas sin respuesta. Si quieres... haz algún curso de new age... Por Dios, Juan, no lo sé... toca el sitar... practica sexo tántrico... cultiva bonsáis... tírate a esa empleada tuya que te gustaba... ¿Cómo se llamaba? ¿Mari Loli...?

Salí de aquel edificio con la sensación de que tenía una olla de acero inoxidable encajada en la cabeza y alguien había intentado perforarla, sin éxito, usando una taladradora. Desde luego, había sido un error intentar hablar con mi hermano. Y un doble error intentarlo en su despacho.

Volví a Las Zalbias por la autovía. Durante la media hora del recorrido escuché el segundo acto de *La Traviata*. Era ya de noche cuando entré en casa. Los chicos me dijeron que no sabían nada de su madre. Victoria se ofreció a prepararme algo de cena. Le dije la verdad: que no tenía hambre. Cuando Virginia regresó a casa, cerca ya de las doce, me encontró dormido delante de la televisión. No se extrañó lo más mínimo. Se limitó a despertarme tocándome en el hombro, y a recordarme que al día siguiente debería encargarme yo de llevar a Mario a gimnasia correctora. Luego añadió bostezando que había tenido un día difícil y que se iba inmediatamente a la cama.

El miércoles de esa semana volvió a ocurrir algo totalmente inesperado. Serían las seis o las siete de la tarde. Teníamos la tienda llena de gente. Mariola, Marc y yo no dábamos abasto. Intentaba encontrar la forma de convencer a una señora, bastante metida en años, de que no existía ese canario sublime que ella andaba buscando, pero que bien podría reportarle muchas satisfacciones alguno, cuidadosamente escogido, de entre el medio centenar que teníamos allí, repartidos en dos grandes jaulas sobre la urna de cristal de las iguanas... En ese momento preciso fue cuando distinguí el rostro de Valle, por detrás de las cabezas de los clientes que se agrupaban entre el mostrador principal y la puerta de la tienda. No le sorprenderá mucho que le confiese que me dominó un ataque de terror paralizante. No había modo de escapar, y tampoco tenía con qué defenderme. Si Valle venía a cumplir su promesa, entonces yo ya estaba muerto, y aquella necia conversación sobre canarios habría sido la última de mi vida.

Pero Valle no venía a matarme, ni mucho menos, sino a decirme que deseaba hablar conmigo de algo importante, en cuanto yo dispusiera de diez minutos para atenderlo. Por supuesto, me dirigí inmediatamente a Mariola y le rogué que se ocupara de la señora de los canarios, la cual pareció bastante molesta ante mi defección. Mariola, por su parte, me miró extrañada —repassó a Valle de arriba abajo

y de abajo arriba—, cuando le advertí que debía ausentarme un momento para resolver un asunto urgente.

Hablamos en un lugar muy concurrido, junto a las escaleras mecánicas, debajo de la gran cúpula de cristal translúcido del nivel 0. Había algo extraño en su rostro, una expresión de placidez ligeramente soñolienta, como si después de varios días de duro trabajo, la noche anterior hubiera dormido en exceso. Tenía el pelo más revuelto que de costumbre y —esto era lo más insólito de todo— flotaba en sus labios, en el rictus relajado de su boca, una especie de seráfica sonrisa.

—Todo ha cambiado, Juan —me dijo solemnemente, con una mirada profunda, a la vez oscura y brillante—, no puedes imaginarte cuánto ha cambiado todo para mí estos últimos días. Soy un hombre nuevo, y vengo a pedirte perdón. Perdón por... por mi locura.

Entonces, me reveló algo inaudito. Me dijo que había sufrido una auténtica catarsis, una verdadera y completa transformación espiritual.

—Sé que te va a costar creerlo —me advirtió al observar (supongo) mi expresión atónita—, pero ya no estás hablando con el hombre amargado y resentido que vino a Las Zalbias cargado de odio y de desesperación... Ya no soy el hombre que llegó a amenazarte de muerte. Soy un hombre distinto, Juan. Lo que yo creía imposible ha sucedido. Y me ha pasado a mí. ¿Lo entiendes? Ahora puedo dar testimonio de que esto es lo único verdadero. Ahora sé que la mentira era todo lo demás.

Bajo la gran cúpula de cristal de la galería Goldmare, rodeados por la gente que entraba y salía de las tiendas, o subía y bajaba en los ascensores transparentes con forma de diamante, haciendo sus primeras compras navideñas, Valle me habló de Jesús y de su redención. Me habló de su gran sacrificio por todos los hombres de todas las razas y de todas las edades, y de su predilección por los más extraviados y doloridos. Aquella tarde, con una especie de mal reprimido fervor —el cual yo no pude interpretar más que como un nuevo e inesperado fruto de su demencia—, Valle me habló de Dios. Según él, había sido salvado y se había convertido a la verdad eterna e imperecedera de Cristo, nuestro redentor, gracias al auxilio y a la caridad de una mujer. No podía creerle. No creía una palabra de lo que me estaba diciendo. Mi encallecido escepticismo se había transformado —especialmente después de lo ocurrido durante aquellas últimas semanas— en una especie de sólida y rugosa coraza invisible segregada por mi cerebro, como la costra que recubre una herida cicatrizada, aunque mucho más resistente. Me limité a escucharlo en silencio.

Por lo visto, la propietaria del motel Azarbe era una cristiana anabaptista, absolutamente entregada a la causa de Jesús y a la salvación de las almas perdidas. Al parecer, con gran habilidad psicológica e inagotable paciencia y comprensión, había logrado aproximarse a Valle, venciendo sus iniciales resistencias. Mantuvo con él varias conversaciones vespertinas, que se prolongaron en algún caso hasta una hora muy avanzada de la noche.

—Ella tiene un don —me dijo Valle—, es un don extraordinario. Su sentido del

humor, su inteligencia... no sabría cómo describírtelos...

Me pregunté si aquel lunático no se habría enamorado; pero a tenor de lo que me contaba se trataba de algo bien distinto. Ella lo había convencido, por fin, para que la acompañara a una de las reuniones de su congregación.

Respecto a lo que ocurrió en el curso de aquella celebración —a la cual asistió más bien por curiosidad, según me confesó—, respecto a lo que pudo suceder en aquel salón al que Valle acudió acompañado por María Eugenia (así se llamaba ella), no supo decirme más que había sido algo sencillamente milagroso, en el sentido literal de la expresión.

—Ya hablaremos más despacio, si tú quieres —me prometió—, y entonces te contaré lo que ocurrió aquella tarde. No puedo resumirlo en pocas palabras... ni creo que sepa explicártelo tampoco con muchas —consultó su reloj y me dijo que tenía que irse. Añadió que esperaba que yo supiera perdonarlo por sus anteriores extravíos. Me expresó su deseo de que siguiéramos en contacto, siempre que yo no decidiera darle la espalda; lo cual, por muy doloroso que resultase, dijo, fácilmente comprendería.

Noté que estaba a punto de darme un abrazo, así que retrocedí un corto paso y extendí la mano, para resolver cuanto antes el expediente de nuestra despedida.

—Me alegro mucho... por ti —fue lo único que pude decir en aquel momento. Valle estrechó mi mano entre las dos suyas, prolongadamente, rogándome una vez más que lo perdonara.

—Ahora —añadió con emoción— ya soy libre para amar y ser amado.

Regresé a la tienda en un estado de confusión agónica. Casi de inmediato, había asumido la plena convicción de que Valle mentía, o bien se había vuelto definitivamente loco. Y si esto último era cierto, supuse, entonces probablemente sería más peligroso que nunca. Ahora me avergüenza tener que admitir que fue una reacción evidentemente paranoica por mi parte, aunque por otro lado no me parece del todo injustificable. Existe una determinada y posible combinación de circunstancias para arrastrar a cada hombre a su propia y particular forma de locura; y nadie, por sólidamente constituido que esté su carácter, se encuentra completamente a salvo de eso. Nadie.

Los días siguientes fueron algo semejante a estar medio borracho a bordo de un barco carguero, sucio y corroído, que naufragase en medio de una gran tormenta, y del cual yo fuera el único tripulante.

Por la mañana, el jueves, intenté hablar con Francisco, pero no hubo forma de dar con él en todo el día. La primera vez que lo llamé al móvil, poco antes de la hora del almuerzo, no lo cogió. Y más tarde, empezó a saltar directamente el contestador automático. Lo llamé también a la oficina, por la tarde, y su secretaria me dedicó una serie de prolijas explicaciones que me olieron a mentira precocinada y me hicieron

sospechar, por primera vez, que Francisco deliberadamente me estaba evitando.

El viernes 21 de noviembre, al volver a casa, hacia las siete, la encontré deshabitada e inhóspita. Había un montón de platos en el fregadero, las camas sin hacer y las persianas echadas... Era algo raro, ya que los viernes solíamos coincidir allí todos. Virginia me llamó a las ocho para advertirme de que había quedado con Susana en el hospital porque acababan de ingresar otra vez a su padre. Me dijo que pensaba quedarse con ella hasta bien entrada la noche, y que no valía la pena que la esperase para cenar. También me anunció que Mario iba a pasar el fin de semana en casa de un amigo y que Victoria había salido y probablemente no regresaría hasta la mañana siguiente. Casi no me dio la oportunidad de pronunciar una palabra. Tampoco tenía mucho que decir, la verdad, y además me atormentaba una especie de permanente y lejano ruido sibilante, como de turbinas, dentro de mi cráneo. Se me pasó después de permanecer tumbado unos veinte minutos. Entonces, me levanté y cené algo de lo que pude encontrar. No me podía quitar de la cabeza el asunto de la inaudita conversión de Valle. Recordé un extraño comentario suyo (durante la primera de nuestras recientes conversaciones, la del café Arrecife) relativo al Libro de Job. Aunque ni Virginia ni yo éramos religiosos, había en casa una Biblia. Teníamos gran cantidad de libros, en realidad. Puede que no sea el pasatiempo más típico del propietario de una tienda de mascotas, pero lo cierto —y creo habérselo dicho ya—, lo cierto es que siempre he sido un lector constante. Incluso voraz. Más que Virginia, creo, aunque ella ostentase la titularidad intelectual de la familia. El caso es que aquella noche estuve leyendo. Primero el Libro de Job. Luego otros libros. Recordaba el dato de que aquella pieza del Antiguo Testamento era obra, como mínimo, de dos autores distintos. Quise confirmarlo. Eso me condujo a un segundo volumen, y algo que leí en él me llevó a un tercero. Me dediqué a rebuscar en mi biblioteca con un frenesí semejante al de un cerdo que hozas en la tierra, estimulado por el aroma de una trufa que no encuentra. La trufa que yo ansiaba, supongo, era la de la perfecta comprensión, la del conocimiento final. Aquel que debería permitirnos descansar y exclamar: «Así que esto era todo...».

Antes de irme a dormir, conecté el portátil para rastrear en internet el nombre del autor de cierto libro titulado *Trivialidades*. Virginia me lo había regalado hacía ya varios años, pero todavía no lo había leído. Lo firmaba un tal R. Balazay. No tenía la menor referencia acerca de él. Al menos una docena de veces me había propuesto averiguar de quién se trataba, reunir alguna información sobre su trayectoria, pero siempre se cruzó alguna distracción en mi camino que me apartó de ese leve propósito. Aquella noche, sin embargo, decidí que no me iría a la cama sin indagar el opaco perfil del autor de *Trivialidades*. Se trataba de una colección de cinco relatos de diversa extensión y de temática, al parecer, más bien fantástica. Enseguida accedí a algunos datos elementales sobre R. Balazay. Entre ellos, el de que había muerto —

alcoholizado y en la ruina— apenas cuatro años atrás, después de que quebrara la publicación cultural que dirigía, una revista llamada *Architeuthis*. En una de las entradas di con uno de sus cuentos, y ya no pude reprimir la curiosidad. Me asomé a las primeras líneas, sin otra intención que la de realizar una pequeña cata de su prosa, pero acabé leyéndolo completo. Me impresionó porque me pareció detectar cierta extraña, cierta oblicua relación con las circunstancias de mi propia vida. El relato se titula «El recurso del arpón». Es fácil copiarlo aquí. Así que puede juzgar usted mismo.

Nadie ha venido hoy a retirar la bandeja del desayuno. A esos malvones que veo a través de la ventana, delante del muro, hace ya una eternidad que les está dando el sol por el mismo lado, como si el tiempo se hubiese detenido o no existiera. Entre las hipótesis que barajo, no es la más improbable —tampoco la más desconsoladora— la de que ya esté muerto. La frontera entre lo vivido y lo soñado se ha tornado para mí demasiado difusa, pero aún puedo evocar con alguna claridad ciertos sucesos ocurridos en los primeros días de un marzo muy lejano, sucesos cuyas consecuencias tal vez me abocaron a esta situación. No es difícil, sin embargo, que al hacerlo confunda o transforme en parte los hechos.

Empezaré por decir que yo vivía bajo uno de esos regímenes burocráticos que el mundo conoció durante el siglo XX, después de las dos grandes guerras. Mi profesión: investigador de la policía. Fui enviado a la isla de Tobrkian para esclarecer un homicidio. No se me informó de la razón por la que se me había asignado aquel caso, en cuyas primeras diligencias ni siquiera había participado. Tan sólo conocía el nombre de la víctima: Murian Helsrick.

El viaje en el trasbordador, bajo una acerada cúpula de nubes, vino a durar unas dos horas. La misma tarde de mi llegada al puerto de Tobrkian me entrevisté con la máxima —en realidad la única— autoridad del lugar: el alcalde del pequeño pueblo de la isla. En cuanto me identifiqué y le expliqué el motivo de mi visita, afloró enseguida cierta anomalía que, de entrada, podría haberme parecido incluso cómica; de no ser por los aciagos presagios que lastraban mi corazón, y por ciertas extrañas ideas que habían asaltado mi pensamiento, estremecido por el apabullante abrazo del mar durante la travesía.

—No, no... —dijo aquel hombre desgarbado y prematuramente calvo, cortando mis explicaciones—, tiene que haber algún error. Aquí no ha habido ningún asesinato, se lo aseguro. Además, no hay nadie que se llame como usted dice. Uno de nuestros vecinos se llama Murian: Murian Helssik; pero, que yo sepa, se encuentra perfectamente.

Desde luego, lo primero que le pedí a continuación fue que me llevara ante aquel sujeto. Lo hizo de inmediato. Entonces, yo mismo pude comprobar que el hombre tenía, en efecto, un aspecto demasiado saludable para tratarse de una víctima de homicidio. A pesar de mi familiaridad con la manera en que funcionaban las cosas en nuestra democracia popular, e incluso conociendo las anécdotas extravagantes que las rígidas y complejas rutinas de nuestra burocracia estatal producían continuamente, todo aquel extraño malentendido superaba cualquier cosa de la que hubiese tenido noticia hasta entonces.

El Departamento me había reservado una habitación en un pequeño hostal. El lugar era acogedor y estaba aceptablemente limpio. Como era ya demasiado tarde para tomar ninguna otra iniciativa, me instalé allí; deshice mi equipaje y me dispuse a pasar mi primera noche en la isla.

Por la mañana telefoneé a mi superior, el comisario Vandémek, y le informé de la situación. Para mi consternación, él insistió en que se había denunciado un asesinato en Tobrkian. Dijo que no era posible que las autoridades locales no tuviesen conocimiento del asunto, puesto que eran ellos mismos quienes habían informado a la Dirección General de la Policía; y añadió que, en todo caso, yo debería permanecer en la isla hasta que se hubiese aclarado todo. Sabía que su mandato resultaba inapelable, así que me armé de paciencia y me dispuse a esperar.

Dediqué la mañana a recorrer el pueblo y sus alrededores. Supe por el alcalde —Antón Haissech era su nombre— que no había censados allí más de mil habitantes. Decidí entrevistarme con algunos de ellos. Comprobé que nadie había oído hablar de ningún crimen reciente. Me aseguraron que no se había producido un óbito en la isla desde hacía ya varios meses. De modo que mis pesquisas no sirvieron para ninguna otra cosa que no fuese confirmar lo inadecuado o lo superfluo de mi presencia allí.

A mediodía telefoneé a mi esposa. Todo aquel despropósito habría resultado para mí algo más llevadero de haberse mostrado Olga más comprensiva. Pero puso el grito en el cielo en cuanto le dije que debería pasar en Tobrkian alguna noche más. Nuestro matrimonio, debo decirlo, estaba atravesando una

grave crisis. Los médicos nos habían dicho que no podríamos tener hijos, y eso la había sumido en una depresión que a duras penas estaba empezando a superar, no sin el auxilio de fármacos. Traté de convencerla de que estaría de vuelta en casa antes de que advirtiese realmente mi ausencia, pero ya no atendía a razones. Empezó a sollozar y a decirme que no la quería.

—Si todo es un error —argumentaba—, nadie te puede culpar porque vuelvas y lo expliques aquí... ¿Qué sentido tiene que te quedes en esa isla para investigar un crimen que no se ha cometido?

Olga tenía razón, claro, pero ella no comprendía el modo en que funcionaban las cosas en nuestro Departamento. Cuando amenazó con llamar directamente a mis superiores, el pánico me dominó, y fui yo el que empezó a perder los estribos. Le dije que no se le pasase por la cabeza llevar a cabo tal acción. Le grité que mi carrera, y nuestro porvenir entero, estarían en peligro si ella hacía una cosa semejante. Pero no me escuchaba. Ya no llegó hasta mí ninguna palabra inteligible; ningún sonido articulado. Tan sólo su llanto torrencial, hasta que colgó.

¿Será necesario explicar que yo estaba enamorado de mi esposa, y que no era capaz de concebir mi vida sin ella? Sabía, por otra parte, cuánto me necesitaba, y conocía su precario equilibrio mental; pero también debo precisar que, dadas las circunstancias que reinaban en nuestro país durante aquellos años, no podía ni pensar en desobedecer una orden tan clara y terminante como la que había recibido.

De modo que pasé mi segunda noche en Tobrkian entre pensamientos torturados y enrevesadas elucubraciones, dando vueltas en la cama, tratando de imaginar alguna explicación posible para un error tan insólito como el que me mantenía encadenado a aquella roca. A la mañana siguiente, la encargada del hostel llamó a la puerta de mi cuarto para avisarme de una llamada: Vandémek al teléfono. Me explicó que estaba haciendo todo lo posible para averiguar qué clase de confusión se había producido, pero no me prometió nada concreto acerca de mi regreso. Añadió que, entretanto, debía emplear el tiempo en realizar todas las averiguaciones que pudiese sobre el lugar y sus habitantes. En especial acerca de ese tal Helssik o Helsrick, o como se llamase el individuo en cuestión. Le aseguré que así lo haría, y le pedí que, por su parte, acelerase todo lo posible las gestiones para resolver aquel embrollo. Se despidió de mí con unas palabras de aliento que me sonaron huecas.

Poco antes del mediodía volví a visitar a Helssik; un pescador de bajura, hombre recio, de mediana edad, con fama de solitario y de bebedor. Vivía en una casa apartada, cerca del puerto. Se trataba de una tosca vivienda, enjalbegada, con tejado de pizarra, construida sobre una loma árida que dominaba la pequeña ensenada. Me recibió con una reluctancia que juzgué comprensible. Los ojos vidriosos, el rostro atezado y la barba de varios días subrayaban su aire desabrido y melancólico. No me invitó a pasar hasta que le recordé mi condición de investigador policial y el motivo de mi visita.

Luego, estuvimos conversando en una estancia algo oscura que parecía servirle al mismo tiempo de comedor y de alcoba. Había allí dos pequeñas ventanas, una a cada lado de la angosta puerta principal. Olía, quizá, a salvia. Y también a tabaco. Y un poco a rancio. Junto al camastro, cubierto con un jergón, cerca de una vieja cómoda, se amontonaban en desorden algunos aparejos de pesca. Me ofreció un poco de *nevoduja*, mostrándome una pequeña garrafa sin etiqueta. No lo rechacé. Me lo sirvió en una taza. Él se llenó hasta el borde un pequeño vaso sucio o muy rayado. Comenzamos a hablar. Le formulé varias preguntas, muy generales, sobre su vida. A duras penas logré que hilvanase dos o tres frases seguidas. Colegí por ellas una existencia rutinaria y poco social, burdamente sazonada con esporádicas y previsibles compensaciones. Alguna vez estuvo casado. Sobre esto no quiso darme más explicaciones.

Cuando volví a mencionar la denuncia y el motivo de mi presencia en la isla, se limitó a insistir, con desgana, en que él no había sido asesinado.

—A no ser que uno pueda seguir pescando después de eso —concluyó, entre dientes, con socarronería, pero sin llegar a sonreír. Mientras hablábamos, me fijé en una fotografía colocada sobre la cómoda. Era el retrato, en blanco y negro, de una pareja de ancianos. Probablemente sus padres. Detrás de ella, distinguí un pequeño y gastado icono de madera: la Virgen con el Niño, en tonos dorados, marrones y rojos. Había también, junto a la foto, un tritón seco y una pequeña esfera esmeralda que parecía dotada de brillo propio. Aunque este último objeto despertó mi curiosidad, preguntar a Helssik acerca de aquello habría sido una frivolidad, o así lo entendí en aquel momento.

En verdad, no era nada fácil imaginar quién habría podido enredar el nombre de aquel modesto pescador en un falso caso de homicidio, con qué propósito, ni qué extraño itinerario burocrático habría podido seguir tal denuncia. Quizá se tratase de una broma. Pero eso no explicaba suficientemente mi presencia allí. ¿No existían acaso toda clase de protocolos para cribar denuncias como aquella? Además, la Central nunca enviaba a un investigador especializado sin antes cerciorarse de que el suceso requería la implementación de recursos excepcionales.

En definitiva, mi segunda entrevista con Helssik no sirvió para otra cosa que para aumentar la

perplejidad de ambos.

Al igual que el día anterior, comí en el hostel. Después, volví a llamar a mi casa. Encontré a Olga más tranquila. Le transmití lo que Vandémek me había dicho a primera hora y le rogué que mantuviese la serenidad.

—Estoy mucho mejor —declaró ella al otro lado del cable, en un tono sospechosamente melifluido—, esta mañana Bjeorn ha venido a visitarme.

Recuerdo que sentí un latigazo eléctrico en la espalda al escuchar aquello. El *shock* inicial dio paso a una sensación de hormigueo en el occipucio, como si físicamente me hubieran golpeado. Luego, se formó en mi mente un nubarrón espeso de oscura frustración e ira destellante. Una gran borrasca que amenazaba con estallar pese a todos mis esfuerzos por contenerla.

—Está bien, cariño —le dije, procurando dominarme—. Eso demuestra que es un buen amigo, y que se preocupa por ti.

Pero Olga no estaba dispuesta a dejar las cosas ahí, ni mucho menos.

—Me alegro de que te parezca bien —añadió con perfidia—, porque me ha prometido que volverá esta tarde.

Por unos segundos me quedé sin habla. El silencio adquirió, en ese breve lapso de tiempo, cierta calidad material de una viscosidad repugnante. Después, sin que pudiera reprimirla, se despeñó de mis labios la siguiente frase:

—Te gustaría que me degradaran, ¿verdad? ¿No es eso lo que quieres, que desobedezca una orden para que...? —la pregunta quedó interrumpida por el tono continuo que señalaba el final de la comunicación.

El resto de aquella jornada lo pasé intentando llenar el tiempo con absurdas idas y venidas. Hablando sin propósito con unos y con otros. Despertando inevitablemente toda clase de recelos entre los vecinos.

Esa noche, mi tercera noche en la isla, una larga sucesión de imágenes y de ocurrencias retorcidas desfiló por mi mente ofuscada. Pensé en Olga y en mí, en nuestra declinante relación. Pensé también en Olga y en Bjeorn. En la mutua simpatía que siempre se habían profesado. No pude evitar que las peores suposiciones se adornaran, entre las tinieblas de mi atormentada vigilia, con los ropajes más grotescos y los detalles más hirientes. (Los dedos gordezuelos de él, sus manos pequeñas y ávidas, recorriendo la blanca piel de ella, o enredándose en su oscuro cabello). Apenas logré descansar.

Al día siguiente, después de desayunar, marqué el teléfono de mi casa, pero nadie contestó a mi llamada.

Inmediatamente, marqué el teléfono de la Central y pedí que me pusieran con Vandémek.

Le advertí con determinación que pensaba regresar en el trasbordador de la tarde. Replicó que eso era imposible. Que me arriesgaba a perder, no sólo un probable ascenso, sino incluso, sencillamente, mi empleo. Y que yo sabía muy bien lo que podía significar aquello en nuestro país. Intenté entonces exponerle lo absurdo de mi situación. Traté de explicarle que no tenía ningún sentido que permaneciese más tiempo en aquel lugar, donde hacía muchos años que no se había producido el menor incidente y varios meses que no moría nadie.

—Mire, Bolk —me dijo en un tono artificiosamente paternal—, yo le comprendo muy bien a usted, no piense que no; pero ya sabemos cómo funcionan aquí las cosas. Usted no puede regresar hasta que vaya allí un equipo y compruebe que se trata de un malentendido, de un error... Compréndalo: se ha cursado una denuncia por asesinato. La cosa es bastante grave.

Pregunté entonces a Vandémek cuándo estaba prevista la llegada de ese equipo del que me hablaba. Me dijo que lo enviaría en dos o tres días como máximo.

—¿Dos o tres días? —grité al auricular—. ¡Yo no puedo quedarme aquí dos o tres días más!

Llegué a recurrir a algo que había tratado de evitar a toda costa: le hablé de mi mujer, y de la crisis que estaba atravesando nuestro matrimonio.

—Sí, Darío, lo comprendo —el hecho de que me llamara por mi nombre de pila significaba que también mi superior estaba movilizándolo sus recursos de emergencia—; pero usted debe esforzarse en comprenderme a mí. No puedo enviar a la isla en este momento a un equipo de varios hombres. Eso es totalmente imposible... por ahora... Debe usted esperar.

Pregunté entonces por qué era necesario que viniesen varios hombres. En realidad fue una salida desesperada, porque yo conocía anticipadamente la respuesta. Cuando se producía un fallo burocrático de cierto calibre —y más en el Departamento de Homicidios—, al menos tres personas debían dar fe de que aquel fallo se había producido. Y eso, en realidad, no era más que el comienzo de una interminable cadena de comprobaciones, de la que no se adivinaba el final.

En vano traté de razonar de nuevo toda la situación: yo había sido enviado para investigar el supuesto asesinato de Murian Helsrick. Pero Helsrick (o Helssik, que era como se llamaba en realidad)

verdaderamente no había sido asesinado. Y esto podía confirmarlo el alcalde —máxima autoridad de Tobrkian—, además del propio Helssik, de mí mismo y de una gran cantidad de posibles testigos. ¿No era todo eso suficiente?

—Usted no quiere entender, Bolk. ¿Cree que basta con que alguien se ponga al teléfono y diga que es Helsrick para que toda la maquinaria legal se detenga? ¿Cree que basta con eso para que en la Dirección General se den por satisfechos y reconozcan su error? No, amigo mío, no... Una cosa así les parecería irrelevante. Hacen falta comprobaciones directas. Testimonios. Declaraciones. Fotografías. Huellas dactilares. Partidas de nacimiento... La palabra de un solo hombre no basta. Ni siquiera la de un detective con buen expediente. Alguien ha denunciado un asesinato en Tobrkian. Y ahora ellos, allá arriba, en la cúpula de la Dirección General, están esperando un informe con todos los detalles. ¿Comprende, Bolk? El informe de un caso de homicidio. Eso es lo que están esperando, y no se conformarán fácilmente con ninguna otra cosa. Hágame caso, Darío: espere un poco más. No ponga en riesgo su carrera. Es lo mejor, créame. Espere.

Después de aquella desmoralizadora conversación, pasé la mañana en un lugar apartado, cerca del faro, en el poniente de la isla, intentando pensar con claridad acerca de toda aquella aberración que me estaba descuartizando el alma minuciosamente, como una refinadísima máquina de tortura mental.

Al igual que en las dos jornadas precedentes, regresé a la posada para comer. Después, a primera hora de la tarde, fui a ver al alcalde. Le demandé un listado breve —no más de diez nombres, especifiqué— de aquellos que según su criterio personal, o a tenor de sus antecedentes, fuesen los habitantes más conflictivos de la isla. Le pedí también que adjuntase un somero informe relativo a cada uno de ellos. La perplejidad de Haissech no impidió que accediera, obsecuente, a mi petición. No hizo preguntas. Me aseguró que lo tendría a mi disposición por la mañana.

Del resto de aquella tarde, no puedo referir otra cosa que el modo en que la angustia y la frustración se apoderaron de mí en sucesivas oleadas, cada vez más recias; como lo eran las ráfagas de viento que habían empezado a barrer la isla, y a amontonar negros nubarrones sobre aquel escueto pedazo de tierra caliza en medio del mar. Recuerdo que compré una botella de vodka en una minúscula bodega, no muy lejos del hostel. Regresé a mi cuarto en el mismo momento en que empezaban a caer las primeras gotas de lluvia. Me quedé allí, bebiendo y escuchando por la radio —el pequeño transistor que había traído conmigo— los Coros de nuestro glorioso Ejército Nacional, interpretando adaptaciones de tonadas populares. Por un instante, el sonido de una efímera gadulka me devolvió a un pueblo visitado por los zíngaros, a una infancia acalorada, de carretas por caminos pedregosos, de bodas ruidosas, de perros flacos. A la claridad de la risa de mi madre, a la de mi casa. Fuera, entretanto, la tormenta azotaba fallebas y postigos, y aullaba por las desiertas calles de la pequeña población.

Después, quizá, me dormí. Tal vez soñé que me levantaba, que recorría furtivamente el pueblo, de madrugada, presa de una clarividencia vesánica, tan repentina y apodíctica como suele serlo la locura en su estallido. Acaso pude verme envuelto en alguna desenfundada pesadilla, porque cuando por la mañana los gritos de la encargada de la hostería y los golpes en la puerta me despertaron, me incorporé sudando en medio de un remolino de sábanas empapadas. Me levanté de un salto y abrí la puerta.

—Helssik... —pronunció la mujer, intentando recuperar el aliento— Helssik está muerto —tenía el semblante desencajado y se expresaba con dificultad—. Alguien lo ha asesinado esta noche.

Le pedí que se tranquilizara, y que aguardase abajo mientras yo me vestía. Me puse los pantalones y la camisa. Sacudí en la papelera del aseo algún resto de barro de mis zapatos, antes de calzarme, y preparé el equipo que necesitaba. Luego salí de la habitación, encajé la puerta y bajé deprisa las escaleras.

El alcalde, la hospedera y varios vecinos me acompañaron hasta la vivienda del pescador. Entré en la modesta casa que había visitado por primera vez dos días antes. El cuerpo estaba tendido en la cama, en medio de un verdadero lago de sangre, con los ojos abiertos y el pecho atravesado por un arpón. Nadie entendía nada.

—¿Pero cómo lo sabían? —me interrogó Haissech, presa del terror supersticioso que por aquellos días solía inspirar el Partido—. ¿Cómo sabían que esto iba a ocurrir?

Me limité a decir que todo aquello era en verdad muy raro y que sería exhaustivamente investigado. Luego, formulé algunas preguntas rutinarias a quienes habían encontrado el cadáver, tomé unas cuantas fotografías y metí con cuidado algunos objetos —escogidos más bien al azar— en bolsitas transparentes. (Uno de ellos, la pequeña esfera esmeralda, que me pareció ahora una vulgar canica). A continuación llamé al Departamento y le expliqué lo sucedido a Vandémek, que lo comprendió y asimiló con asombrosa facilidad. Incluso tuvo el acierto de resumir la situación en una sencilla frase:

—Así que, después de todo, se trataba únicamente de un error en el nombre. Bien... de esta manera será mucho más fácil —y me preguntó, a continuación, si tenía ya preparado mi informe. Respondí que sí

(aunque no era cierto), seguro de poder improvisarlo a mi llegada. Hubo entonces un silencio prolongado. Luego escuché de nuevo su voz—. Bien... —repitió—, parece que las piezas van encajando, ¿verdad? Esta misma tarde llegará el juez, y también un equipo nuestro para relevarlo a usted... Lo llamaré en unos minutos... No se mueva de ese hostal.

En efecto, un cuarto de hora después volvía a sonar el teléfono y yo recibía por fin mi autorización para regresar.

Partí —afligido, fatigado— en el barco de las cuatro, con la única maleta que había llevado a la isla. Pude pensar entonces, fácilmente, que el destino de los hombres no es otra cosa que una aberración burocrática, un constante trámite urgente de deseos opuestos e incompatibles, una ecuación hermética que define los difusos contornos de un crimen puramente abstracto. Quizá un único crimen perpetuo, que busca sin descanso a víctimas y a culpables en los que materializarse.

Sin embargo, no pensé en nada de esto. Porque mi mente estaba enteramente ocupada por la mullida esperanza de reunirme con mi esposa, y por el extraño prurito de tomarme cuanto antes un chocolate caliente en la avenida Zvärník; un deseo que, según creo, no llegué nunca a satisfacer.

Lo cierto es que, de lo que sucedió después, no recuerdo hoy casi nada. Excepto que ella no estaba, y que yo bebía sin medida. Sé que mi salud se resintió por ello. Sufrí cierto deterioro. En algún momento fui apartado del servicio. Sé también que algún tiempo más tarde me internaron en este lugar. Debe de ser un asilo o un hospital. He necesitado muchos años para entender que Olga no regresará a mi lado. Y hace apenas un instante he comprendido que las sombras de las ramas y de los tallos, que aún veo en ese muro de ahí fuera, para mí ya no cambiarán nunca de forma o de lugar.

Como ve, el protagonista es víctima de un cúmulo de circunstancias absurdas que terminan convirtiéndolo en un criminal... Pero será mejor dejar por ahora los comentarios. No anticipemos nada. Sigamos por orden.

A las doce caí rendido en la cama. Esa noche tuve un tortuoso sueño que no creo que consiga olvidar por mucho tiempo que viva. Más o menos, se desarrollaba así: yo regresaba de algún viaje largo y fatigoso, cargado con un montón de equipaje. En casa no me esperaba nadie, lo cual me extrañaba y me irritaba bastante. Decidía entonces subir a mi habitación directamente, cargado con todas aquellas bolsas y maletas; tan sólo me desprendía de las bombonas de oxígeno de mi equipo de submarinismo, porque eran demasiado pesadas para subir con ellas las escaleras.

Una vez en el piso superior, me duchaba y deshacía el equipaje a una velocidad increíble, como en una escena rodada a cámara rápida, ya que tenía el presentimiento de que alguien se presentaría muy pronto por sorpresa. Y no me equivocaba. Al poco tiempo, oía voces y mucho ruido en el piso de abajo. Entonces decidía salir a hurtadillas de mi cuarto y asomarme cuidadosamente desde el rellano de la escalera, para intentar averiguar quiénes, exactamente, habían entrado en la casa. No me cabía duda de que mi mujer estaba entre ellos, porque su voz era precisamente la única que había llegado a distinguir con claridad. No sé cómo me las arreglaba para espiarlos sin ser visto, pero eso era exactamente lo que ocurría en el sueño. Estaban allí casi todos: Francisco, Susana, Valle, Virginia, Mariola... también Alberto Maños, me parece. E incluso mi suegra.

—Ahora —ordenaba precisamente esta última—, en cuanto entre, le cantamos *Feliz en tu día* y después le damos sus regalos. ¿Lo habéis traído todo? ¿Lo tenéis preparado?

Entonces intervenía mi mujer:

—Sí, aquí está todo... —acto seguido, le entregaba a Valle lo que parecía ser un

paquete formado con una sábana enrollada o, tal vez, una toalla. Como es lógico, yo pensaba que se proponían ofrecerme una fiesta sorpresa para darme la bienvenida. No imaginaba de qué clase de sorpresa se trataba hasta que el mismo Valle desplegab, con un gesto exacto y brusco, como de gladiador reciario, aquel trapo grande en el suelo. Rodaban y se desperdigaban entonces sobre la alfombra un montón de objetos que al principio me parecieron inconexos y disparatados: una máscara de cerdo, una palangana, una sierra, una hachuela de carnicero, unos zapatones enormes que parecían de payaso... No tardaron mucho en adquirir cierta cohesión en mi mente todos esos adminículos, y en conformar un futurible de sufrimiento atroz y de burla. No me cupieron ya muchas dudas acerca de cuál era el papel que se me había reservado en aquella comedia. El miedo me hizo retroceder, lentamente, hacia el piso de arriba. Entonces oí que alguien decía:

—¡Mirad! ¡Su acordeón! Ahí... al pie de la escalera...

Y otra voz:

—Está en la casa.

Corría a refugiarme en mi dormitorio. No recuerdo bien lo que sucedía luego, excepto el estrépito de aquella jauría subiendo por la escalera. Sus risas, sus alaridos de sevicia, sus pasos atropellados... Lograba escapar por la ventana.

Corría, sin detenerme, hasta llegar al puerto. Las Zalbias parecía una población abandonada. El cielo, de un amarillo verdoso, tenía la luminosidad de un acuario. Llegaba al muelle donde está amarrado el *Bóreas*. Mientras corría sobre los listones de madera, mis hijos, desde el barco, me saludaban con alegría.

—¡Corre, papá! —gritaba Mario—. ¡Lo tenemos todo preparado!

Me refugiaba con ellos en el habitáculo del velero y cerrábamos la portezuela.

—Tómame esto —me decía Victoria—, ya verás qué bien te sienta...

Y entonces me daba un termo lleno de té con leche, u otra bebida similar, caliente y dulce. Apenas después de beber un par de tragos, me invadía una especie de modorra invencible y tenía que acostarme en una de las dos estrechas camas con las que cuenta nuestro barco. Los chicos, entretanto, no dejaban de pronunciar constantemente palabras tranquilizadoras. Me susurraban que durmiera tranquilo, mientras ellos salían a ultimar los preparativos necesarios para la navegación. Yo me sentía mareado e incapaz de coordinar mis movimientos. De pronto, fuera, oía la voz de Victoria, que estaba hablando, probablemente, a través de su móvil:

—Lo tenemos aquí... la puerta está cerrada, la hemos atrancado...

El sueño continuaba repitiendo, como el bolero de Ravel, una y otra vez el mismo horroroso esquema. Yo conseguía escapar del velero, de alguna extraña manera, y la persecución se prolongaba. Pero cada vez me sentía más exhausto, más acorralado, más angustiado. Empezaba a resultar evidente que no contaba ni con la más remota posibilidad de escapar a mi ultrajante destino.

Abrí los ojos y experimenté una relativa sensación de alivio al comprobar que estaba en casa, en mi propio cuarto, y que por los resquicios de la persiana se filtraba la suficiente luz como para suponer que fuera brillaría el sol de un nuevo día. Estaba solo en la cama. Virginia no había dormido conmigo. Sentí (y rechacé de inmediato) la tentación de elaborar suposiciones acerca de lo que le podría o no haber sucedido.

Oriné y me lavé las manos y la cara en el baño de nuestro dormitorio. Salí al pasillo y comprobé que la puerta del cuarto de Victoria estaba cerrada. Debía de haber llegado de madrugada. O tal vez lo había hecho hacía apenas un rato. Eran las diez y cuarto de la mañana. Desayuné solo, escuchando la radio. Después, abrí la puerta y eché un vistazo a la calle. Los vecinos de enfrente estaban cargando su monovolumen de equipaje. Los niños entraban y salían de la casa jugando, gritando, persiguiéndose. Probablemente se disponían a pasar fuera el fin de semana. Saludé a Fernando con un leve gesto de la cabeza, y él me correspondió con otro de su mano. Iba por su tercer matrimonio y nunca me había parecido deprimido o malhumorado. Levanté la vista. El cielo estaba plagado de pequeñas y diseminadas nubes algodonosas que un viento fresco, suave y norteño, empujaba en dirección al mar, por encima de las urbanizaciones de Las Zalbias y de los pocos edificios altos del centro urbano.

Volví adentro con algo de frío, así que puse la calefacción. Me senté en el tresillo y me quedé un rato inmóvil, con la vista fija en la pantalla panorámica del televisor. Pensé que ya habían quedado atrás los tiempos en que las televisiones apagadas le devolvían a uno su propio reflejo. Intenté decidir qué era lo que debía hacer aquella mañana. Se me ocurrió llamar a mi mujer. Pero esa idea fue atropellada inmediatamente por un tropel de pensamientos ruidosos y evanescentes, como una manada de bisontes albinos corriendo por una pradera nevada, hasta desaparecer en un difuso horizonte; el de una conciencia suspensa y embotada que no era la mía, sino la de algún otro que ahora vivía a disgusto en mi cuerpo. Comprendí que debía salir. Debía ponerme en movimiento. No podía esperar la menor lucidez allí encerrado. Pensé, por enésima vez, en lo que Valle me había dicho el miércoles en la galería. Deseaba creerlo, con todas mis fuerzas lo deseaba; pero también con todas mis fuerzas me resistía a caer en un nuevo error de interpretación, en una nueva trampa. Me vestí. Salí a la calle y comencé a caminar en dirección al puerto. Recuerdo que saludé a varios conocidos. No podría decir con seguridad quiénes fueron. Anduve sin rumbo por las calles del centro. De la plaza de los Descubridores al paseo marítimo, del paseo marítimo al auditorio municipal. Me pareció que había demasiado movimiento, demasiado tráfico para tratarse de un fin de semana fuera de temporada. En Las Zalbias no suele haber tanta gente hasta mediados de mayo. No era normal aquella actividad para un sábado de noviembre. A menos, pensé, que se celebrase algo extraordinario. Una regata, por ejemplo. Pero me habría enterado.

Además, ningún cartel de los que pude ver —desfasados y rotos la mayoría, concernientes a conciertos veraniegos o a la visita de algún circo— anunciaba nada parecido. Me senté en un banco —de nuevo en la plaza—, junto a la fuente de estilo modernista, con sus abstractas sirenas rollizas de mármol rojo, y me quedé allí un tiempo indeterminado luchando inútilmente por ordenar mis confusas ideas.

Después de tomar una ensaladilla de marisco, un plato pequeño de boquerones con tomate natural troceado y cuatro cervezas en una freiduría junto a la playa, asumí por fin una decisión rotunda y clara. Miré mi reloj. Las tres menos cuarto. A las cinco iría a buscar a Francisco a su casa. Saqué un paquete de tabaco y me fui al espigón nuevo, para hacer tiempo hasta la hora que me había fijado. Desde allí, vi salir el trasbordador de las cuatro. Se trata de un gran catamarán con su doble casco pintado de rojo. Pasó a unos trescientos metros de distancia, más o menos. Iba dejando detrás de sí una gran estela que se abría como un abanico espumoso de aguas revueltas. En la cubierta, había gente que saludaba no se sabía muy bien a quién. A los pocos y abúlicos pescadores que se sentaban sobre sus coloridas neveras portátiles de plástico duro, encima de los grandes bloques de hormigón que guarnecían el puerto. O quizás a las codiciosas y estridentes gaviotas que agitaban sus alas a muy pocos centímetros sobre las olas, en la bocana del puerto. Me fui de allí a las cinco menos cuarto. Miré dentro del paquete de tabaco antes de guardármelo en el bolsillo de la chaqueta. Hacía mucho tiempo que no fumaba tanto.

Francisco y Adriana vivían en un hermoso ático junto al parque de las Palmeras, en la parte más alta del pueblo. Desde el balcón de su casa se domina toda la ensenada. Yo sabía que había bastantes posibilidades de que ella estuviese fuera. Trabajaba para una conocida promotora inmobiliaria de nuestra zona y se dedicaba a vender bungalows a los europeos septentrionales, siempre ávidos de nuestro sol y de nuestras playas; así que viajaba con mucha frecuencia a Zúrich, a Berlín, a Londres... Sin embargo, ni este ni otros posibles «factores de riesgo» habían servido para hacer germinar en mi cerebro la menor sospecha relacionada con lo que estaba a punto de encontrarme. Subí cuesta arriba por una calle perpendicular a la del domicilio de nuestros mejores amigos. Caminaba junto a un murallón empedrado que formaba parte del zócalo sobre el que se alzaba una enorme y lujosa residencia privada. Cuando, un poco fatigado, llegué al final, doblé la esquina y, casualmente, levanté la vista hacia el balcón en el que habíamos cenado muchas veces los dos matrimonios. En ese momento vi a mi mujer junto a Francisco. Estaban mirando hacia el mar, en la dirección opuesta a aquella por la que yo venía. No podían verme. Me detuve en seco, con el cuerpo recorrido, de abajo arriba, del vientre a la cabeza, por varias oleadas de vértigo que se resolvieron en una sensación de náusea y de humillante debilidad en las rodillas. Alcancé a ver todavía claramente cómo Virginia rodeaba a Francisco, con su tenue y blanco brazo derecho, por la cintura, mientras apoyaba amorosamente la cabeza en su hombro. Entonces, retrocedí y me escondí detrás de la misma esquina por la que acababa de asomar. Tuve que apoyar la espalda en el muro

de mampostería. Temí desplomarme y rodar por la acera calle abajo, como si fuera uno de esos antiguos cubos de basura, hoy desbancados por los contenedores de reciclado. Cerré los ojos y respiré profundamente varias veces. Luego, revitalizado por el odio, pude iniciar con cierta entereza el camino de regreso a ninguna parte. No sabía adónde ir. Hacía mucho que mi casa ya no era un hogar, pero ahora ni siquiera la podía considerar un refugio confortable; como máximo, una sórdida y compartida madriguera.

No hay nada peor, se lo aseguro, que darse cuenta un día concreto, a una hora específica, en cuestión de segundos (incluso en un solo instante), de que la miseria, el sufrimiento, la humillación... no son de ningún modo, como uno creía, el residuo, el desecho de su vida, sino al contrario: la principal sustancia de la que esta se nutre. Es como despertar de un sueño —o, digamos, de un trance hipnótico—, y descubrir que se nos ha impelido a degustar con gran delectación y ridículos gestos de gourmet un plato lleno de excrementos. Pensé en suicidarme. Pensé también en matarlos. Pero todo eso me daba demasiada vergüenza. Luego, pensé en seguir viviendo cínicamente como si nada sucediera, y me sentí un poco —tan sólo un poco— menos avergonzado. Muy pronto comprendí que de todos modos no tenía otra salida. Destapar aquello resultaría doloroso y humillante, especialmente para mí. El negocio acababa de demostrarme cuán frágil podía volverse apenas cambiase la dirección del viento. Debía tener eso en cuenta, aún con Maños fuera de juego. Hacía años que Virginia ganaba más que yo. ¿A qué me conduciría, entonces, un divorcio? ¿Para qué lo quería, a esas alturas? ¿Merecía la pena siquiera tomarse la molestia? ¿Estaba dispuesto a contratar a una agencia de detectives para demostrar ante un tribunal su adulterio y tratar de sacarle partido económico? Vergüenza y oprobio por todas partes. Eso era lo único que veía. Decidí que de momento me convenía mantener la farsa y pensar con calma cuál podría ser mi siguiente paso, en el supuesto de que quedara alguna dirección en que moverse.

Regresé a casa hacia las ocho, medio borracho, después de recorrer algunos bares. Ella estaba en la cocina. Me preguntó —en tono de reproche, pero con buen humor— dónde había pasado el día. Sentí ganas de vomitar, pero inmediatamente me dominé, y logré seguirle el juego con asombrosa desenvoltura. Le dije, también en fingido tono de broma, que había estado bebiendo para olvidar mis miserias. Ella rio y me dijo que si quería podíamos salir a beber y a brindar por ellas los dos juntos. Me pregunté entonces qué ocurriría si sacase una botella de vino de la despensa, se la mostrara con mi mejor sonrisa, y a continuación se la rompiera en la cara.

—Prefiero quedarme aquí, si no te importa —logré decir, con un timbre bastante natural, aunque ligeramente metálico, creo.

—No me importa, no me importa... —dijo ella, como riendo para sí misma—. Voy a hacer tortellini con setas si te parece bien... para cenar...

Le dije que me parecía muy bien y le anuncié que subía a nuestro cuarto de baño para ducharme. Aquella noche cenamos juntos, los dos solos, y me estuvo explicando, con todo lujo de detalles, lo mal que estaba el padre de Susana. La dejé hablar. Prácticamente no pronuncié palabra. Finalmente, abrimos una botella de vino y brindamos por nosotros. Me bebí casi la mitad, en un vano intento de ahogar mi vergüenza.

El domingo desperté a las once con un espantoso dolor de cabeza. Virginia me había dejado una nota en la cocina explicándome que se había marchado otra vez al hospital. Sentí asco al ver su letra. Hice, rabioso, una pequeña pelota con el papel y lo tiré rápidamente a la basura. Me vestí y salí de casa con la intención de dar un paseo por la pinada. Sin embargo, acabé perdiéndome por las desiertas calles de una urbanización reciente y muy próxima. De cuando en cuando, veía a una vieja alemana regando su jardín, o a un teutón jubilado repasando el motor de su Mercedes. Muchas de aquellas casas blancas con chimenea estaban aún deshabitadas. De pronto, no sé cómo, se me ocurrió la idea de ir a buscar a Valle al motel Azarbe. La puse inmediatamente en práctica. Regresé a casa y salí con el coche, hacia la carretera de la costa. Llegué al motel a media mañana. Hablé con un hombre de pequeña estatura —mucho pelo sobre unas cejas muy juntas y pobladas, mostacho impresionante, ojos medrosos y diminutos—, el cual estaba a cargo de la recepción. Apenas lograba, con esfuerzo, que asomasen sus hombros y su cabeza por encima del mostrador.

—Ah, sí... Valle... Pero ya no está hospedado aquí. La dueña tiene su dirección. Espere un momento... la llamo al móvil —sin darme tiempo a decir que no era necesario, porque yo podía llamar al móvil de mi amigo, marcó el número desde el teléfono de la recepción y consiguió, casi de inmediato, comunicar con ella—. Un señor, que dice que es amigo de Valle... Sí... que si le podemos dar su nueva dirección... Sí... ¿No? Ah, sí, en el salón. ¿Esta tarde...? Sí, de acuerdo, se lo digo ahora mismo —el hombre colgó el teléfono y me entregó un díptico de cartón que sacó de debajo del mostrador. Era una especie de folleto, evidentemente destinado al proselitismo religioso—. Mire, aquí tiene la dirección —dijo, señalando un recuadro en la parte inferior—. Dice la señora que lo podrá encontrar usted allí esta tarde, hacia las siete...

Le di las gracias, y salí del motel con el folleto hecho un rollo, a modo de pequeño cetro, en la mano derecha.

A las seis y media de la tarde detuve mi coche en una calle muy empinada, en el extremo opuesto de Las Zalbías, cerca de la salida hacia el sur por la carretera de la costa. Había por allí algunos edificios, altos y bastante mugrientos, y también dos o tres naves de otras tantas antiguas fábricas, abandonadas desde hacía muchos años. No me costó demasiado encontrar el salón de celebraciones. Se trataba de un bajo con una puerta doble, acristalada y protegida por una persiana blanca de tijera extensible.

Había un letrero de respetable tamaño, colocado justo encima, en el que podía leerse lo siguiente: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Miré a un lado y a otro. La calle estaba desierta. No parecía haber llegado nadie todavía. Así que decidí regresar al coche y permanecer allí a la expectativa.

A las siete, aparecieron los primeros miembros de la congregación. Varios hombres y mujeres de mediana edad, alguna pareja joven, una o dos familias... Poco a poco, fueron llegando los demás, hasta formar un grupo de unas cuarenta personas que hablaban animadamente a las puertas del local, las cuales ya habían sido abiertas. En un momento dado, distinguí a Valle entre ellos. No lo había visto llegar. Estaba hablando con una elegante mujer de unos cincuenta y tantos años que lucía una llamativa melena rubia. Sentí el impulso de salir del coche, pero no me decidí a hacerlo. Permanecí allí hasta que todos entraron. Serían aproximadamente las siete y cuarto. Entonces, súbitamente, opté por marcharme.

Esa misma noche, desde el jardín trasero de mi casa, expuesto al indolente escrutinio de los miles de ojos parpadeantes y minúsculos que infestaban el cielo, llamé a mi amigo por teléfono. Tenía algo de frío, aunque llevaba el anorak puesto.

—Valle... soy yo.

—Hola, Juan, ¿dónde estás? Eugenia me ha contado que has ido al motel a buscarme. Me ha dicho que ibas a venir esta tarde...

—Y he ido —confirmé. Evidentemente desconcertado, Valle guardó silencio durante varios segundos.

—Pero ¿cómo que has ido? —me interrogó por fin.

—Te he visto desde lejos. Estaba en el coche... Estaba en mi coche.

Ante esta explicación, mi amigo reaccionó con una explosión de perplejidad y reproche:

—Pero ¿por qué? ¿Me has visto y no te has bajado? ¿No querías hablar conmigo? —era yo, ahora, el que no encontraba qué decir. De hecho, ni siquiera sabía por qué razón había ido a buscarlo. Mi mente era en ese momento un remolino que se absorbía continuamente a sí mismo, en un frenético y vano esfuerzo por expresarse —: Escucha. Si quieres hablar conmigo, el próximo martes nos reunimos a la misma hora... —como yo seguía sin poder articular ni una sílaba, él preguntó—: ¿Estás ahí?

—Sí —conseguí decir por fin—, estoy. El martes... De acuerdo. Perdona, tengo que dejarte.

Corté la comunicación y regresé al interior de la casa. Oí las voces de Virginia y de los chicos en la cocina. Me parecieron ridículas, ofensivamente irreales. Como si procedieran del reparto de alguna vulgar telecomedia. Casi podía oír las risas en off. Subí a mi cuarto y permanecí allí, encerrado, hasta que mi mujer vino, un poco más tarde, para preguntarme si me encontraba mal, si estaba enfermo.

—No... sólo estoy pensando —le dije—, pero me encuentro bien. Me encuentro muy bien, de verdad. Mejor que nunca...

Ella dijo que se alegraba de oírlo, cerró la puerta y se marchó sin más. Me

encontraba agotado. El alcohol del día anterior pasaba su factura de tristeza demoledora, de insuperable cansancio. Me puse el pijama y me metí en la cama. Debí de dormirme casi de inmediato.

Soñé que llegaba al salón de la congregación en el preciso momento en que la celebración comenzaba.

—Siéntate, hermano —me decía amablemente el pastor. Valle, desde la primera fila, me saludaba levantando una mano, con gesto serio. Había algunas sillas libres. Yo decidía quedarme donde estaba, en la parte de atrás. El pastor decía entonces, dirigiéndose a sus correligionarios—: Hoy, hermanos, no es un día como otro cualquiera, porque nos acompaña esta valiente mujer, cuyo inigualable sacrificio hará merecedora a esta comunidad del favor eterno de nuestro Dueño y Señor, cuando seamos llamados a su divina presencia —el pastor señalaba, mientras decía esto, con un gesto de su mano extendida, a una hermosa mujer madura con una larga melena rubia que estaba sentada sola en un banco de madera junto a la pared—. Como todos sabéis perfectamente —continuaba el orador—, ella tuvo tres hijos, de los cuales dos le fueron arrebatados nada más nacer. Eran varones. De modo que sólo ha criado y conocido a la hembra que tenemos aquí, con nosotros... —en efecto, junto al pastor había una niña muy pequeña, vestida con un uniforme escolar. Parecía en trance. Tenía los ojos extraviados y miraba a algún punto indeterminado al fondo de la sala. Debía de tener unos cinco años apenas—. Cualquiera mujer corriente —continuaba el oficiante— no habría dudado ni un segundo en suicidarse si con dos de sus vástagos se hubiera hecho la décima parte de lo que se ha verificado en los cuerpos de los dos hijos varones de nuestra hermana; y sin embargo, ella ha demostrado su fe y su entereza mucho más allá de los límites impuestos a la mayoría por la ley natural y las costumbres humanas. Ella permitió que les fueran vaciadas las cuencas de los ojos para dejarlos ciegos. Ella consintió en que fueran sometidos a las más salvajes degradaciones y a los más bestiales tormentos, a fin de convertirlos en dos alimañas feroces, libres de toda compasión. Se les mantuvo durante años atados con una misma cadena. Se los obligó a devorar animales vivos, como pollos y conejos. Ahora, en lugar de dos niños de trece años, son dos animales furiosos que no dudarán en devorar a su hermanita, a fin de que nosotros comprobemos que no existen límites que la llamada ética pueda imponer a nuestra voluntad, si el espíritu ha sido forjado con el fuego secreto y primigenio que confirió a la vida su primitiva forma, su auténtica naturaleza. Mientras la carne de esta criatura es arrancada, pedazo a pedazo, a dentelladas por sus propios hermanos, nosotros entonaremos nuestra plegaria para que el Señor de los abismos nos otorgue su favor y nos conceda los dones que con tanta insistencia le hemos solicitado...

En un momento determinado, yo conseguía escabullirme de la sala y sentía un enorme alivio al respirar el aire del exterior. Estaba convencido de que todo aquello

no había sido más que una broma urdida por Valle, con la complicidad de sus nuevos amigos, para intimidarme o para reírse a mi costa. Recuerdo que me alejaba de allí por calles muy concurridas; hasta que de pronto, de algún modo, me encontraba en un establecimiento lleno de mujeres, que me parecía al principio una especie de mercado y, a continuación, se transformaba en una peluquería. Una de las señoras, con la cabeza parcialmente cubierta por el secador de pelo, se ponía a tocar con entusiasmo un pequeño acordeón. Todas las demás daban palmas, cantaban, reían. Una chica joven (quizá una de las peluqueras) se aproximaba a mí con dos libros y me los mostraba.

—Mira —decía—, estoy estudiando en la universidad porque quiero ser algo más en la vida. ¿Tú puedes explicarme lo que significa esto?

El título del primer libro era *Irrelevancia de la ética para una ontología positivista; la moral como espejismo genético*. El título del segundo era *Apología de la voluntad*. Entonces, de pronto, una de las mujeres de más edad se aproximaba a mí y abría un táper delante de mi cara ofreciéndome unas rosquillas, que me recordaban demasiado a pequeños excrementos humanos.

A pesar de aquel sueño repugnante, el lunes me levanté descansado y con una extraña sensación de vitalidad recuperada. Me invadía una especie de optimismo repentino e infundado. Comprendía que aquel extraño giro de mi ánimo no resultaba demasiado coherente con mis actuales coordenadas vitales; pero pensé, también, que no me haría daño algo de entusiasmo, por muy absurdo o inmotivado que este fuera. Así que procuré mantenerme en aquella longitud de onda. Se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era seguir el consejo de mi hermano. «Si tu mujer hace su vida... pues muy bien. ¡Haz tú la tuya!». Después de todo, ahora sabía a qué atenerme. Sabía dónde estaban exactamente situadas las fichas sobre el tablero. Ya no había zonas oscuras, por lo menos en mi relación con Virginia. Y los problemas que afectaban a mi negocio, por otra parte, parecían haberse esfumado. Decidí que me tomaría un par de días libres. Llamé a Mariola y le anuncié que no iría por allí hasta el miércoles. Me dijo que ella y Marc se encargarían de todo y que no me preocupase. Eran las nueve y media. Todavía no había desayunado. Miré por la ventana. El día parecía espléndido. Un claro y frío día de finales de noviembre.

Salí a media mañana, sin un propósito determinado. Comí solo en un restaurante del centro. Me dediqué a vagar por el pueblo, abandonándome a las pequeñas veleidades de mi desidia: observar a la gente por la calle; escuchar conversaciones ajenas sentado en una terraza; entrar en una tienda de modelismo y ver circular un tren eléctrico por una maqueta que reproducía minuciosamente un inverosímil, pero encantador, paisaje ferroviario; tomarme un par de cervezas en un bar ojeando el periódico; quedarme amodorrado en un banco hasta que me encontraba incómodo o me daba frío.

Estaba mirando el estrafalario escaparate de una *boutique* gótica cuando se me acercó una anciana y me rogó que la ayudase a buscar la foto de su hija. Más que no entender las palabras, lo que me ocurría era que no me sentía capaz de atribuirles algún significado preciso. Se lo hice repetir.

—Le digo que si me puede ayudar a encontrar la foto de mi hija. Vivo aquí al lado —señaló un portal oscuro, a pocos metros de donde estábamos, en un viejo edificio de cuatro plantas. La mujer tenía el pelo recogido en un gran moño blanco y vestía ropa sucia y deteriorada: una falda a cuadros, una rebeca azul celeste, llena de pelusas y lamparones, con las mangas raídas, zapatos sucios y viejos. Sus ojos eran también azules, a juego con la rebeca, y tenía la expresión anhelante de una niña en día de feria. Le dije que sí, que estaba dispuesto a ayudarla. Así que entramos juntos en el portal de la finca. Olía a humedad, a repollo y a algo dulzón que podría ser un insecticida.

—Es en el primero... el ascensor no funciona —me advirtió antes de dirigirse hacia las escaleras. Tardamos mucho en llegar a su rellano. En el tramo final tuve que ayudarla, asiéndola por el codo, para salvar los últimos escalones. Cuando recuperó el resuello, me dio las gracias. Después, sacó la llave de su gran bolso marrón y abrió la puerta—. No sé dónde he puesto esa foto, el otro día hice limpieza... ¿sabe?

La verdad era que la limpieza no se veía por ninguna parte. Los muebles estaban cubiertos de polvo y costaba despegar de las mugrientas baldosas las suelas de los zapatos. El empapelado de las paredes, con abstractos motivos vegetales, resultaba, igual que lo demás, rancio y triste. Lo único agradable era la sala de estar, que daba a un balcón abierto de par en par y lleno de plantas. Un tumulto de voces y motores llegaba desde la calle.

Buscamos juntos la foto por toda la casa. Miramos en los cajones de la cómoda, en el armario de su dormitorio, incluso debajo de su cama. La foto no aparecía. La anciana se puso a llorar. Traté de consolarla:

—Ya verá como el día menos pensado se la encuentra... donde menos se lo espere.

Era inútil: seguía gimoteando. Estábamos otra vez en el comedor. Se había sentado en una mecedora y se secaba los ojos con un pañuelo amarillo de tela.

—No ha sido una buena chica... no se ha portado bien... —se quejaba amargamente. Supuse que se refería a su hija.

—Verá cómo la encuentra —repetí, ya que no se me ocurría otra cosa que decir —, a menos que... si no la ha... —entonces tuve una idea—. ¿La cocina está al fondo? —pregunté. Ella levantó la cabeza para asentir. Recorrí el largo pasillo. Tanteé los azulejos, buscando el interruptor. Dos tubos de neón se encendieron a regañadientes. Vi esconderse a una cucaracha detrás del frigorífico. Fui hacia el fregadero. Abrí una portezuela de madera. Como yo sospechaba, la foto estaba en la basura. Decidí que no tenía sentido rescatarla. La anciana seguía llorando y murmurando su melancólica letanía en el comedor. Salí de la casa sin hacer ruido.

Cuando volví a la calle, me di cuenta de que ya estaba oscureciendo. Un poco sorprendido, miré el reloj. Eran casi las siete. Decidí tomar una copa en un café cercano: La Piedra de la Locura. Era un lugar muy moderno que reproducía con libertad un ambiente clásico. Las mesas eran redondas, de mármol. Se veían candelabros, bustos de escayola y cortinas de terciopelo rojo por todas partes; pero también había pantallas gigantes de plasma y proyectores que bañaban las paredes o las cortinas con vistosos y cambiantes dibujos psicodélicos. Pedí un coñac a una joven camarera vestida de negro. Me encendí un cigarro. Fue entonces cuando lo vi, con su ofendida y atenta cara de lechuza, en medio de la penumbra del salón, entre las cabezas que se movían animadas por la conversación, entre las ascendentes volutas de humo que partían de bocas indiscernibles o borrosas. Era él, sin ninguna duda. Estaba con una mujer, pero no hablaban. Los vigilé durante un cuarto de hora. Parecían disgustados. Apenas intercambiaron alguna palabra. Pedí una segunda copa de coñac. Pasaron otros diez minutos. Entonces vi cómo él se levantaba e iba al fondo del café, donde estaban los servicios. Me levanté y lo seguí. Los aseos se encuentran detrás de una gruesa cortina, la cual sirve de pared, formando una especie de pasillo de unos cinco o seis metros. Esperé a que saliera. Después de apenas un minuto, la puerta del aseo de caballeros se abrió y él me dirigió una mirada rápida antes de darme la espalda. Entonces dije:

—Por favor.

Se detuvo, se dio la vuelta y me echó un segundo vistazo, esta vez claramente inquisitivo y teñido de extrañeza.

—Perdone. Por favor, creo que le conozco...

Me miraba con sus escrutadores ojos de ave nocturna. Un poco más abajo, de sus mezquinos labios colgaba una especie de precaria, de titubeante sonrisa.

—Pues... no lo sé... —dijo.

—Quería... quisiera hacerle una pregunta.

—Dígame.

—Usted es psiquiatra —aseveré. Él asintió, con una expresión suspicaz, defensiva, como de ligera molestia—. No se enfade, por favor —dije, intentando tranquilizarlo—, sólo quiero que me diga... Mire... necesito ayuda. Quiero saber si usted podría atenderme.

Ahora, su mueca de disgusto se había acentuado. La posición de sus pies en el suelo, la torsión de su cuerpo, indicaban que estaba a punto de marcharse.

—Podría —dijo—, pero no aquí. Los psiquiatras no atendemos a la gente por la calle... o en los bares.

Estaba a punto de darme de nuevo la espalda, pero logré evitarlo con una súplica, envuelta en una inflexión patética de mi voz.

—¡Se lo ruego! Un minuto... Por favor... escúcheme.

El hombre lanzó un suspiro de resignación y dio un paso hacia mí.

—Está bien... de qué se trata.

Contuve la respiración unos segundos. Intenté encontrar las palabras necesarias.

—Estoy desesperado —confesé—, perdido... completamente perdido.

—Ya... —dijo él—, todos nos sentimos así de vez en cuando. ¿Cuál es exactamente su problema?

Aparté la vista de él y la clavé en el suelo de tarima. Intenté resumir lo que me ocurría en una sola frase, lo más precisa y compendiosa posible.

—Mi mujer se acuesta con otro... con un amigo. Aparentemente en mi familia no hay ningún problema, pero tampoco hay amor, ni fe. Estoy solo. Mi vida está vacía. Siento desprecio por todo. Nada va a ninguna parte...

No había sido una sola frase, pero me sentía satisfecho. Me noté algo aliviado por el mero hecho de haber conseguido pronunciar esas palabras. El psiquiatra movió afirmativamente la cabeza, cerrando un momento los ojos. Luego volvió a mirarme.

—Venga a mi consulta. Parece que me conoce. Llame por teléfono y pídale cita a mi enfermera. Escucho problemas como los suyos a diario, pero... la psiquiatría no es una panacea. No podemos curarlo todo. Intentamos dar respuesta a las enfermedades neurológicas, con un origen orgánico... Sus problemas, por lo que dice, son los problemas de la vida. Podría intentar ayudarle, pero será usted quien deberá solucionarlos.

Súbitamente —como sale disparado por sorpresa el tapón de una botella de champán que ha sido abierta a medias—, me oí pronunciar la siguiente frase:

—Mi mujer es paciente suya.

El psiquiatra pareció muy sorprendido, casi consternado. No dijo una palabra. Se dio la vuelta con decisión y se dirigió a la salida.

—¿Qué ocurrió con el camaleón? —le grité, en tono casi amenazante—. Dígame... ¿Por qué lo devolvió? ¿Se sintió decepcionado? ¿Fue su hija la que no lo quiso? ¿Qué esperaba usted de ese animal? ¿Qué era lo que no le gustaba? ¿Está usted también perdido, doctor? ¿Cómo va a ayudarme?

El médico se volvió y me miró con sus ojos de lechuza más abiertos que nunca.

—Usted... —balbució con expresión de absoluta perplejidad—, usted es el de la tienda de animales. Mire... —dijo, después de unos segundos de incrédulo silencio—, mire... yo no puedo hablarle de mi vida privada, ¿entiende? Me doy cuenta de que tiene problemas. Pero como comprenderá aquí no puedo hacer nada. Sería mejor que lo tratase alguno de mis colegas.

No supe qué contestar, y me quedé frente a él en silencio. Aprovechó aquella indecisión mía para despedirse y marcharse:

—Adiós —dijo—, le deseo suerte —y luego desapareció al final del pequeño corredor, al otro lado de la cortina. Esperé unos segundos antes de salir. Tal vez, un minuto. Cuando regresé al salón y miré hacia su mesa pude ver que ya no estaban.

Esa noche, seguí bebiendo hasta la madrugada, en diversos bares y locales nocturnos. Acabé entablando amistad con un par de chicos de poco más de veinte años. Hasta bien entrada la noche no me dijeron que eran pareja. En realidad lo había

sospechado desde el primer momento, pero no me importó seguir con ellos de farra. Me invitaron a formar un trío. Decliné su amable oferta. Creo que me dieron algo en algún momento de nuestra lánguida y melancólica juerga. Una pastilla, supongo. No estoy seguro. No sé ni cómo pude volver a casa.

Me parece que estamos llegando al final de la historia. Mi encuentro con el psiquiatra, en el café La Piedra de la Locura, ocurrió la tarde del lunes 24 de noviembre. No hay mucho más que contar, porque el resto usted ya lo conoce por el sumario. El martes desperté muy tarde, en mi cama. Por lo visto estaban aumentando mis índices de tolerancia al alcohol. Lo digo porque no me encontraba tan mal como cabría esperar. Había dormido mucho y muy profundamente. Eran las doce y cuarto. Estaba solo, claro. Me preparé un café. Me lo tomé en la cocina. Después abrí la nevera y cogí un yogur. Me lo comí sin apetito. Mi estómago parecía llevarse la peor parte de la resaca. Llamé a la tienda a la una. Hablé con Marc. Me dijo que no había novedades. Le confirmé que probablemente me acercaría al día siguiente por la mañana.

A la hora del almuerzo, Virginia se mostró muy sorprendida de encontrarme en casa. Me preguntó con quién me había emborrachado la noche anterior. Le respondí sin dudar un instante:

—Con Valle —la miré furioso, esperando alguna otra pregunta. Pero no hubo ninguna otra. Ella se limitó a encogerse de hombros. Lo único que me preguntó a continuación fue si quería pescado y ensalada. Le dije que tenía poca hambre. De todos modos, me senté a la mesa y tomé algo con ella. En cierto momento, la interrogué malignamente acerca del padre de Susana. Noté que, por algo más de un segundo, me miraba con suspicacia. Luego sonrió y dijo:

—Ya está en casa.

Apenas cambiamos alguna palabra más durante la comida. Después, Virginia subió a ducharse y a cambiarse de ropa. Yo, entretanto, me quedé en el comedor, viendo un informativo en la televisión. Ni siquiera me había quitado el pijama. Hablaban de un genocidio en alguna parte de Asia. Tortura, violaciones de niños... y otros horrores parecidos. Cambié de canal y me encontré con otro informativo. En este caso el tema era la recesión económica. Había una cumbre mundial para intentar encontrar soluciones. De lo que decían parecía deducirse que el planeta se encaminaba hacia el cataclismo final. Una expectativa que no me disgustaba demasiado. Me debí de quedar en blanco unos segundos, porque cuando volví a enfocar mi atención en la pantalla había allí un individuo vestido de policía que se dedicaba a pasearle a una adolescente pelirroja (pecosa, gordita) un pez, todavía vivo, por la cara. Pulsé, asqueado, el botón rojo del mando a distancia.

Antes de salir, mi mujer me advirtió que volvería tarde.

—Los chicos estarán aquí más o menos a las ocho... —añadió—, puedes cenar

con ellos, si quieres. Supongo que Victoria preparará algo... —y esa fue, si no me equivoco, la última vez que la vi o hablé con ella hasta hace unas dos semanas.

Por la tarde, como sabe, fui al salón de la congregación anabaptista de los Hermanos en Jesús, a la cual Valle decía haberse incorporado. Por extraño que le parezca, era en él en quien había cifrado mis últimas esperanzas de comunicación. Llegué a la convicción de que sólo él podría comprenderme. Era muy extraño, porque al mismo tiempo no me había librado todavía completamente de mis celos, de mis temores, de mi sospecha. No sabía a qué atenerme, realmente. ¿Quién era Valle ahora? ¿Mi mejor amigo, o mi verdugo enmascarado? ¿Cuál era su nuevo juego? Este tipo de preguntas torturaban mi cerebro. De todos modos, no podía evitar verle como una especie de luminaria en la oscuridad; así me estuviese reservado a mí el papel de la polilla atraída por el fuego o, en el extremo contrario, el del espeleólogo perdido que ha encontrado por fin un camino hacia el exterior de la caverna. No podía resistirme a la tentación de hablar con él de nuevo; ni tampoco a la esperanza de que, de alguna forma, pudiese ayudarme.

Cómo y por qué decidí matarlo es algo que, sencillamente, no puedo explicarle. Ocurrió en un instante, esa es la verdad. No fue algo premeditado. Supe que había terminado la celebración cuando los feligreses empezaron a salir y a formar diversos corros en la acera y en medio de la calle. Yo estaba en mi coche esperando, igual que la otra vez. Vigilando, sin tener claro cuál sería mi siguiente movimiento. Creo que transcurrieron todavía algunos minutos. Unos cinco o diez minutos, tal vez. La gente se iba marchando y el grupo quedaba cada vez más reducido. Supongo que en algún momento él debió de verme, porque me saludó en la distancia y, después, empezó a bajar rápidamente hacia mí por la calzada en pendiente. Creo que fue eso, el hecho de que decidiera venir a buscarme, lo que provocó algún cortocircuito en mi cerebro, lo que puso en marcha algún tipo de mecanismo mortífero. No sé lo que realmente ocurrió, se lo aseguro. Como no lo puede saber nunca, supongo, ningún hombre que haya sido arrastrado a los arrabales de la locura, a esa tierra de nadie dominada por el delirio, el alcohol y la fiebre. Puede imaginar, si quiere, que de pronto decidí que él tenía la culpa de todo. Que de pronto comprendí que las cosas empezaron a ir mal para mí cuando él vino a buscarme con sus monsergas de resentimiento y fracaso. También recordé que no hacía mucho me había amenazado de muerte. Sentí rabia. Puse el motor en marcha. Arremetí contra él sin pensarlo, como en un trance.

Lo demás, para mí es demasiado doloroso recordarlo ahora. (Su cuerpo sobre el asfalto, en aquella postura absurda, rígida, las rodillas dobladas, los brazos extendidos en cruz; igual que un muñeco articulado derribado por un niño de un manotazo... Tenía el cráneo destrozado). Lo vi morir. Vi morir a mi amigo con tanta pena y tanta rabia como si lo hubiese matado otro; como si yo, simplemente, no hubiera llegado a tiempo de impedirlo. ¿Tiene esto algún sentido? Recuerdo que miré al cielo y me

sentí vacío, como si me hubieran sacado el alma con una gran cuchara invisible. Había otros dos hombres conmigo. Los dos miembros de su congregación con los que él había estado conversando. Fueron ellos quienes avisaron a la policía.

Viernes, 6 de febrero de 2009

09:41 am

12,5° C

Patio de la penitenciaría

(a 23 km de la capital, a 25 de Las Zalbias,

desvío hacia Santaelmira por la autovía A-9, salida 124)

El padre Justo Llorente Marcos cruzaba, con paso decidido, regular, casi marcial, el espacio exactamente cuadrado —suelo de cemento, cinco sumideros, dos tableros de baloncesto soportados por sendas estructuras fijas de hierro pintado de rojo— que separaba los módulos de preventivos F1 y F2, en dirección al módulo F3, también de preventivos. Este último consistía en un gran bloque gris de hormigón de seis plantas, con otras tantas franjas acristaladas a lo largo de toda la longitud de sus seis corredores; diseño que permitía distinguir con claridad, desde allí abajo, las puertas de todas y cada una de las celdas.

Justo Llorente era un hombre de pequeña estatura, vigoroso y con un vientre más pronunciado de lo que a él le habría gustado. Tenía cincuenta años, vestía un vaquero azul clásico y un gastado polo verde sin emblema de marca. Su rostro estaba dotado, como accidente más reseñable, de una gran nariz de boxeador (ligeramente deformada y del color de un fresón inmaduro) que no conjugaba muy bien con sus pequeños ojos atentos y vivaces, los cuales denotaban, sin margen de duda, unas considerables determinación e inteligencia.

—Puedes hablar con él en la sala de visitas de la planta baja. Tengo autorización para dejarlo salir de la celda el tiempo que necesites —le dijo el guardia, desde su garita de control acristalada y exageradamente atiborrada de monitores de circuito cerrado.

—Mmm... gracias. Prefiero verlo en su celda —dijo, mientras le entregaba al funcionario el teléfono móvil—, si no os importa, claro. Tengo mis razones...

El guardia sonrió —lo conocía bastante bien— y guardó el teléfono en una taquilla, sin cerrar la portezuela.

—Lo que tú mandes, padre. Ya lo sabes.

A continuación, ordenó a su compañero, más joven, que acompañase al capellán hasta la celda.

El encuentro fue sobrio, con apenas un tímido toque de cordialidad por las dos partes. El padre dio una amistosa palmada en el hombro de Juan Cáceres, a la que este correspondió con un triste intento de sonrisa. Inmediatamente, el franciscano sacó el pen drive del bolsillo pequeño de sus pantalones y se lo devolvió al interno.

—¿Ya lo ha leído? —preguntó este, extendiendo la mano para recibirlo, con palmaria incredulidad.

—Lo he leído casi dos veces. Algunas partes, más de dos veces.

Juan Cáceres inclinó la cabeza hacia un lado, en un gesto que lo mismo podría ser de admiración que de terne escepticismo. Se sentó en la cama. El sacerdote ocupó la única silla disponible.

—Quiero preguntarte algo... Tú rechazaste la asistencia de la psicóloga de la prisión. En cambio no has rechazado la mía...

—¿No me dijo que usted también era psicólogo?

—Sí. Pero ante todo soy sacerdote.

Juan Cáceres reflexionó un momento. Se tomó su tiempo para responder.

—Si tengo que hablar con alguien, prefiero que sea un cura. Además... usted me cae bastante bien... no me importa decírselo.

—Pero, por qué un cura —continuó el padre Llorente, sin perder el tiempo ni el rumbo agradeciendo el cumplido—; eso es lo que me gustaría que me dijeras. Quiero decir... ¿Te consideras cristiano? ¿Es asistencia espiritual lo que tú quieres?

Otra vez Juan se tomó su tiempo antes de responder.

—Prefiero hablar con usted, simplemente. Creo que está en mejores condiciones para comprenderme. Claro que no creo que eso me sirva para nada.

Esta vez el silencio fue más prolongado, y soportado equitativamente por los dos hombres. Luego volvió a hablar el cura:

—Muy bien, Juan. Yo también estoy a gusto contigo, pero preferiría que me dejaras intentar ayudarte espiritualmente. Que, además, es lo que se supone que debo hacer. Por lo que cuentas ahí —señaló hacia el minúsculo escritorio de madera, donde el preso había depositado el pen drive—, tu amigo, al final, encontró un camino. ¿No crees que también podría ser el tuyo?

Juan negó tajantemente con la cabeza y respondió de inmediato, cerrando un momento los ojos. La inflexión de su voz fluctuaba entre el sarcasmo y la amargura:

—No... padre. Ese camino es imposible para mí —dijo, intercalando entre las dos frases un audible suspiro.

—Explícate. ¿Por qué crees que es imposible?

—Porque yo ya lo he recorrido, en sentido contrario.

El sacerdote sacudió inquisitivamente la cabeza, frunciendo las cejas. No dijo nada, pero era evidente que demandaba una explicación.

—Yo era un escéptico, un agnóstico...

—¿Ya no...?

—Ahora creo en algo. A la fuerza. Digamos que algo me ha sido brutalmente revelado. En realidad no es que crea, sería mejor decir que me encuentro ante una evidencia. Una evidencia verificada en mi propia vida. Sobre todo en los últimos meses. En todo lo que usted acaba de leer —el interno se puso de pie y miró hacia un cielo de plomo, semejante a una segunda pared, por entre los blancos barrotes de la ventana. El sacerdote lo miraba con analítica atención. Cáceres se dio la vuelta y continuó—: Como la mayor parte de la gente con pretensiones intelectuales, es

decir... con una cultura estándar, superficial, yo veía hasta hace poco una incompatibilidad total entre la religión y la ciencia. Ya sabe que las ideas que predominan hoy en Europa son, más o menos, las ideas de las élites intelectuales de hace unos cincuenta o cien años. Siempre es así. La información viaja a la velocidad de la luz. El conocimiento, en carromato.

—Y si ya no ves esa incompatibilidad entre la razón y la fe —preguntó el padre Llorente—, ¿qué te impide buscar una respuesta a tu situación en Dios?

—No se precipite, padre. Tenga paciencia. Le voy a contestar a todo —el preso volvió a hacer una pausa antes de reanudar sus explicaciones—, pero tenga un poco de paciencia. Mire... yo creía que el mundo estaba gobernado por el azar, sencillamente. Cuando uno se da cuenta de que estar vivo es una casualidad demasiado inverosímil... entonces empieza a sospechar que podría haber algo más. Poca gente llega nunca a ese nivel. El tema del azar se puso muy de moda en el siglo pasado, con la física cuántica. Todo el mundo habla de física cuántica, ¿no se ha dado cuenta? Cuando algún imbécil quiere lucir plumaje científico, darse pisto de filósofo vanguardista... se pone a graznar enseguida sobre física cuántica, porque eso pone muy cachonda a la grada. Heisenberg, Niels Bohr... Le suenan, ¿verdad? —el padre asintió, un poco a la defensiva—: Claro. También le suenan al panadero de mi barrio. Ese es el problema, ¿comprende? La simplificación, la banalización de todo. La física cuántica es importante, no lo niego, porque terminó con una física absolutista. Hizo el mundo más abierto. Dio cabida a lo imprevisible, tal vez a la libertad. El misterio, que parecía a punto de ser desvelado, se alejó... Pero hay algo más importante que nadie nombra. ¿Sabe qué es?

El cura empezaba a sentirse como un chiquillo que teme ser expulsado en cualquier momento de clase.

—Pues... no. La verdad es que no.

—El teorema de Gödel. Eso es mucho más importante que la monserga de la física cuántica. No ha oído hablar del teorema de Gödel, ¿verdad? —el franciscano negó tímidamente con la cabeza—. Claro... casi nadie lo ha oído. La física cuántica es un obstáculo para el demonio de Laplace de la ciencia moderna. Pero es una limitación teóricamente parcial. Un nuevo paradigma quizá podría superarlo. En cambio, el teorema de Gödel es una limitación absoluta, estructural del conocimiento. Lo que dijo Gödel, más o menos, es que... —Juan Cáceres se tomó unos segundos para encontrar una analogía digna de su actual eclosión de lucidez— toda explicación requiere una explicación. Ninguna es a la vez completa y consistente. La llave de las matemáticas es la lógica. Pero Gödel descubrió que la cerradura está puesta por fuera. Eso significa que aunque tengamos la llave buena, no se puede abrir desde dentro. Es una trampa. El enigma ahora... ha retrocedido hasta el infinito.

Juan Cáceres había pronunciado esta última parte de su discurso con las venas supraorbitales peligrosamente inflamadas, y esgrimiendo por momentos, ante los desconcertados ojos del franciscano, un libro de un tal Matthew Junglemind Junior

que llevaba por título *Gödel, Bach, Escher, Penrose, Arrabal y la quinta trompeta*.

—Sí... —concedió el sacerdote—, la verdad es que es interesantísimo. ¿Pero qué importancia tiene todo eso para ti... en concreto?

—Importancia —repitió el preso, estampando el libro contra el tablero de madera—, ¡toda, padre! ¡Toda la importancia del mundo! Le estoy explicando cómo he superado mi agnosticismo. Le estoy explicando cómo me he convertido en un creyente. Mire... —Cáceres respiró hondo y volvió a sentarse, en un evidente esfuerzo de autocontención—, mire... la ciencia no puede, no podrá nunca explicarlo todo. Así que el enigma es ineluctable. Lógica y científicamente inaccesible. Hay que buscar otra forma de conocimiento. A mí ese otro camino me ha sido dolorosamente revelado. Me ha sido mostrado en la forma de una burla tan perfecta que en medio de mi sufrimiento me he visto obligado a reírme. A reírme de mí mismo, ¿lo entiende? He descubierto que las casualidades son significativas, como nos reveló Jung. El azar no es puramente azaroso, ¿sabe? Existe un campo de conocimiento posible más allá de la inferencia estadística... El mundo es significativo porque está diseñado para ser conocido. Ese es el enigma. Los positivistas lógicos intentaron comerse el misterio a pedazos, pero el misterio, enseguida, empezó a devorarlos a ellos desde dentro. El inductivismo es irrenunciable. Así que podemos intuir un plan.

—Sí. Eso es lo que los cristianos llamamos Providencia —lo interrumpió, de modo cautelar, el padre Llorente, un poco alarmado ante su excesiva exaltación.

Entonces, el interno enmudeció. Se lo quedó mirando con una especie de euforia febril. Luego estalló en una risa sorda, convulsiva, que le agitó violentamente el pecho, haciendo subir y bajar sus hombros, como si viajara en coche por un terreno pedregoso. Hundió los dedos en su cabello, clavándose los codos en los muslos. Agachó la cabeza y empezó a moverla negativamente entre las manos. (Parecía estar intentando sujetársela, a fin de evitar que el movimiento, contra su voluntad, se volviera demasiado violento). Poco a poco fue dejando de reír, hasta que recuperó un mínimo de sosiego.

—Providencia... —repitió, casi sin despegar los labios, mirando de nuevo hacia los barrotes—. Eso, padre, presupone buena intención. Un plan bueno y sabio. Una teodicea. Pero el plan no es bueno, ¿sabe? Escúcheme: yo no creo en Dios. No creo en el Dios cristiano. Yo creo en una Inteligencia Primordial... Eso sí, pero no en un Dios bondadoso.

—¿Y cómo definirías al Dios en el que tú crees? Si no es un Padre bueno... ¿qué otra cosa podría ser?

Juan Cáceres miró al capellán de modo fulminante. Parecía haber estado esperando exactamente aquella pregunta.

—Que qué podría ser... —sus ojos, brillantes, se movieron rápidamente en sus cuencas buscando una respuesta precisa, igual que dos dados redondos bailando en sendos cubiletos—. Que qué podría ser... —ahora también movía la cabeza—. Cualquier divinidad antigua, supongo, de las que se burlaban de los hombres. No sé

qué podría ser. Yo lo imagino enroscado en el corazón de un sol frío. Sentimental. Malicioso. Grotesco. Destilando siempre un odio espeso y dulce, un odio lento, lento y homicida, que se infiltra en todo, que lo impregna todo.

El padre Llorente estaba visiblemente decepcionado. Hubo un nuevo y prolongado silencio entre los dos hombres. Se oyeron risas y voces masculinas que venían del patio. El capellán trataba de encontrar algo apropiado que decir; pero ante un discurso tan sofisticado, lleno de confusa y delirante erudición, pensó que sería mejor no atacar de frente, sino intentar encontrar alguna puerta lateral, alguna otra vía de acceso.

—Eso —dijo, señalando de nuevo hacia el pen drive— es muy literario. Está muy bien escrito. Muy bien... de verdad. Pero me parece que hay algunas cosas que no terminan de encajar. ¿Puedo hacerte alguna pregunta sobre eso?

El interno se limitó a asentir desde donde estaba. Sentado en la cama, con la espalda recta, miraba al franciscano con escrutadora seriedad y con un punto de desconfianza.

—Ahí cuentas cómo fuiste a buscar a tu amigo al salón de la congregación, donde asistía a los oficios religiosos de su comunidad... Anabaptistas, ¿no? También cuentas que lo estuviste esperando en tu coche, desde donde vigilabas la puerta; que lo viste salir, junto a los demás. Dices que viste cómo se despedía de ellos y empezaba a caminar calle abajo, hacia donde estabas tú. Pusiste el motor en marcha. Pero no se dio cuenta de nada hasta el final, hasta que arremetiste contra él para atropellarlo. Cuentas que Valle venía andando hacia ti por el centro de la calle. Eso... por ejemplo... es raro. Iba por la calzada, no por la acera. Me parece un poco extraño. ¿Cómo te descubrió a tanta distancia y dentro del coche? No sé. Yo diría que falta algo ahí. Me cuesta creer que lo mataras sólo por un impulso absurdo. Y luego... ese Nuevo Testamento que se encontró junto al cadáver... no lo mencionas en absoluto...

Juan Cáceres escuchaba todo aquello como desde una gran lejanía, con los ojos entornados, con la boca entreabierta y la mirada perdida. Antes de que el padre Llorente dejara de hablar, había empezado a mover negativamente la cabeza. Ahora había bajado los ojos y en la comisura de sus labios se insinuaba una sonrisa.

—Yo lo maté. No creo que nadie ponga eso en duda, padre —dijo, resignado—. No creo... Lo demás da igual. Son detalles. Son detalles que no pueden cambiar nada.

—Pero no eres tú el que debe decidir eso —objetó el cura—. Te han acusado de asesinato. Tu abogada está intentando cambiar esa acusación por la de homicidio negligente... Deberías compartir con ella cualquier elemento que pudiera servirte de atenuante. Por ejemplo, todo esto que me has permitido leer a mí. Piénsalo —el capellán se puso de pie y le tocó amistosamente en un hombro—. Si tú quieres seguiremos hablando. ¿Te parece que venga otra vez el lunes?

El interno lo miró, melancólico. Movié negativamente la cabeza.

—Déjelo. Para qué... Tendrá cosas mejores que hacer.

Entonces el sacerdote se sentó a los pies del camastro, a medio metro de él, más o menos. Los dos permanecieron en silencio unos segundos. Uno al lado del otro. Luego, el capellán empezó a hablar muy despacio, eligiendo con cuidado sus palabras:

—Mira... da la impresión de que lo has perdido todo. Y da la impresión de que te resignas a que sea así. Parece que no quieras recuperar nada. Así que yo te invito a que pierdas lo último que te queda. Te queda tiempo. Puede que mucho tiempo. Pues piérdelo conmigo.

Juan Cáceres sonrió ante aquella escolástica demostración de ingenio. Así que su interlocutor concluyó que probablemente seguirían hablando. Supuso que le había salido bien la jugada y que se saldría con la suya. Quizá todavía tuviera la oportunidad de hacer algo por aquella pobre alma torturada. Se levantó casi de un salto. Sonrió también y le tendió la mano al prisionero.

—Nos vemos el lunes por la mañana...

Juan Cáceres lo pensó un instante. Luego, se puso de pie —era casi una cabeza más alto que el sacerdote— y estrechó con fuerza aquella mano tendida.

—El lunes, bien... —dijo simplemente, con una escéptica sonrisa de gratitud.

La verdad (epílogo)

La verdad es inútil o dañina, padre. No vale la pena, se lo aseguro. Paso las horas en esta celda intentando comprender mi propia vida como un fenómeno tal vez incómodo, pero necesario y en cierto modo apreciable. Digamos, un pequeño fragmento armoniosamente integrado en alguna posible totalidad llena de sentido. Me esfuerzo en imaginarla como una parte de algo mucho mayor y más hermoso. No lo consigo. Al contrario. Lo que me ha sucedido a mí no puedo interpretarlo más que como un indicio de la gran miseria en la que vivimos y nos debatimos todos, y a la que otorgamos el elegante nombre de «universo» o «cosmos», ya que nos gusta pensar que está gobernada por un orden delicado y que obedece a algún místico propósito. Para mí —ya se lo dije— se trata de una sustancia repugnante segregada, o más bien excretada, no se sabe por quién o para qué en algún momento del no tiempo y del no ser. Me parece que el autor (para ser exactos: uno de los dos autores) del Libro de Job dio con la clave de todo el asunto. En mi opinión, no se puede ilustrar con mejores palabras. Por ejemplo, estas que le copio a continuación puedo aplicármelas ahora sin la menor dificultad:

Yo esperaba la dicha, y llegó la desgracia,
aguardaba la luz, y llegó la oscuridad.

Me hierven las entrañas sin descanso,
me han alcanzado días de aflicción.

Y estas otras que vienen a continuación también son muy precisas. Resulta curioso pensar que la primera vez que las leí casi no pude evitar reírme:

Sin haber sol, ando renegrido,
me he levantado en la asamblea sólo para gritar.

Me he hecho hermano de chacales
y compañero de avestruces.

Mi piel se ha ennegrecido sobre mí,
mis huesos se han quemado por la fiebre.

¡Mi cítara sólo ha servido para el duelo,
mi flauta para la voz de plañideras!

Usted admitirá que esto de los chacales y de los avestruces tiene bastante gracia. Quiero decir que tendría gracia si no fuera horroroso. Así es como soy ahora. Así es exactamente como yo me siento. Como un chacal o un avestruz. Eso es. No se me

ocurre un modo mejor de describirme. Estoy solo, encerrado igual que una alimaña, aborrecido por mi propia familia, abandonado por mis amigos y sentado en el polvo, sin entender nada de lo que me ha ocurrido. Sin entender nada en absoluto (me refiero a una hipotética secuencia lógica de los acontecimientos), pero al mismo tiempo habiendo entendido de una vez y para siempre, con la máxima claridad, cuál es la verdadera naturaleza de todo.

Esta noche he soñado con mis hijos. En el sueño eran pequeños todavía. Estábamos corriendo y jugando en un campo muy verde. Un prado rodeado de suaves lomas rojizas y cubierto de hierba alta y húmeda. De pronto, yo advertía que había un enorme tigre suelto por allí, al que veíamos aparecer y desaparecer entre unos árboles no muy lejanos. Al principio, pensaba en el modo de salvar a Victoria y a Mario, pero luego me daba cuenta de que mis hijos no estaban en absoluto en peligro: el tigre pasaba junto a ellos sin prestarles la menor atención. De una forma difícil de explicar, como una intuición repentina, comprendí que era en realidad a mí a quien el tigre buscaba. Solamente a mí. Y a continuación me daba cuenta, con tristeza, de que a Victoria y a Mario no parecía importarles lo más mínimo que yo pudiera ser devorado. Recuerdo que Virginia los llamaba desde el coche y les ofrecía algo de comer. Algo que agitaba en sus manos. Tal vez unos bocadillos y unos zumos. Recuerdo el brillo del papel de aluminio de los bocadillos y, al mismo tiempo, la mirada del tigre entre los árboles, definitivamente fija en mí. Supongo que estará de acuerdo en que no hace falta ser Freud para interpretar esto.

Me avergüenza sentir miedo, incluso en sueños, porque eso me revela que aún deseo estar vivo. El instinto de supervivencia es lo más humillante de todo. Valle tenía razón. Estoy harto de soñar, créalo. Quisiera dormir con la mente en blanco, adentrarme en un sueño profundo y vacío como un erial arrasado únicamente por mi propia respiración. Pero eso no es posible. En mi mente hay más recuerdos, y son más punzantes ahora que nunca. Es como estar desnudo en medio de una lluvia de agujas de hielo. La primera vez que Virginia y yo viajamos juntos, el verano en que Mario se rompió el brazo al resbalar junto a la piscina, las vacaciones en Grecia... Todo tiene otro color. Un color amargo que vuelve tan intolerable el pasado como despreciable el futuro. Cualquier futuro. Ya nada es inocente. Las cosas que en su momento resultaron gratas me parecen ahora trampas refinadas, como las manzanas envenenadas de los cuentos. Nada es verdadero, excepto la pérdida y la privación. Sospecho que a los mortales se nos conceden atisbos de felicidad para destilar así un mal más puro, más perfecto. Supongo que esto le parecerá una blasfemia, pero tenga en cuenta que la blasfemia y la verdad para mí han quedado íntimamente fundidas. Y ha sido usted (perdóneme) quien me ha pedido que no me reserve ningún secreto.

La verdad, padre, no nos hace libres, se lo aseguro; pero aquí la tiene, ya que al parecer le interesa tanto. Aunque, sinceramente, no creo que pasado mañana, cuando

venga a visitarme de nuevo, me decida a entregarle lo que ahora escribo con este portátil; el cual, dicho sea de paso, gracias a su mediación me permiten utilizar casi sin restricciones. En fin, si no mañana, puede que algún otro día, en un futuro próximo o lejano, decida compartir con usted estas pocas líneas que —puede creerlo— no añaden nada sustancial a lo que usted ya sabe.

Tiene razón, hay algún detalle que no he registrado todavía acerca de lo que realmente ocurrió la tarde en que maté a Valle atropellándolo con mi coche. Hacia las seis, llegué a las inmediaciones del lugar donde la congregación se reúne. Empezaba a oscurecer perceptiblemente, y la calle estaba casi desierta. Había sitio de sobra, pero aparqué a cierta distancia de la puerta del salón de reuniones. A unos sesenta metros, más o menos. Esperé un poco en el coche, sin apagar el motor. En realidad, no sabía lo que estaba haciendo allí y sentía la tentación de marcharme. No sabía qué andaba buscando, pero me parecía que sólo allí podría encontrarlo. Una explicación, tal vez. Creo que era eso lo que buscaba. Quería que Valle me explicara lo que estaba ocurriendo con mi vida. Necesitaba hablar con él. Tenía la inextricable sospecha de que sólo él podría ayudarme. El hombre que me había amenazado de muerte unas semanas atrás resultaba ser ahora, en mi imaginación, el único capaz de comprenderme y aconsejarme. Extraño, ¿verdad? No tanto. No tan extraño. Y si ha entendido usted las cosas como yo intuyo que las ha entendido, no se lo parecerá.

Al final, apagué el motor y me acerqué a pie al salón. En el interior se oían cánticos. Me aproximé con sigilo, un poco indeciso. Entré, y desde el zaguán pude espiar a la feligresía sin ser visto. Había allí gente de todas las edades. Familias enteras. Niños y viejos. Unas treinta o cuarenta personas. Los cantos habían cesado. Fueron sustituidos por una especie de susurro, en el cual creí detectar algo repulsivo. No entendía bien las palabras, pero por un momento me pareció que decían algo así como «Señor de las cerdas que con tu savia envenenas...». Sé que no tiene ningún sentido. Luego, el pastor empezó a decir algo sobre la gracia, la libertad, los elegidos... Temí ser descubierto. Salí de nuevo a la calle. Anduve un rato por la acera, arriba y abajo. Se trata de una calle con una cierta pendiente. (En realidad son dos, una a cada extremo, como en una montaña rusa, aunque mucho menos pronunciadas). Mi coche estaba casi en la parte más profunda de la depresión, junto a unos contenedores. Entre los edificios, a través de un solar, podía contemplarse el mar; un poco hacia abajo, no muy lejos. De un color azul muy oscuro en ese momento. El sol, como una gran naranja partida, acababa de desaparecer definitivamente de mi vista detrás de un tejado de fibrocemento; y todo pareció oscurecerse demasiado rápidamente.

Me encontraba a unos cuantos pasos de la puerta del salón cuando vi salir a dos hombres hablando y riendo. No me prestaron atención, así que no me moví. Esperé a que salieran los demás, y por fin distinguí a Valle. Estaba conversando con una mujer de rostro duro, anguloso, que vestía un pantalón gris, elegante y sobrio, y una blusa blanca. Me acerqué a él, sin saber lo que iba a decirle. En cuanto me vio, hizo un

gesto de disculpa con la mano, destinado a su interlocutora. Le dijo algo y ella miró en mi dirección, asintiendo. Luego, Valle vino directamente hacia mí. Lo primero que me dijo, «Me alegro mucho de que hayas venido», me molestó un poco. Supongo que porque me pareció una especie de juicio precipitado sobre mis intenciones. ¿Acaso se proponía introducirme en su secta? Le pregunté si podía dedicarme unos minutos. Se mostró inmediatamente dispuesto. Dijo que podíamos hablar en el salón de la congregación, si yo quería. Por supuesto, rechacé esa oferta. «Prefiero que sea en otro sitio», le dije. Accedió, pero me pidió que aguardase un poco, para que pudiera despedirse de los demás de forma correcta. Y también —añadió— para tratar de no sé qué asunto. Le contesté que lo esperaría en el coche, y señalé el lugar donde lo tenía aparcado. Asintió. Después me dio la espalda para volver inmediatamente junto a la elegante mujer con la que estaba conversando en el momento en que yo lo interrumpí.

Volví a mi coche, y observé desde allí cómo toda aquella gente poco a poco se dispersaba. Al cabo de unos cinco minutos ya no quedaba casi nadie. Apenas un grupo de unas cinco o seis personas, no más, del cual formaba parte mi amigo. Todo aquello me seguía pareciendo una especie de farsa, aunque no puedo explicar el porqué. Tenía la sospecha de que algo podrido se ocultaba debajo de aquella capa de salmos y santurronería. Supongo, claro, que mis facultades estaban alteradas. Lo veía todo a través de una lente deformante; aunque no tanto, sin embargo, como para que se convierta en una eximente de la responsabilidad de mis actos. Estaba algo trastornado, lo reconozco, pero no lo bastante loco. No lo bastante.

El grupo, al fin, terminó de disgregarse, cuando dos o tres de aquellas personas se marcharon; aunque un par de individuos se quedaron conversando todavía muy cerca de la puerta del salón. Valle, entonces, empezó a bajar por la pendiente en dirección a mi coche. Ya muy cerca, como a unos dos metros, se detuvo y sonrió de un modo que me pareció extraño.

—Espera... —dijo—, voy adentro a buscar algo para ti.

Estas palabras me desconcertaron. Estuve a punto de intentar retenerlo, preguntándole de qué se trataba, pero él se dio la vuelta inmediatamente y empezó a remontar la pendiente hacia el local de la congregación, que todavía estaba abierto.

Si no me he molestado en contarle a nadie lo que ocurrió a continuación, padre, no es sólo porque resulte inverosímil, o porque en esencia no cambie las cosas; sino porque además de todo eso me parece ridículo. Y cuando se tiene una conciencia trágica, se lo aseguro, el sentido del ridículo es precisamente lo último que se pierde. La verdad más secreta del hombre es que lo más inmortal de él es el ridículo que hace.

Valle salió al cabo de un minuto, más o menos. Llevaba algo en la mano y empezó a caminar directamente hacia el coche, por el centro de la calzada, con un paso claramente más rápido y más decidido que la vez anterior. Lo que llevaba en la mano era un objeto oscuro y pequeño. Mi confusión, se lo aseguro, no fue producto de la duda, porque la duda, si llegó a existir, desapareció casi de inmediato: realmente

yo vi un arma en su mano. Un arma, y no un Nuevo Testamento. Un regalo de mi Dios, no del suyo. (Pero si yo intentase explicar semejante cosa ante un jurado, ¿va usted a decirme que no se carcajearían? ¿No sería lo más probable que terminasen pensando que también todo lo demás —la historia completa que usted ha leído— es sólo una ridícula patraña exculpatoria? Porque a mí no me cabe duda de que sería así. Me parece que, mucho antes que la muy enrevesada y rugosa verdad, estarían dispuestos a creer alguna simple y tersa tontería, como por ejemplo que no era con Francisco, sino con Valle, con quien en realidad se estaba acostando Virginia).

Como le decía, sentí miedo cuando lo vi venir caminando directamente hacia mí. Me invadió un terror paralizante, físicamente doloroso, como si tuviera emplastos de nieve en mi espalda... De pronto, comprendí que si dejaba que se acercase apenas unos metros más, ya sería demasiado tarde. Me encontraría a tiro de su revólver, o de su pistola, o de lo que fuese que llevara en su mano derecha. Las balas, seguramente, atravesarían el parabrisas. Penetrarían en mi cráneo por algún punto de la cara; por la frente, por la boca rompiendo los dientes, por un ojo... Se pueden imaginar todos esos detalles, créalo, en apenas dos o tres segundos.

Y entonces, como obedeciendo a una señal de control remoto más que a mi propia voluntad, puse en marcha el coche. En mi mente, fue un acto puramente defensivo. Él seguía bajando hacia mí, y estaría ahora a unos cuarenta metros. Había recorrido, en esos escasos seis o siete segundos, más o menos la tercera parte de la distancia que nos separaba. Entonces tuve la certeza de que dispararía de inmediato, así que quité el freno de mano y arranqué con toda la potencia que pude imprimirle al motor. Creo que por fin se detuvo y me miró sorprendido, mientras yo aceleraba, pero ni siquiera trató de esquivarme. Se quedó allí en medio, sin intentar moverse en absoluto, como un maniquí, como un estúpido muñeco sobre el asfalto. Arremetí de lleno contra él. Fue un golpe brutal. Al menos, así lo percibí yo —aunque supongo que no habría adquirido una gran velocidad—. El cuerpo golpeó contra el capó y también contra el parabrisas, el cual se resquebrajó en la zona del impacto, hacia la parte derecha, frente al asiento del acompañante. Frené bruscamente y lo vi salir despedido, y caer sobre el asfalto delante del coche a cuatro o cinco metros de distancia. El frenazo había sido tan brusco que casi di con el pecho contra el volante. Después, vi cómo los dos hombres que habían permanecido cerca de la puerta del local conversando bajaban ahora corriendo hacia donde estaba tendido Valle, boca arriba y sangrando profusamente. Comprendí entonces que yo también debía ir junto a él. Llegué al mismo tiempo que los otros. Me arrodillé a su lado. Uno de los hombres gritó algo. Estaba muy cerca, agachado junto a mí, pero no entendí lo que decía. El otro estaba de pie, a unos dos metros, pidiendo ayuda —según creo recordar— con su teléfono móvil.

Valle todavía respiraba cuando llegamos, y estaba consciente; aunque su cráneo aparecía orlado por una gran mancha de sangre espesa y brillante. También brotaba sangre de su boca y de su nariz. Tendió una mano hacia mí, pero no acerté a

sujetársela. Recuerdo que apenas le rocé los dedos. Entonces, desfallecido, la dejó caer. Instintivamente puse las manos a un lado y a otro de su cuerpo y me incliné hacia él, porque comprendí que quería hablarme. No me atreví a tocarlo. En aquel momento, sin dudarlo, sin ningún heroísmo (como el que acepta un trueque claramente ventajoso), habría cambiado mi vida por la poca que a él le quedaba.

—Perdóname —logró decir, entre dos esputos sanguinolentos—, perdóname...

Luego, sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo, vi escapar la exigua luz que aún brillaba en el interior de sus ojos hacia algún lugar improbable por encima y por detrás de sus párpados. En realidad, no llegué a entender del todo lo que estaba pasando hasta ese preciso momento. Se moría mi mejor amigo. El único amigo posible. Se moría la única persona en el mundo que podía de verdad comprenderme. Y lo había matado yo. Por un malentendido. Por un malentendido gigantesco. Más extenso que mi propia vida, o que la vida en general. Un malentendido más grande y más antiguo que el propio mundo. El amigo de mi juventud se estaba muriendo a unos dos palmos de mi rostro, de mis ojos, sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Se marchaba y me dejaba allí. Desarmado. Sin odio.

Su cabeza giró levemente hacia un lado. Levanté la vista y vi a alguien asomado a un balcón de uno de los edificios. No recuerdo si era hombre o mujer; si era joven o viejo; pero recuerdo, eso sí, que era una sola persona. (Probablemente, un hombre). Entonces vi el cielo, de un gris azul, casi morado, con algunos mechones blancos, y me pareció completamente ridículo. Algo postizo, como una cubierta de lona, sucia e inverosímil. Una especie de carpa grotesca que usurpaba el lugar del vacío profundo y solemne que yo habría esperado.

Acta de la reuni3n del Jurado calificador del Premio de Novela Caf3 Gij3n 2009

Reunido el martes 22 de septiembre de 2009, desde las 20:00 horas, en el Caf3 Gij3n de Madrid, el Jurado calificador del Premio de Novela Caf3 Gij3n correspondiente al a3o 2009, compuesto por D.^a Mercedes Monmany, D. Marcos Giralt Torrente, D. Antonio Colinas, D. Jos3 Mar3a Guelbenzu, y D.^a Rosa Regàs en calidad de presidenta, y actuando como secretario D. Carlos Gonz3lez Espina, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, el Jurado acuerda:

Otorgar, por mayor3a, el Premio de Novela Caf3 Gij3n 2009 a la novela Los asesinos lentos, presentada a concurso con el seud3nimo Hip3lito Calys. Abierta la correspondiente plica, su autor resulta ser Rafael Balanz3.

El Jurado quiere destacar la audacia narrativa de la novela ganadora, cuya trama se sustenta en una estructura muy bien construida que mantiene en vilo al lector llev3ndolo a un desenlace ingenioso e inesperado. Los asesinos lentos trata de un hombre acuciado por los miedos de la vida cotidiana, que se manifiestan a ra3z de un suceso ins3lito.

Por otra parte, el Jurado subraya la amplitud y variedad de temas, nada convencionales, del resto de novelas seleccionadas en la presente convocatoria.

Y para que as3 conste, firman la presente en Madrid.



RAFAEL GONZÁLEZ BALANZÁ (Alicante, 1969) reside en Murcia desde 1986. En enero de 2002 fundó la revista *El Kraken*, cuya trayectoria se ha prolongado hasta febrero de 2009, a lo largo de 27 números. De ella dijo Arrabal que era sin duda la mejor revista de Europa. En el 2007, animado por el también escritor Manuel Moyano —su descubridor literario—, publicó *Crímenes triviales*, una colección de relatos muy bien acogida por la crítica. *Los asesinos lentos* es su primera novela.